



MÁS ALLÁ DE LAS SOMBRAS

MIRACETI JIMÉNEZ



Colección
El Secreto

SERIE MAYOR
Novela

Más allá de las sombras

Miraceti Jiménez

Más allá de las sombras

COLECCIÓN EL SECRETO
SERIE MAYOR

La terminación de esta obra fue posible gracias al apoyo del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico del Foescap, Puebla.

Primera edición, abril de 2015

DR © 2015 Miraceti Jiménez

DR © 2015 El Errante Editor, S.A. de C.V.

Priv. Emiliano Zapata 5947, San Baltazar Campeche

Puebla, Pue. CP 72550

Tel. (222) 296.67.07 / 298.08.50

elerrante_editor@yahoo.com.mx

El Errante editor es miembro de la Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes (AEMI)

ISBN: 978-607-9115-27-2

Fotografía de portada: Víctor Rojas

Diseño editorial y de portada: Israel Hernández / El Errante Editor

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Queda prohibida la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier medio sin el permiso previo del titular de los derechos correspondientes.

Para los verdaderos Marcial, Lupita y Raquel.

Para Antonio (+) y Lolita, Ruth, Luis, Victoria y Leonardo.

Para Víctor, con quien comparto la vida y un riñón.

Agradezco a todos aquellos que de alguna manera contribuyeron a la culminación de este proyecto, especialmente a Beatriz Meyer, Mónica Lavín y Luis Felipe Lomelí, a quienes les robé consejos y tiempo. También a Jair Cortés, Blanca Sánchez y Cutzi Herrera, quienes pacientemente leyeron el último borrador, y trataron de hacer más legible esta historia.

1

Acababa de entrar la primavera cuando Abel Amaya empezó a tener visiones otra vez. Las flores de jacaranda formaban espesas alfombras moradas sobre las calles húmedas de la ciudad.

Ese día amaneció adolorido, boca abajo. ¡Qué pinche cruda!, pensó. Se levantó rápido y corrió al baño a vomitar. El joven regresó a la cama con una mezcla de agua mineral y refresco de manzana. La tarde anterior, después de mandar su nota al periódico, se dedicó a olvidar las escenas de la mañana. Olvidar, como sabía hacerlo, con varios vasos de vodka y una cajetilla de cigarros sin filtro. El titular de su nota le daba vueltas, ¡qué fácil se dice!: “Linchan a presunto violador en Tláhuac”. ¡Qué fácil!

Cuánta razón tenía su maestro de literatura de la Normal cuando decía que la realidad supera a la ficción. Palabras huecas.

La víctima, un hombre joven golpeado por la muchedumbre, cruzó en un momento su mirada con la suya. Abel se sintió impotente: el rostro moreno, ya sin facciones, parecía una masa sanguinolenta; el cuerpo sobre la tierra se arrastraba inútil tratando de encontrar una salida entre la gente que le pisaba las manos, le pateaba la cara, mientras él emitía leves quejidos en un intento infructuoso por pedir ayuda. Con la ropa hecha jirones y el torso desnudo, las marcas de los golpes iban creciendo hasta convertirlo en una mora.

Hombres y mujeres parecían un solo cuerpo poseído de ira, ojos rojizos de animal en la oscuridad. Lo amarraron a un árbol y en juicio sumario le prendieron fuego. Las llamas se ensañaban con el cuerpo indefenso.

Qué fácil, se repitió. Así nomás, lo quemaron, lo chichinaron, cual bruja de la Edad Media, ante la curiosidad de la gente y la complacencia de todos...

Sacudió la cabeza, ese olor, entre madera y carne quemadas, regresó a sus fosas nasales, y una arcada de vómito le quemó la garganta.

“Multitud enardecida”, decía su nota, enardecida, repitió, ¿qué quiere decir?, ¿qué diccionario podría explicarme con precisión lo que sentí al ver a toda esa gente? Humanos empujados por una enorme fuerza, unidos en una nube densa de odio. Si el odio se pudiera tocar hubiera jurado que de esas caras deformes supuraba un humor espeso y pestilente.

Quería deshacerse de esas imágenes grotescas y ensombrecidas. Intentó concentrar su atención en otra cosa y hundió la vista en un cerco de hormigas que rodeaba el vaso en el buró, atraídas por el dulce olor del refresco: “Poco antes del fin del mundo una plaga de hormigas inundará las casas”, había leído en alguna revista.

Se levantó para echarse agua en la cara, se miró al espejo; el tiempo todavía le respetaba el cabello abundante y con pocas canas: la imagen reflejaba pequeñas arrugas enmarañadas alrededor de los ojos. Los hoyuelos, que tanto éxito le trajeron en su adolescencia, se empezaban a extender en dos rayas profundas, casi desde los ojos hasta la barbilla, fruto de tantos desvelos. Había llegado a esa edad en la que para los jóvenes eres un viejo, y para los viejos eres un joven.

El agua no lo despabilaba, así que salió en busca de un trago. Cerca de su departamento abundaban los bares. Pleno centro de la ciudad; le gustaba su barrio: librerías de viejo, cantinas, fondas, zona roja y, además, cerca de su trabajo.

Era su día de descanso, así que no tendría que preocuparse por ir a la redacción. Al cruzar las calles se sintió atraído por los edificios abandonados y semiderruidos. Tenían su propio encanto, intentó imaginarlos llenos de vida, pero no pudo. Aparecieron sombras caminando entre sus restos: combinaban con su soledad.

El viento arrastraba en círculos las flores de jacaranda.

“El señor es mi pastor...”, escuchó, y volteó hacia todos lados para ver de dónde provenía la voz.

Se enfiló hacia la Alameda. San Juan de Letrán le recordaba aquellas fotos que guardaba celosamente su abuela, en la cajita sobre el tocador: vestido abajo de la rodilla y calcetines, tomada de la mano de su novio por esa calle, ahora llamada Eje Central. ¡Qué sería de aquellos fotógrafos callejeros que vivían de retratar a las parejas!

“Aunque pase por un valle tenebroso, ningún mal temeré, porque *Tú estás conmigo*.”

Ya no quiso ver de dónde provenía la voz, se apresuró a entrar en un restaurante casi vacío y tomó asiento en la barra; muy temprano para comer y muy tarde para desayunar, sonrió. Miró los periódicos que leía un comensal, todos mencionaban en primera plana el incidente de Tláhuac. Qué morbo, se dijo, y no quiso ni ver las fotografías: quería un vodka.

Dio el primer trago y observó, sentado frente a él, a un hombre de mediana edad, calvo, de traje oscuro, que le hizo señas: ¡Abelito!, le gritó efusivo. Hacía tiempo que no lo llamaban así, pero no recordaba esa cara, era un desconocido. Pensó en huir, no tenía ganas de hablar con nadie. La sangre le subió a la cabeza, siempre le pasaba así, era algo que no podía controlar.

¿Qué te has hecho, hombre!, cuánto tiempo sin verte.

No tuvo más remedio que acercarse y se levantó de la silla dejando a un lado el vodka con el que acostumbraba comenzar el día. Sintió las piernas débiles, sus manos temblaban, a su espalda volvió a escuchar un susurro: *El señor es mi pastor...* extendió la mano al hombre, sintió sus movimientos lentos... *nada me faltará...* Al rozar sus dedos no sólo tuvo la seguridad de conocerlo, sino también le llegó una visión: estruendos como de balazos, mucha gente corriendo, y un cuerpo ensangrentado en medio de una calle. Sacudió la

cabeza, parpadeó para alejar esas imágenes, pero no podía hacerlo, no sabía cómo y salió del sitio con prisa. Quiso perderse entre la gente, olvidar, se dijo, al igual que la tarde anterior.

2

Caminó durante varias horas hasta que sus pies protestaron. Entre más quería olvidar, más recordaba. Recordaba las sombras y las voces que veía y escuchaba de niño, mientras recorría las calles de su infancia en la ciudad de Puebla, atraído por sus antiguas casonas.

Abel niño salía del colegio y se dedicaba a vagar, entraba y salía con agilidad de las vecindades y edificios antiguos, algunos convertidos en oficinas públicas, hasta que un día empezó a ver sombras y poco después escuchó voces. La única que entendió su terror fue la tía Lupita.

Lupita era hermana de su madre y lo cuidaba mientras su mamá trabajaba. Su padre era ferrocarrilero y los rieles lo llamaron a otro lado, en donde encontró casa y mujer. Por eso su mamá, maestra, tenía que trabajar doble turno y la tía Tita, como la llamaban de cariño, hacía las veces de consejera y supervisora de tareas.

Tita pasaba las tardes tejiendo, y Abel algunas veces dejaba el juego para platicar con ella. La tía Lupita tenía un don, decía de sí misma, que consistía en predecir quién iría a visitarlos. También veía sombras y era una especie de maga que lo sabía todo, hasta podía adivinar los pensamientos de Abel, o al menos eso creía él.

Tú tienes misión, le decía al niño, no te dejes llevar por todo lo que te pase. Debes ser fuerte, aléjate de lo oscuro. A lo mejor ni lo reconoces, pero lo negro siempre te va a buscar.

“Linchan a presunto violador...”, recordaba.

Eso no lo entendió hasta que las sombras se le presentaron en los corredores de su escuela. Estudiaba la primaria en una casona

antigua, donde los salones eran oscuros, con altos techos de bóveda y vigas de madera.

Le gustaba dibujar en clase en lugar de poner atención, por lo que el profesor un día lo mandó castigado con la directora. Abel niño estaba acostumbrado a las sombras que lo perseguían de lejos, por eso caminaba por los pasillos volteando para todos lados, pero esa mañana un sudor frío empezó a recorrer su piel; en otras ocasiones las sombras deambulaban cerca sin molestarlo, pero ese día una de ellas se acercó más de lo debido. Abel pudo verla de frente, tenía facciones nítidas, ojos sombreados y sin vida, y una gran boca que parecía hablarle y en lugar de eso emitía un apestoso olor a trapo podrido.

Así conoció el terror. Pensó en correr y las piernas no le respondieron; se quedó paralizado ante la imagen que parecía aplastarlo. De inmediato vio cómo dos espectros más grandes se interpusieron entre él y la terrible sombra, que salió huyendo cual perro al que le hubieran aventado piedras.

De inmediato regresó al salón, y así fue que mandaron llamar a su mamá por desobediente. A Tita le tocó defender al niño y a su persona, porque al entrar en el edificio tuvo que detener con un gesto de la mano al ejército de sombras que se le vino encima. Su madre quiso llevarlo a un psicólogo pero Tita no la dejó. Mira Dolores, le dijo, acuérdate de Marcial, esto lo tenemos de familia. Lo que debemos hacer es cerrarle la mente al chiquillo, porque está asustado y no sabe controlar lo que ve. Ya llegará el momento en que pueda manejarlo.

Lo llevaron con su tío Marcial, el brujo, quien lo rodeó con un círculo de fuego, mientras le sacudían un manojo de hierbas por todo el cuerpo. También le pasaron unos huevos de gallina sobre la cabeza, por el torso y hacia abajo, hasta las rodillas. El rito concluyó con un baño oloroso a hierbas, cuyos restos de hojas le quedaron enredados en el cabello durante varios días. Esa misma sensación de calor en todo el cuerpo, y el miedo a morir quemado, se hicieron

presentes la tarde anterior, en Tláhuac. Por eso se mareó, por eso quiso vomitar.

Como Tita le decía: lo había encontrado.

3

¡Vaya!, hasta que te apareces, le dijo Elisa sonriente.

¿Y tú qué haces aquí?

La joven esperaba sentada en una pequeña mesa de la Casa de las Sirenas, un bar al que el periodista acostumbraba ir todos los días a escribir sus notas y echarse unos vodkas.

Después de lo de ayer me quedé preocupada, dijo, así que pasé a tu casa pero no te encontré y me vine para acá a esperarte. ¿Ya te sientes mejor?

¡Claro!, si ya sabes que soy invencible. ¿Quieres un vodka?

Ya empecé, así que pide el tuyo.

Abel sonrió, la Casa de las Sirenas era su refugio y Elisa lo sabía bien. Esa casona antigua se le hacía lo más apropiado para esconderse. Cerca de su casa y del periódico. Nada de ruidos estruendosos, un viejito sentado al piano complaciendo amablemente a los parroquianos, y las plácidas notas filtrándose entre las conversaciones. Abel disfrutaba ese lugar con techos de doble altura y bóveda de ladrillos, pero sobre todo la fachada, que en el segundo cuerpo exhibía dos sirenas labradas en piedra, una en cada orilla de la cornisa. ¡A quién se le habrá ocurrido!, decía siempre en voz alta al entrar, ¡sirenas en tierra adentro! Un día de estos voy a investigar si fue la casa de un marino, afirmaba como si fuese lo más importante en el mundo. Pero después lo olvidaba, para repetir lo mismo al día siguiente.

Elisa era la asistente de Abel, hacía poco había terminado periodismo y realizaba sus prácticas. Siempre lo acompañaba a reportear,

y a él le gustaba molestarla: ¡sorpréndeme! le decía burlón, escribe algo que impacte, que mueva a la gente. La voz de Abel parecía de locutor, algo ronca y mesurada, pero potente. Le venía muy bien para contar sus historias de la nota roja. A la joven le gustaba escuchar esas historias que él platicaba entusiasmado.

Bueno, y ¿a qué se debe tu visita?, si hoy es día de descanso.

Seguro tienes tiempo para contarme alguna de tus historias ¿no? En casa me aburro.

A lo mejor, contestó Abel eludiendo el tema, ¿viste que ya empezaron a florear las jacarandas?

Sí, dijo ella, ¿pero te has fijado cómo en otoño hay más flores que en primavera?

¿Y eso?

¿No que muy observador?, ya ves, ahora me toca explicar a mí. Los jazmines, los crisantemos, y hasta el cempaxúchitl florecen en otoño, si por eso lo usamos para las ofrendas de muertos. Bueno, hasta los árboles de pirul, ¿no has visto cómo dan sus frutos en esa época?, y los duraznos, los higos...

Ay, linda, interrumpió el periodista, limpiándose el vodka de la boca, ahora sí me quieres sorprender ¿verdad?

Elisa sonrió, yo ya te conté. Ahora te toca a ti.

Mmmm, puede ser, pero no creo que te guste.

Pues inténtalo.

Es que hace meses que sé lo que va a pasar. Desde antes de que tú llegaras.

¿Cómo?

Hay alguien que me avisa cuándo y en dónde sucederá lo que reportemos.

¿Entonces conoces a alguien de la policía, o de la procu?

No, cómo crees, dijo dando un trago rápido al vodka, ¡algo mejor!, se trata de un fantasma. ¡Una niña fantasma!

Y resulta que ella te acompaña a todos lados ¿no?, qué te acompaña ni que nada, ¡si la que te acompaña soy yo!, ¿acaso ella está aquí?

No exactamente. Pero no te pongas así, linda, respondió, tratando de tocar timidamente las manos de Elisa.

La chica era uraña y él tampoco estaba acostumbrado a ser amable, pero ella le despertaba ternura, se sentía a gusto con su compañía, aunque fueran muy diferentes.

Pues si ya tienes quién te acompañe, qué bien, porque el jefe quiere que ya me pase a otra fuente, yo solita.

Abel miraba fijamente a Elisa, trataba de interpretar sus gestos. Observó sus manos finas y largas y tuvo la sensación de que ya la conocía de algún otro lado o desde su niñez, o tal vez le recordaba a alguien más.

Ya que hay un ascenso en puerta, hay que celebrarlo, ¿no?, ¿quieres otro vodka?

No, ya me tengo que ir a preparar la comida de la semana.

No seas exagerada, mujer. No pasa nada si la preparas un poco más tarde, ¿no? Al fin que sólo es para ti.

Es que todavía tengo que ir al súper, y a comprar mis paletas de miel.

Ese espíritu de madre Teresa va a acabar contigo, muchacha. Ya tienes bien mal acostumbrados a todos los de la oficina, nomás te ven y piensan en paletas, ¡te lo aseguro!

Las paletas son una costumbre que tengo desde niña, no me molestes. Cada quien tiene sus propias mañas. ¿Quieres que te recuerde las tuyas?

No, pa qué si ya las sé. Bueno, pues ya, hagamos las paces. ¿Cuándo te cambian de fuente?

No lo sé. Todo está en el aire todavía, no se ha definido nada. Pero antes de que nos separemos cumples tu promesa de enseñarme Puebla, ¿eh?

Pero si quién dice que nos vamos a dejar de ver. Que ya no me acompañes no quiere decir que ya no te vea en el periódico, ¿o sí? ¿Ya no me quieres ver?

Sí, claro, dijo Elisa, sonrojándose.

Pues hecho, linda, brindemos por tu nueva vida.
Abel retorció con los dedos su bigote, carraspeó y llamó al mesero para ordenar otra ronda.

4

Abel Amaya tendría unos treinta años cuando entró a trabajar en el periódico. Entonces era jovial y divertido, pero poco tiempo después empezó a deprimirse, hablaba poco y se refugiaba en sí mismo. Seguía tomando igual o más que antes su vodka Oso Negro con refresco de toronja, y ya hasta se había vuelto de buró.

Antes de ser periodista fue maestro de primaria, pero después de ejercer algunos años se aburrió y decidió buscar otros aires más cercanos a su vocación. Le gustaba escribir y una forma de acercarse a las letras era convertirse en reportero, así que pidió chamba en el periódico; le aplicaron una prueba y la pasó con éxito. Buena ortografía y no mala redacción. Algo le habían dejado las lecturas y el descanso forzoso después de un accidente en la infancia, además de volverlo silencioso y observador.

El joven vivía solo en pleno centro de la ciudad, por el mercado de Mixcalco, el periódico quedaba cerca y le gustaba atravesar esas calles a pie, un tanto sórdidas, algunas muy estrechas y llenas de vendedores ambulantes, y otras con edificios majestuosos, antiguos palacios de virreyes y arzobispos. Conocía cada casa por su nombre y cuando tenía tiempo se detenía frente a ellas a observar sus remates, sus nichos, o pequeños detalles que nadie tomaba en cuenta. Siempre contaba que en su ciudad natal, Puebla, aprendió a conocer la arquitectura de los edificios coloniales en un viejo libro escrito por un alemán, donde se explicaba el origen de cada casona. ¡Una delicia!, comentaba arrastrando el ala derecha del bigote con los dedos. No saben cómo se disfruta una fachada, la historia que cuenta

un escudo de armas. Un día los voy a llevar a mi ranchito colonial, y se van caer de espaldas al ver la capilla del Rosario, el mayor monumento al arte barroco.

Abel nunca quiso ser reportero de nota roja. Por falta de personal lo mandaron a cubrir un homicidio y desde entonces pidió quedarse.

Esta fuente es mucho mejor que la de espectáculos, decía burlón a sus compañeros.

¿No ven que los artistas de la farándula nunca tienen nada interesante que decir? Tampoco los políticos. Ésos peor, dicen puras burradas. En cambio los muertos, los ladrones y los asesinos son un caso aparte. Quien diga lo contrario no ha leído a Dostoievsky, agregaba, con una sonrisa burlona.

Al escribir se regodeaba en las descripciones, elaborando complicadas hipótesis sobre la muerte de las víctimas o sobre los motivos del asesino. Sus compañeros esperaban ansiosos a que terminara sus notas para disfrutarlas, porque ya había desarrollado un estilo *gore*, como él mismo le decía, y se regodeaba con ello. Además el periódico era bastante amarillista y eso lo sabía muy bien; por eso, aunque al principio se esforzaba por cumplir su cuota, después, describir detalladamente se fue convirtiendo en un vicio.

El periodista acostumbraba trabajar solo, hasta prefería llevar la cámara para no tener que llamar al fotógrafo. Pero esa soledad, a juicio de los demás, empezó a afectarle. Se molestaba con todos y por todo. Podía estar muy alegre y a los cinco minutos ya estaba iracundo, parecía bipolar. El colmo fue cuando le gritó al jefe porque le sugirió cambiar parte de su texto. ¡Estás loco!, vociferó y salió de la oficina dando un portazo. Al otro día ya tenía asignada una asistente, no para corregirlo, sino para vigilarlo, porque empezaron a sospechar que algo andaba mal con él.

Y era verdad, se le había vuelto una obsesión imaginar las últimas palabras de las víctimas, observar detenidamente sus cuerpos descuartizados, los moretones y el lugar del crimen. Incluso se había

vuelto aficionado a las series gringas de casos no resueltos, de donde sacaba más ideas para elaborar sus hipótesis.

La primera noche en que le tocó cubrir la nota roja no pudo dormir. Ese recuerdo le duró varios meses: un hombre asesinado en la sala de su casa, con un machete atravesado en el cráneo, su mano parecía querer alcanzar el teléfono, sus ojos todavía abiertos miraban hacia una ventana. Una luz de neón le amarilleaba el rostro. Probablemente todavía no estaba muerto cuando su asesino huyó, se le notaba en los ojos, como si en sus pupilas hubiera quedado grabado el momento del homicidio.

Pese a todo no tardó en saber que la nota roja era lo suyo. No le costó trabajo convencer a su compañero de que se la cambiara, la fuente de espectáculos era más relajada, sobre todo para quien le gustara la parranda.

Se entusiasmó con la idea de la muerte a la vuelta de la esquina. Los muertos, decía, tienen mucho que contar, sólo con observarlos te das cuenta de que están más vivos que nosotros.

Así le pasó con Ana, una jovencita que al salir de su casa le tocó una bala perdida. No supo por qué, pero esa niña casi mujer lo conmovió tanto cuando la miró en la morgue, que él mismo se asustó. Ningún otro muerto le había causado tal impresión. Un rostro indefinido, ¡tan diferente al de la fotografía que mostraban los padres de la niña! Lo mismo pasó con su madre, ¡cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes! Los rasgos de la gente cambian al morir de tal forma que parecen otros, tal vez recuperan su verdadero yo. El rostro de la niña, al igual que el de su madre, se había transformado con la muerte. Sintió una revelación, ¿será que la gente al morir restablece su auténtica condición?, ¿regresan a ser ellos mismos?

El cuerpo pequeñito y delgado de Ana delataba unos quince años, en cambio su cara parecía la de una vieja. Se detuvo largo rato en esas facciones como de tortuga, eso era, una tortuga con la piel llena de arrugas, sin huellas de sufrimiento, sin huellas terrenales, en el limbo de tranquilidad. Pensó en los muertos asesinados, qué

diferencia de rostro, con razón dicen que las almas que mueren de golpe quedan penando, les es difícil entender que han muerto. Pero Ana parecía que estuviese prevenida.

A partir del encuentro con Ana, Abel empezó a cambiar. Desde esa noche tuvo insomnio, sólo ensoñaba, como si mirara una película. Cuando ocasionalmente podía dormir, tenía un sueño recurrente: él y Ana juntos, dos niños en busca de lombrices y caracoles en medio de un jardín; ella con falda rosa de vuelos, él con su pantalón corto y las rodillas sucias, encostradas de lodo. No se reconocía, pero sabía que era él, como sucede casi siempre en los sueños. Entraban a una casa. Tome asiento, le ordenaba ella, segura, sonriente, señalando unas cartas de tarot sobre la mesa. En un instante se convertían en adultos, ella con su cara serena de la morgue. Los dos sentados uno frente al otro leían las cartas y tomaban café.

Ana hablaba lento. Al despertar, Abel podía recordar el movimiento de sus labios frescos, gruesos, aunque nunca podía repetir una palabra. ¡Qué terribles son los sueños en los que tienes la sensación de saber qué pasó, pero al querer escupir lo que viste simplemente no puedes! Así le sucedía, tenía todo atorado, en la garganta, en el alma, en el cuerpo.

Desde la tarde en que vio a Ana en la morgue, ella empezó a acompañarlo a todas partes, la veía en el metro, en los parques, en los bares. Le indicaba en dónde había sucedido alguna muerte, suicidio, accidente o crimen.

Él se sentía a gusto a su lado, se sentía acompañado. Después de andar de un lado para otro sin familia, se pierde el rumbo, se recriminaba.

Ana parecía tan calmada, podía comprenderlo todo. Era tal su fervor que un día, con el pretexto de hacer un reportaje, le pidió a la familia de Ana que le dejaran revisar sus notas, sus juguetes, su ropa, y le regalaran una foto reciente de ella. Pero en nada encontró a esa Ana que ya llevaba con él. Esa niña sonriente enmarcada con dos veladoras en la sala de sus padres, no era ella, sino la de la

morgue, la de labios morados y tez de papel. La de múltiples rostros indefinidos. Ana se apropió de sus sentidos, la tenía metida entre sus huesos, colgada de su piel, parecido a las medallas que Tita le pusiera al cuello para protegerlo.

Y así fue, con Ana se alejaron sus miedos, los calosfríos que corrían su cuerpo al ver los cadáveres. Ahora parecían tan vivos, tan amables, podía comprenderlos, ya no los observaba rígidos y mudos, de alguna manera revivían delante de él y le contaban sus sensaciones ante la muerte, sus últimos deseos.

Seguro Elisa pensó que era una broma, se dijo, o alguna treta para mantenerla a raya.

5

¿Quién te busca, Abel? Tienes ocho años, te acaban de atropellar y te han metido de emergencia al quirófano, necesitan operarte las piernas. Primera operación de muchas, cada vez más dolorosas. Te colocan una máscara para dormirte, ves una luz muy brillante que poco a poco va creciendo hasta ocuparlo todo, te llama, te encandilas con sus destellos y corres atraído hacia ella, pero no puedes entrar, algo o alguien te lo impide, porque en ese momento sientes el dolor punzante en las piernas y recuerdas. Recuerdas, sí, que estás acostado en un quirófano. Hay un doctor, miras sus instrumentos y sabes que él hace todo lo posible para que no te vayas. Lo miras revivirte, gritar con desesperación tu nombre, y escuchas una voz que te dice que regreses, que todo va a estar bien.

Pero caminas hacia la luz sin reconocer tus pasos, tus pies se tambalean en un pasillo oscuro, no sabes dónde estás, parece una ciudad amurallada, con grandes puentes desde donde cuelgan cuerpos inertes, cuerpos sin cabeza.

Caminas liviano, para ti la gravedad no existe. Alguien grita tu nombre, alguien quiere encontrarte pero te escondes. Prefieres este sitio solitario, sin olores ni color, donde el silencio te permite ver con claridad. Donde las piernas no duelen, en donde puedes caminar sin sentir esos dolores punzantes que te impiden moverte.

No sabes qué hacer, no quieres regresar, miras a tu alrededor con desconfianza cuando una persona muy alta y luminosa te toma por los hombros y te lleva volando. Vuelas de regreso a casa y en el camino observas las cosas muy pequeñas, el parque, los amigos, Tita, tu madre sollozando. Todo se va a agrandando y va creciendo a tu tamaño, a tu medida.

Tú, Abel de Jesús Amaya, sabes que es un sueño y quieres despertar pero no puedes. Quieres seguir en el camino hacia la luz, y eres el niño de la esquina que le vende chicles a los autos, te conviertes en el muchacho que limpia parabrisas por dos pesos, en el que inhala cemento escondido entre las columnas de un paso a desnivel. Mu-groso, sin bañar, deseando una familia. ¡Cuánto deseaste el regreso de tu padre! ¿Lo recuerdas?

6

En Tláhuac, Elisa se dio cuenta de que Abel no estaba loco, pero sí de que algo extraño le estaba sucediendo: lo vio sufrir en tiempo real la muerte del hombre quemado, empezó a tener convulsiones, intentó desgarrarse la ropa, gritaba palabras sin sentido. De no ser por la ayuda de los otros reporteros para sacarlo de ahí, quién sabe qué hubiera pasado.

Loco tal vez no, pensó, pero algo le pasa, y lo confirmó durante los siguientes días. Para empezar, Abel no volvió al periódico. Elisa lo busco en el bar de las Sirenas pero no estaba, así que fue directo a su casa.

Abel apareció demacrado, con ojeras. ¿Qué quieres, niña?, dijo seco, ¿no que ya te ibas a pasar a otra fuente?

No seas grosero, que eso todavía no se resuelve y sigo siendo tu compañera. ¿Me puedes decir qué demonios te pasa? Sé que lo último que vimos no fue nada agradable, pero debes regresar a trabajar.

Pasa, pues, ¿quieres un trago?

Se me antoja una chela, ¿tienes?

En el refri, tómala.

Elisa se sentó en un sofá mientras observaba el lugar lleno de ceniceros sucios.

¡Vaya que si estás fumando!

Un poco nomás, pero vienes a criticar ¿o qué?

Nada, vengo a ver qué onda contigo porque no das señales de vida, no contestas el celular y dicen que todo lo estás mandando por internet.

Para qué salgo, ya sabes que tengo mi propia fuente de información. Chistoso, ¡tu niña fantasma! Ya bájale.

Neta, no me crees, ¿verdad? Cómo ves si hacemos un trato. Ya que tienes tantas dudas. Yo te doy las notas y tú vas a la procu a confirmar que sean ciertas. No vaya a ser que mi informante se equivoque.

Okey, es un trato. Pero también necesitas comer. El trato es sólo si aceptas comer lo que yo te traiga.

¿Tu comida vegana? ¡No, niña! Yo sí como animales, ¡la carne hizo evolucionar al mono en hombre!

No te hagas, si te encantan los taquitos de papa que llevo a la oficina.

Bueno, pues, me cachaste, ya no digo nada, nomás no te rajes y me dejes chiflando en la loma. Así quedamos.

Desde entonces Elisa acudió a buscar datos para comprobar la versión de los apuntes del periodista, no sólo porque dudaba de la gran cantidad de hechos relatados por él, sino por la gran precisión con que lo hacía: el sitio exacto, el nombre de la víctima y las causas de la muerte. Cada vez que la joven iba a la procuraduría y a las agencias del ministerio público, siempre resultaban correctos.

No necesito salir, decía Abel, sé lo que sucede en el mundo desde este refugio.

Al menos debes comer, le reprochaba Elisa, así que ya te traje unos toppers con comida preparada por mí misma. Y aunque no te guste, recuerda que tenemos un trato.

Nomás no me traigas de esas paletitas que te encanta regalarle a todo mundo, porque yo con los dulces no me llevo, le decía Abel.

¡Puro pretexto el tuyo!, porque bien que te echas tu refrescote con vodka, y qué ¿eso no es dulce?

Qué te pasa, si eso es ¡puro placer!

Elisa sonrió, ya que ella misma se encargaba de proveerle su bebida, porque eso sí, del vodka y los cigarros *Delicados* sin filtro no se olvidaba. También compraba su lista para el mercado, llena de hierbas raras. Una vez le pidió que le consiguiera un ajo macho y

romero bendito. ¡Bendito!, santo dios, y de dónde voy a sacarlo bendito, preguntó incrédula.

Así lo venden, tú no te preocupes, ve con las hierberas y sólo pídelo así.

Abel molió el ajo macho junto con el romero hasta hacer una pasta, y corrió a la muchacha de su departamento.

Al otro día, al entrar al refugio, Elisa casi se vomitó. ¡Qué demonios hiciste que apesta horrible!

Si quieres prende un incienso de canela, de los que tengo encima de mi buró, no sea que te vayas a morir con este olor, le dijo burlón.

Los primeros días de encierro siguió escribiendo igual que antes, y según avanzaban las semanas sus notas se hicieron más novelescas, menos objetivas. La intensidad de sus descripciones rayaba en lo sádico. Si debía hablar de un ahogado narraba su lento hundimiento, sus manoteos desesperados, su angustia. Se concentraba en el color de su piel y los estertores de sus pulmones.

Pronto Elisa aprendió a reescribir esas notas oscuras, a quitarles detalle y dejar lo esencial para no alarmar al público. Además, había que tener cuidado para no proporcionar más información que la difundida por la policía. Cualquiera otra, fuera de la conocida, podría resultar sospechosa. Siempre había la posibilidad de que lo involucraran.

Más adelante sus escritos se volvieron insoportables, y la tarea de editarlos cada vez más penosa. Empezó a beber más, y Elisa pensaba que dejaría de escribir. Su departamento semejava una cueva porque no corría las cortinas ni abría las ventanas. Pese a todo, lo único que le importaba era escribir. Cada vez que terminaba una nota pasaba horas mirando la pared, tan fijamente como si estuviese viendo la televisión. Le dio sus llaves a la chica para que entrara y saliera cuantas veces quisiera, pero muchas veces ni cuenta se daba de que había llegado hasta sentir la luz de las ventanas cegándole la vista. También le dio por fumar más, de una cajetilla diaria pasó a una dosis de tres, y ese humo, con su penetrante olor, se impregnaba

rápida­mente en los muebles del amplio departamento lleno de libros y triques. Parecía haberse abandonado y vivir en otra realidad, posiblemente la de sus fantasmas.

Una tarde le pidió a Elisa que le consiguiera unas cartas de tarot. Me urgen, dijo, casi exigiéndolas de inmediato.

La aprendiz de periodista sólo sonrió: ¿quieres jugar cartas?, mejor arregla tu cochinerito, le dijo.

¡No ves que me estoy muriendo!, gritó.

Sus ojos parecían los de aquellas personas iracundas que habían visto en el linchamiento. Estaba muy pálido, había bajado de peso y la cara se acercaba cada vez más a la de esos cadáveres tan familiares de la morgue.

Bajó la voz, trató de relajarse: entiende, Elisa, con cada muerte que veo, yo también estoy muriendo. Ya no aguanto, pero si de­jo de escribir, sé que me van a matar. ¡Ya no cuento con Ana!, ¡no me quiere hablar!, necesito un guía.

Sus ojos pasaron de la ira a la súplica y Elisa no se pudo negar, algo estaba cambiando.

Recorrió varias librerías antes de encontrar las cartas, y ese viaje se convirtió en una buena aventura. En la calle de Donceles, donde abundan las librerías de viejo, encontró libros de lo más raros: manuales de brujería, libros de texto de matemáticas o gramática de hace 100 años, manuales de homeopatía en ediciones diminutas, por lo que se entretuvo un buen rato bobeando los títulos en ana­queles sin fondo. En esas librerías no tuvieron el tarot pero sí mucha diversión, nunca había visto tantos libros usados y de tanta variedad de temas juntos. Casi llegando a la plaza de Santo Domingo, cerca del antiguo Palacio de la Inquisición, encontró una tienda esotérica, La Cueva de los Trolls, en donde una señora de voz ronca y pausada leía las cartas del tarot a una muchacha. Entró y sin interrumpir su lectura se hipnotizó con el aparador lleno de figuritas de ángeles, magos y dragones, hadas y, por supuesto, trolls de todos los tamaños. Desde atrás del mostrador un anciano de larga barba le ofreció

una cajita con un tarot sin que ella se lo pidiera, ¿esto es lo que buscas? Sí, le respondió. Entonces es tuyo, le dijo alargando la huesuda mano, la cual, al tiempo rozó con la suya, le hizo sentir un choque eléctrico a lo largo de la espalda. Son doscientos pesos y una promesa. ¿Cuál promesa?, inquirió rápido Elisa. Vas a cuidar muy bien estas cartas y a quien te las encargó, no lo dejes solo, su vida peligra.

La chica pagó la suma y salió huyendo con el corazón acelerado. Por supuesto que nunca le dijo nada a Abel, estaba tan entusiasmado con esas cartas que no quiso alterarlo más.

Con el mazo en la mano Abel corrió a un viejo armario por una vela de color azul que prendió en la mesa junto con un vaso de agua y un incienso. Dejó a un lado el cigarrillo, sus dedos amarillentos manejaban la baraja con suavidad.

¡Tantas veces que observé a mi tío Marcial hacer esto!, suspiró mientras señalaba hacia Elisa con el dedo: ahora sí, linda, no hagas ruido.

Debería consagrarlas, susurró, pero no tengo tiempo. Separó unas figuras, los arcanos mayores. Las contó: veintidós cartas, las pasó sobre el humo del incienso y sobre la llama de la vela, rezando algo en voz muy baja. Parecía saber muy bien lo que hacía, en ningún momento dudó.

Una sola me va a decir lo que debo hacer, se dijo convencido. Y ahí estaba, tan claro frente a él, lo que va y viene, lo que sube y también baja, el destino que se mueve constantemente. Una rueda girando con sus personajes misteriosos trepados en ella, aferrados al destino, los puntos cardinales caminando, el tiempo que todo lo mueve y lo distorsiona. Advirtiéndolo ¿qué?, ¿un futuro promisorio?, ¿un viaje alentador?, o un cambio inesperado del que se tiene que huir.

Tomó la carta en su mano acariciándola y sonrió: la suerte está echada, es mi destino. Me debo ir, Elisa. Tengo que regresar a Puebla. La rueda está girando rápidamente.

La chica lo miró compasiva. Estaba tan delgado que parecía una varita de trigo a punto de quebrarse con el viento. No vayas solo, le

propuso. ¡Te acompaño!, insistió en un tono más agresivo, casi una orden.

Mira, linda, le dijo tranquilo, hay algo que no te he dicho. Al día siguiente de Tláhuac, presencié mi muerte. No sé cómo ni cuándo sucederá, porque me aterró y salí huyendo de esa visión. Todo estaba confuso y vi sombras corriendo a mi alrededor. Por eso quiero alejarme, y no debes estar cerca. Es arriesgado. Cerró los ojos y agregó moviendo la cabeza: porque no veo claro, sólo muerte y fuego, llamas y gritos.

No seas paranoico, afirmó Elisa, a mí no me afectan tus visiones. ¿Por qué no le preguntas a tus cartas? Además, tú prometiste enseñarme Puebla, agregó casi sollozando.

Bueno, bueno, por hoy no discutiré más, no aguanto la cabeza, lo vemos mejor mañana, ¿no crees? Necesito meditarlo bien. Sacó la botella de Oso Negro y se sirvió un chorro al que agregó refresco de toronja, se recostó en una mecedora de mimbre, su lugar favorito para descansar, y cerró los ojos, con lo que daba por finalizado cualquier intento de conversación.

Camino a la central de autobuses, Abel se veía más animado, alegre y hasta con un poco de color en el rostro. El viaje le entusiasmaba, parecía que estuviese haciendo una gran travesía o el último viaje de su vida, cuando Puebla queda a sólo dos horas de la ciudad de México.

Finalmente, Abel había cumplido su promesa, no sin antes advertirle a Elisa: vas a tener que escucharme durante todo el viaje. Ya sabes cómo me gusta hablar, especular, elucubrar, suponer, y además, soy poblano y barroco. En esta ciudad la arquitectura se inserta en la piel y todos terminan escribiendo, haciendo música o pintura ¡churrigueresca!, pa qué te digo más, ya lo verás.

Subieron al autobús entusiasmados, había muchos asientos vacíos, por lo que decidieron sentarse lejos de los televisores. La película no los dejaría conversar, aunque en realidad se trató de un monólogo que giraba en torno a la niñez de Abel y su vida en Puebla.

Ya pasamos Río Frío, ahora estamos del otro lado del espejo, dijo señalando a los volcanes que brillaban a la luz con una capa de nieve casi hasta sus faldas: el Izta a la derecha, en primer plano, con su vigilante un poco más atrás, a su izquierda. Hombre y mujer en equilibrio. Para mí, de este lado se ven más hermosos, dijo señalándolos, están hechos para ser vistos desde este lado. ¡No es vacilada!, agregó sonriente, al amanecer la nieve brilla reflejando la luz que le da de frente, y en la tarde, con el sol atrás de ellos, las dos siluetas emiten un halo naranja que delinea perfectamente sus contornos. Imagínate la cara de Cortés cuando en su camino a Tenochtitlan

se encontró de frente con estos dos colosos. No creo que en su vida hubiera visto algo parecido.

Los campesinos les tienen gran respeto y cariño, al Popo le llaman don Gregorio y una vez al año le ofrecen ritos para que los proteja. ¡El famoso “don Goyo”, con su eterna fumarola! Cómo ves, que hasta los poblanos de la ciudad ya no hablan del volcán sino de don Goyo: don Goyo amaneció de buenas, don Goyo exhaló hoy en la mañana, don Goyo echó una fumarola ayer.

Llegaron a casa de la tía Lupita, en el barrio de Analco. ¡Abelito!, le gritó entusiasmada, ¿por qué no habías venido a verme? ¡Mira cómo estás, muchacho!, no te ves nada bien. ¿Qué te has hecho?

La anciana hablaba lento, chasqueando cada palabra entre sus pequeños dientes. Extendió sus brazos para tomarlo de la cabeza y lo jaló hacia ella para darle un beso en la frente. Pero no hizo más que posar sus labios cuando exclamó ¡Qué barbaridad!, tú no vienes solo, y no lo digo por esta muchachita, sino por la legión que te acompaña. ¡Pues dónde te has metido!

Abel no contestó y le presentó a Elisa: mira tía, es una gran amiga, le dijo, pero en ese momento se empezó a sentir mal, al grado de sostenerse de la muchacha, que al notarlo mareado lo condujo hacia un sillón de la sala para que no cayeran juntos al suelo.

La anciana tía no dijo nada, abrió un cajón y sacó un frasco con un líquido verdoso. Al destaparlo el ambiente se inundó de olor a hierbas y amoniaco. Se lo untó en las manos y empezó a sobar la nuca de Abel.

La casa de Analco parecía una tienda de antigüedades, con fotografías de los abuelos y bisabuelos en las paredes, muebles de maderas finas, torneados, con carpetitas tejidas a gancho y adornos de porcelana. Olía a humedad y moho, pese a la visible esmerada limpieza.

Te advertí, si te acuerdas, que no te acercaras a lo oscuro, le dijo Tita a Abel, moviendo el dedo índice frente a los ojos. Ahora se me

hace que sólo Marcial puede ayudarte, el problema es que se fue a vivir a la sierra, a su ranchito de Xicotepec.

¿A donde íbamos cada verano?, lo recuerdo perfectamente, me gustaba treparme a los árboles y nadar en el río. No sabes lo hermoso que es ese lugar, Elisa, casi el paraíso. Bueno, así lo recuerdo, la verdad no sé si siga igual, hace tiempo que no voy. ¿Nunca te lo había contado?, dijo mirando a la muchacha.

No, respondió la chica un tanto consternada, mientras tanto Tita los tomaba a los dos de las manos para llevarlos a un pequeño patio al fondo de la casa.

No te asustes, le dijo a Elisa entregándole un frasco, mejor ayúdame, y dirigiéndose al joven afirmó: te voy a alejar estos “hermanitos” que traes bien pegados, porque si no, no creo que llegues a ninguna parte. Sólo te dejo al ángel que te viene cuidando, si no fuera por él, ya habrías muerto ¡chamaco! No te lo quito porque él te guiará con Marcial. Cuando llegues a Xico le pides a tu tío que le dé luz, para que se pueda ir a descansar.

El patiecito estaba repleto de macetas floridas. Tita usaba un delantal y tenía una larga trenza blanca que caía sobre su espalda, su cara sumamente arrugada parecía tener todos los años del mundo. Muy delgada y bajita, algo jorobada, pero fuerte. Con una sonrisa muy peculiar, que todavía formaba hoyuelos cerca de las comisuras, como los de Abel, pensó Elisa.

Párate ahí, indicó la tía enérgica señalando el centro del patio, entonces con un ramo de hierbas atadas que parecía tener preparado, empezó a golpear a su sobrino en todo el cuerpo y a rezar en voz baja. Abel temblaba de la cabeza a los pies. Se balanceaba de un lado para otro como si en cualquier momento se fuese a desplomar.

Elisa miraba la escena asombrada, Tita le pidió el frasco que le había entregado y tomó un sorbo del líquido sin tragárselo; se lo escupió a Abel en el torso, primero al frente y luego atrás, mientras le sobaba la nuca y los hombros con fuerza, casi golpeándolo.

Repite conmigo, le ordenaba al muchacho: en el nombre de Dios nuestro Padre te exijo que dejes este cuerpo en paz.

Abel intentaba hablar y sólo pronunciaba frases incoherentes. Parecía que la lengua se le hubiera hecho de trapo.

Así, así, repetía Tita, saca todo lo malo. ¡Quién sabe dónde has estado metido, no ha de ser nada bueno, muchacho!

Su voz se volvió tensa, grave: Señor, nuestro Señor, pon a este muchacho en buen camino, ilumínalo para que cumpla su misión.

Tita le sacudía los brazos, le movía la cabeza de un lado a otro y de arriba abajo, al tiempo que oraba. Su sobrino empezó a convulsionarse, como si peleara con alguien, gritaba palabras sueltas, incoherencias.

En ese momento Elisa pudo ver sombras volando alrededor de Abel, alejándose de su cuerpo. Entonces sí que sintió miedo, un intenso frío la recorrió de la cabeza a los pies y quiso huir, escapar, al igual que el periodista, de las visiones, de ese mundo invisible para los demás, pero tan claro para los que pueden verlo.

En cambio Abel se sintió ligero, como si flotara en el aire, como si el piso bajo sus pies hubiese desaparecido, y cayó.

8

¿Quieres un té mientras Abel descansa?, le ofreció la anciana tía a la muchacha.

Claro que sí, por supuesto, contestó tímida Elisa, se había quedado sola con Tita y no sabía exactamente cómo actuar.

Tengo de hierbabuena, manzanilla, árnica, menta, anís... le recitó entusiasmada.

Mmm, anís por favor, creo que es bueno para el estómago ¿no?

La tía asintió con la cabeza y, mientras preparaba el té, empezó a interrogarla. ¿Tú sabes dónde ha andado metido este muchacho?, ¿eres su compañera de trabajo, no?, las preguntas brotaban una a una rápidamente a diferencia de los movimientos lentos de la anciana.

Elisa no alcanzaba a ordenar sus ideas para poder contestar, así que decidió esperar a que ambas estuvieran sentadas y en calma para hablar con Tita.

Tengo pocos meses trabajando con él, dijo la chica, y sí, últimamente ha estado muy raro. Me contó que tiene una amiga que le dice en dónde y cómo ocurre todo lo que reportamos, incluso antes de que suceda. Una amiga fantasma o algo así, agregó.

Lupita observaba atentamente a Elisa, quería descifrar algo más allá de sus palabras. Sabía que la chiquilla era lista, que hablaría con precaución para no inquietarla. Los ojos de Elisa brillaban de manera especial iluminando su sonrisa. Esta niña tiene mucha luz, pensó la tía, y también puede ver más de lo que dice.

La chica se dio cuenta y bajó la mirada.

Las manos alargadas de la tía sobaron el delantal, al tiempo que susurró cálida: no tengas miedo, lo que viste ayer es algo normal en nuestra familia. No sé si Abel ya te ha contado algo. Es muy posible que sí exista esa fantasma de la que habla, incluso, si no me equivooco, viene cuidándolo, siempre está parada junto a él, a su derecha, señaló, tal cual si en ese momento la estuviese viendo, entrecerrando un poco los ojos.

No me ha contado mucho, asintió la joven.

Pues mi madre era médium, confesó la tía, y en esta sala recibía a la gente. Se sentaba en el centro y empezaba a hablar. Aconsejaba a las personas a través de algún espíritu, curaba enfermos y daba enseñanzas a las personas que acudían a verla.

Mi hermana, la mamá de Abel, fue designada sucesora, pero ella nunca se animó, tal vez porque en un principio su esposo no quería, y más tarde, cuando quedó sola renegó de todo. A mi otro hermano, Marcial, del que ya te ha de haber hablado Abel, no le dio por ser médium sino brujo. Y desde hace algunos años decidió irse a vivir a la sierra.

Pero no tengas miedo, repitió tomándola de la mano.

¿Nunca te contó de su accidente?, por eso a veces todavía cojea un poco. Lo atropellaron cuando tenía ocho años y murió, realmente trascendió unos minutos al otro mundo. Desde entonces empezó a ver cosas que normalmente no vemos, por eso mi hermano Marcial le cerró la mente. Sabes, niña, la gente que fallece y luego revive regresa con ciertos dones y él los tiene, pero los niega.

Algo debió pasarle para que regresara tan perturbado, tú debes saber más. Yo trato de adivinar qué le pasó, pero no puedo, todo lo veo turbio, una neblina me impide acercarme, estoy bloqueada, es muy importante que tú me lo digas.

Pues hace como dos meses, indicó la joven, quemaron a una persona delante de nosotros, lo acusaron de violador, lo amarraron a un árbol y lo quemaron vivo. Abel se alteró mucho, sobre todo porque no pudimos hacer nada.

Fue muy impresionante y desde entonces ya no es el mismo. De por sí ya andaba extraño, pero yo creo que eso fue lo que lo orilló a encerrarse en su casa y no salir.

La tía se quedó pensativa. ¿Ya hablaba de esa muchachita, la fantasma?

Sí, eh, un poco, dijo Elisa contrariada.

Mmm, necesita ver a Marcial, dijo la tía para sí misma. Él sabrá por qué le está pasando esto de nuevo. A lo mejor tiene que aprender a controlarlo, o ya es hora de que se enfrente a su misión.

¿Cuál misión?, preguntó Elisa. ¿Usted sabe de qué se trata?

No, asintió Tita, sólo él lo sabe, pero en este momento no lo recuerda, seguramente se lo dijeron cuando estuvo muerto. Por eso debe ver a Marcial, él lo ayudará sin duda alguna. Hay muchos caminos, y él debe reconocer el suyo.

Pero no te preocupes muchacha, has hecho mucho por él, gracias por cuidarlo, y sé que lo vas a seguir haciendo, pero ahora, en este momento debe seguir solo, es algo que él puede manejar sin problema, o al menos debería hacerlo.

Anda, tranquilízate y vamos a ver si ya despertó, para que se vayan a dar una vuelta por el centro.

9

Al día siguiente de la limpia que le hiciera su tía, Abel se sintió más sereno y animoso. Tomó la cámara fotográfica y casi obligó a Elisa a salir a visitar la ciudad.

Vamos, linda, vamos porque se hace tarde y no nos va a dar tiempo de nada. Hay que regresar a comer con Tita, si no, se enoja. Va a preparar enchiladas de mole, su especialidad, ya verás cómo te vas a rechupar los dedos.

Mira, le dijo señalando hacia el bulevar: ahí pasaba el río San Francisco, que dividía la ciudad, de un lado la Puebla de indios, del otro, la de españoles. De este lado del río vivían los indios tlaxcaltecas que construyeron la ciudad. Te hablo de hace ya bastantes años, agregó sonriendo. Cuentan que el arzobispo de Tlaxcala soñó unos ángeles que le indicaban dónde fundarla, en medio de tres ríos. También sobre los ángeles tenemos otra historia, se dice que subieron la campana de la catedral, porque estaba tan pesada que nadie la podía subir. ¡Cómo ves!, estamos llenos de mitos.

Al cruzar el bulevar llegaron a la plazuela de los Sapos, una callecita plagada de puestos ambulantes en donde venden cosas usadas y antiguas: muebles, libros, revistas y todo tipo de enseres, desde perfumeros hasta lámparas de mesa.

Una calle más abajo, en la 4 Sur, señaló Abel, estaba el consultorio de mi tío Marcial, el brujo, ahí venían a verlo muchas personas, desde las más pobres hasta las más ricas o poderosas, era muy conocido. No sé por qué se retiró, quién sabe qué estará haciendo en la sierra.

Recorrieron varios puestos hasta que el joven detuvo el paso frente a uno lleno de chácharas menudas, sus ojos parecían buscar algo en especial, hasta que observó una daga, ni muy grande ni muy pequeña. La miró con detenimiento, empuñadura de madera labrada, en una funda negra de piel. Me gusta, dijo, la tomó y pagó sin regatear. No quiso avanzar más, se guardó el extraño objeto en el bolsillo del saco y se dio la media vuelta camino de regreso. Los dos días siguientes no quiso salir de la casa y sólo le entregó a Elisa un mapa para que fuera a visitar las iglesias y los edificios antiguos. Haz lo que quieras, le dijo a Elisa, pero no dejes de visitar la capilla del Rosario, sólo por ella vale la pena tu viaje a Puebla.

Las casonas conservaban un encanto majestuoso. Abel tenía razón, parecían hablar, contar sus historias. La Casa de los Muñecos con sus figuras de músicos de talavera en la fachada. La Casa de Alfeñique con sus adornos barrocos parecidos a merengue de pastel. La Casa del Dean con los triunfos de Petrarca en sus paredes, y lo más impactante, en lo que Abel no se equivocaba, la capilla del Rosario, deslumbrante de ángeles dorados y frutas. Ahí estaba, frente a Elisa, con sus adornos de oropel llenos de vida, sin un solo espacio libre para la vista.

¿Le gusta?, le preguntó un hombre canoso y bajito, si quiere le explico, soy guía de turistas. Algo escondían los dominicos entre estas paredes, seguramente querían lavar sus pecados bajo el pretexto de ser los defensores de la religión. ¿No cree?

No lo sé, contestó la muchacha, para quitárselo de encima. El hombre insistió y era tal su labia que terminó escuchándolo hipnotizada, y finalmente él le ayudó a conocer la ciudad, mientras Abel se debatía encerrado con sus muertos.

Don Miguel, que así se llamaba, le recordaba a su abuelo, sonriente y amable, barba crecida y anteojos redondos. Yo le puedo enseñar los sitios que los guías comunes no conocen, le dijo quedo. Soy amigo de sacerdotes y he visto hasta túneles que cruzan por debajo de la ciudad. Ella soltó una carcajada que reprimió de inme-

diato para no herirlo. Pensó que estaba medio loco o la tomaba por una ingenua.

Sus ojos también tenían algo de misterio, entre amor y odio. Su color, realmente indefinido, la intrigaba, pues se parecían a los ojos de los recién nacidos: borrosos.

Cuando regresó a la casa de Tita, Elisa iba entusiasmada por contarle a Abel sobre este personaje, pero el muchacho no dijo palabra, se levantó del asiento, dio varias vueltas a la habitación y gritó molesto: ¿ves por qué no quería que vinieras? Tú también ya empiezas a ver.

¿A ver qué?, preguntó irritada.

Don Miguel no existe. Bueno, sí existe, pero es el arcángel Miguel, ése que está en la fuente del zócalo saludando a los turistas, el patrono de la ciudad. ¡Viste un fantasma, eso es lo que viste! Él me enseñó la ciudad igual que a ti. ¡Bienvenida!, exclamó con una sonrisa sarcástica.

Sabes por qué anda por ahí, porque en realidad nunca mató al diablo y su castigo es penar por esta ciudad hasta que encuentre cómo librarse del castigo. Por eso se acerca a la gente. Ni tú ni nadie lo puede salvar. Mejor regresa, tu lugar no es aquí. Yo me voy a Xicotepec para ver si tengo cura, pero tú, aléjate antes de que te empieces a involucrar.

¡Estás loco, totalmente pirado!, gritó la chica, no sabes lo que dices. Deberías irte a un manicomio.

Estaba asustada, no sabía si creer o no y lloró impotente. No quiso hablar sobre las sombras que vio salir del cuerpo de Abel la tarde anterior. Tal vez él tenía razón y ya estaba empezando a ver fantasmas, o a enloquecer.

Por eso decidió regresar a la gran ciudad, y olvidarse de todo. Además debía trabajar, porque había prometido cubrir la fuente del periodista, tenía que dejar sus miedos en Puebla, pero no imaginaba que su vida había cambiado con este viaje.

10

Sabes que no puedes hacer nada por ella. Tú mismo estás metido en algo que no conoces ni puedes afrontar. Déjala ir. ¿Temes que Miguel la encuentre?, pero ¿qué puede hacerle?, ¿asustarla?, ¿crees que ella sea tan débil? O piensas que se le abrió la mente y ahora puede ver lo que tú ves.

Dudas de ti, de tu destino, porque en el fondo sabes que puedes lograrlo, y dudar es un camino, un camino de tantos que te llevan al sitio exacto, a donde finalmente debes llegar, aunque no lo sepas.

Ahora piensas que no eres tú, que eres alguien más metido entre tu piel, y eso también es cierto. Todos somos uno mismo, arrastramos otras vidas en eterno retorno, arrastramos a nuestros muertos, que somos nosotros mismos. Pero lo dudas como siempre, incluso cuando cruzaste el portal y sabías que debías regresar y no querías. Pensaste que podías escapar de tu destino.

Meditas cada palabra, las repites sin querer rezar pero sabiendo que se trata de un ritual para ahuyentar espíritus. Tu propio ritual, el que has elaborado paso a paso desde la niñez, perfectamente, como cuando buscas razones sin sentido. No te gusta rezar, pero lo haces, a tu modo, a fin de cuentas es lo mismo, pedir, solicitar, afirmar. Lo poco que aprendiste lo interpretas a tu manera y ahora es tuyo, es tu forma de apropiarte los nombres, los espacios, los tiempos.

Sabes que debes irte y abandonarla, pero regresarás por ella cuando sea necesario, sin aviso. Porque así eres, y así está escrito.

Abel permaneció unos días más en Puebla porque le gustaba recorrer las calles que se sabía de memoria, estaba más sereno, necesitaba decidir si debía buscar a Marcial o dejar que las cosas se arreglaran solas. Esto es temporal, pensaba, es que la ciudad me estresa demasiado.

Al poco tiempo llamó por teléfono a Elisa, discúlpame, linda, le dijo serio, no quise ser grosero contigo.

Ella se escuchaba alegre, no te preocupes, lo importante es que mejores, yo ya me acomodé en tu puesto y si te descuidas hasta te lo quito.

El joven sonrió, sabía que la chica era muy lista y lo que ella decía era cierto, con tantos tropezones en su vida hasta lo podrían correr del periódico, pero en ese momento no le importaba.

Elisa le contó sobre sus notas y cómo había solucionado cuestiones de redacción. Sabes que todavía me falla, sobre todo las comas, a veces me hago bolas.

Pero si ya te dije que a las comas hay que soplarles y dejarlas en donde caigan, reía Abel.

¡Qué chistoso!

Otras veces Abel hablaba de sus paseos por la ciudad y de sus nuevos descubrimientos en alguna iglesia.

¿Por qué te gustan tanto las iglesias?, le preguntaba la muchacha intrigada.

La iglesia va más allá del mero edificio, le decía, es la decoración, las esculturas, los retablos, las imágenes, lo que significa cada

cosa. Ahora no sabemos leer esos símbolos, pero en la Colonia la gente sabía bien a bien qué significaban. Por ejemplo, en una de las puertas de la catedral hay una escultura de Santa Teresa en reverberación, y ¿cómo reconoces que es ella?

¡Ni idea!, contestó Elisa riendo.

Está bien pues, entonces ni te digo, nada más te estoy atosigando.

No te enojas, sabes que me gustan tus cuentos, ¡bueno, tus historias!

En una ocasión Abel volvió a ver a Miguel, era un anciano sentado en la banca de una iglesia, pero no se acercó. Bastó con que lo mirara para que el joven se sintiera intimidado. ¡No otra vez!, se dijo. Volteó a ver a los turistas para comprobar si ellos se daban cuenta de la extraña aparición, pero seguían su camino sin percatarse de nada, sin siquiera notar que el viejo sentado en esa banca tenía un halo verdoso a su alrededor y un extraño bastón en la mano, que más bien parecía una espada medieval.

No te quiero espantar linda, pero volví a ver a Miguel, le contó a la muchacha esa misma tarde. Por eso decidí ir a ver a mi tío, no lo puedo retrasar más.

Elisa estaba alterada, en la mañana ella también había tenido su propio encuentro. Presenció muy de cerca un asalto a plena luz del día. Un hombre quiso quitarle el bolso a una señora, pero como no lo soltaba, la acuchilló varias veces. El arma entraba y salía del torso de la mujer sin que Elisa pudiera hacer nada, la ambulancia no llegó a tiempo, y Elisa vio perfectamente al espíritu de la víctima separarse de su cuerpo. Se quedó impactada.

Mejor pide que te cambien de fuente, le insistió Abel, no vaya a ser un aviso.

Elisa no contestó, lo pensaré, le dijo seria, creo que puedo aguantar un poco más en lo que regresas. Porque si ponen a otro, a ti te van a mandar a espectáculos, ¿no?, dijo bromeando.

Bueno, es tu decisión, linda, pero ponte abusada, no te vaya a tocar a ti también.

Yo me sé cuidar sola, dijo secamente, ya no soy una niña. Y no discutamos más. Cuando llegues al pueblo me mandas un mensajito, por favor.

A la orden, señorita, contestó Abel, pero será el único, porque una vez que llegue al rancho de mi tío, dudo que haya cualquier medio de comunicación.

La mañana de verano en que salió hacia Xicotepec, Abel cumplía años, un buen augurio, pensó. Tita lo felicitó entusiasmada y lo despidió con un gran abrazo antes de abandonar la casa.

Olía a neblina, ese olor le penetraba el cuerpo con su aroma de niñez: humedad, grandes charcos y ocote recién quemado. Los volcanes lucían su capa de nieve hasta las faldas. El humo del autobús también le recordaba sus viajes a la sierra, tempranito y bien abrigado porque allá hace más frío, decía su madre cada verano que lo acompañaba a la central para despedirlo. No le deslata a tu tío, le advertía mientras le plantaba la bendición entre las orejas, aprovechando para revisar si iba bien limpio. Así se pasaba las vacaciones, metido entre el verde del monte acompañando a su tío Marcial a las rancherías y otras veces jugando con los amigos ocasionales que cada año no faltaban. Le decían el güerito, pero siempre con respeto porque era el sobrino del brujo.

Marcial le enseñaba los nombres de los árboles y de las hierbas que ahora, por más que intentaba, no podía recordar.

Abrió un poco la ventana para respirar el aire mañanero y el viento le golpeó la cara. Mientras el autobús se adentraba en la sierra por la estrecha y serpenteante carretera, el paisaje fue cambiando, la naturaleza se adueñó del camino y sus ojos, sin sentirlo, se fueron humedeciendo. En el susurro del viento reconoció los nombres de los árboles. Cada vez se acercaba más al rancho de Jesús María, donde su tío ni siquiera se imaginaba su llegada. Por un momento dudó, Marcial lo

sabía todo, pues era brujo, seguro hasta lo estaría esperando al pie de la carretera. Pero no, el autobús se detuvo en la parada que daba al rancho y sólo subió un viejito de camisa de manta. Abel decidió seguir hasta Xicotepec para descansar un rato antes de ver a su tío.

Un grupo de mariposas, alfombra de colores en pleno vuelo, le indicó que faltaba poco, casi nada. Después de una curva, sin aviso previo, las tejas de las casas encaramadas entre los árboles le mostraron un lugar sin tiempo: paraíso rodeado de cerros verdes y frondosos, junto a un cruce de ríos.

En Villa Juárez, como le dicen sus habitantes, llovía. Nada extraño para una región donde las nubes no perdonan. Parecía un monólogo suave, una voz pausada y repetitiva, como la música que subía desde el río, celebrando que al día siguiente sería la fiesta de San Juan, patrono del pueblo. Así, por las calles caminaba un ejército de indios arropados en manta blanca, mujeres con faldas negras y quexquemetl, todos enfilados hacia la rivera para celebrar con danzas durante la noche.

Abel recordó que en esa festividad los curanderos de la región bajan desde un día anterior para colocar ofrendas en la Xochipila, una hueca formación rocosa, parecida a una chimenea, por eso decidió pasar la noche en el pueblo, él mismo había nacido el día de San Juan, y presenciar el festejo era como un regalo por su cumpleaños.

Marcial le había contado de estos encuentros. Él venía cada año especialmente y se quedaba todo el verano. Es una piedra milenaria, con mucho poder mágico, le decía. Desde antes de que llegaran los españoles, los indios de la región ya le rendían culto como a un dios, ya era un lugar sagrado. Ahora la veneran como Juanito Techachalco, dios de las semillas, y la gente le trae collares de chile, tomate y otras semillas a bendecir, como lo hacían con Xochipilli, el dios azteca de las flores y la vegetación. En realidad se trata del mismo, agregaba sonriente, oculto bajo la apariencia de San Juan, porque así lo impusieron los misioneros.

Debes saber, proseguía, que los lugares sagrados están en cuevas, junto a los ríos. Ahí se concentran energías positivas, el agua les da vida.

Abel siempre pensó que el viejo exageraba, pero su espíritu le decía otra cosa, así que prefería no debatir, se guardaba sus reservas.

El joven dejó sus cosas en un hotel del centro y salió rumbo a la Xochipila, guiado por el sonido de los violines, la chirimía y la guitarra. Bajó por una calle estrecha y empinada hasta encontrar el camino, y aunque al principio no recordaba cómo llegar, en un momento pareció reconocerlo. La figura de la Xochipila se le presentó imponente a la orilla del río: una piedra enorme a manera de cono invertido, de unos cinco metros de alto con una escalera a su alrededor.

Recordó cómo a la gente mestiza del pueblo casi le es indiferente, pero los indios se santiguan y la soban con fervor, le llevan ofrendas, veladoras y pequeñas velas de sebo de muchos colores.

Abel concentró la vista en esa formación rocosa adornada con flores de papel, veladoras y listones de colores. Parecía una señora elegante y nada discreta ataviada para una fiesta de pueblo. El penetrante olor a basura y animal muerto lo regresaron a la realidad. El drenaje de las casas de los alrededores daba directamente en el agua del río, antes cristalina.

Los grupos de danzantes se turnaban para ofrendar sus bailes que al otro día iban a representar en el zócalo del pueblo, en un concurso. Era una romería, no se podía pasar, las personas se apretujaban para verlos. Otra gente se formaba para pasar a venerar la réplica de un teponaztle encerrado en el centro de la piedra y custodiado por un brujo, quien recibía veladoras y ofrendas para acomodarlas en un improvisado altar.

Por las escalinatas también se arremolinaban los fieles esperando bendecir sus collares y sus veladoras con otro brujo que las recibía en lo alto y las santiguaba para devolvérselas consagradas.

Hacia un lado, un camino de rocas encimadas conducían a la orilla del agua. Abel se asomó y vio un grupo de gente del otro lado

del arroyo, frente a una pequeña cueva, con veladoras, flores y una cruz. Qué hará esa gente ahí, pensó, y como si le hubieran adivinado el pensamiento un hombrecito parado junto a él le dijo: es un manantial de agua curativa, se la puede tomar y llevar, no tenga desconfianza, ya hasta la analizaron unos alemanes y le hicieron pruebas, es agua limpia. Baje, baje, le ordenó, y Abel, sin pensarlo mucho, le hizo caso. Antes de cruzar el agua, apenas al pisar las primeras piedras sintió que lo jalaban por los brazos y otros hombrecitos similares al primero le saltaron enfrente. Parecían unos diablillos traviosos, ebrios, que mirándolo a los ojos lo rodearon; eran incontables, entre risas le señalaban una especie de hueco debajo de la Xochipila: acompañenos, quédese con nosotros, estamos festejando, le repetían, jalándolo de la ropa hasta casi tirarlo.

En la parte trasera, la más baja de la formación rocosa, se encontraba una extraña ofrenda: la cabeza de una vaca desollada, las plumas de una gallina negra entre panes y tamales, todo rociado con un líquido café. Acompañaban la escena unas cubetas pequeñas de plástico repletas con sangre, probablemente de los animales sacrificados, veladoras al diablo y a la santa muerte. Los hombres parecían departir con los animales muertos. Sentados junto a la ofrenda bromeaban entre ellos, reían con gran alboroto. Abel pensó que se trataba de otra de sus alucinaciones y cerró los ojos para que desapareciera, pero no. Uno de ellos se le acercó demasiado y con su tufo alcohólico le sopló al oído: es nuestra ofrenda para curar al compadre Marcelino. Al unísono todos soltaron una carcajada que tomó camino retumbando entre las rocas y el río.

Un muchacho fornido que había estado observando la escena, se le acercó. No les haga caso, están borrachos y lo quieren engañar, venga conmigo, sígame al verdadero altar. Éstos son impostores. El joven jaló a Abel con fuerza y lo arrastró a través de la multitud; parecían fantasmas colándose por los huecos que dejaba la gente entre sí, caminaron alejándose del lugar. No habían avanzado mucho cuando lo empujó hacia el patio de una casa. En la entrada, Abel casi se tro-

pieza con una mesita decorada de flores y veladoras: un ídolo azteca flanqueado por otros dos, réplicas de las caritas sonrientes, un macho y una hembra, le explicó el joven. El ídolo del centro parecía ser auténtico, mostraba restos de un penacho y la cara rota; debajo de la mesa, amarrada de una pata asomaba una gallina negra. Abel sintió un mareo y trató de respirar profundo para que se le pasara, los olores a resina quemada y hierbas penetraban el ambiente húmedo.

Estamos a salvo, dijo jadeante el muchacho mientras tocaba a la puerta: abra, maestro, le traigo a una persona que quiere ver su altar.

Un hombre moreno, bajito y delgado apareció en el umbral acariciando un ajo macho en la mano izquierda. Tal como le dijera su tío: cuando vayas a la Xochipila debes protegerte, porque puede haber buenas intenciones pero también hay malas, lleva un ajo macho y un limón entre tus ropas, le aconsejaba.

Abel reconoció al brujo Patricio Gregorio, pese al tiempo seguía igual, calzaba huaraches, y siempre iba desaliñado, camisa percudida y pantalones pringosos. El brujo observó con curiosidad a Abel, y pasó sus ojos de arriba abajo: conque te salvaron de los diablillos, afirmó haciendo una pequeña mueca.

Eres Juan, supongo, ¿porque esos muchachos tienen un ojo!, dijo con una sonrisa maliciosa.

No soy Juan, me llamo Abel, respondió muy serio.

No importa cómo te llares, hijo, eres Juan, porque ése es tu signo, y ellos buscan a un Juan para no dejarlo ir. Qué bueno que Santiago te rescató, él sabe lo que hace y lo ha aprendido muy bien.

No entiendo, dijo Abel.

Ni entenderás por ahora, ni mientras sigas vivo o cuerdo, agregó sonriendo el brujo. Entra, acá estarás seguro mientras pasa la tormenta. Santiago te llevará con el gran maestro mañana, cuando salga la luz, porque ¿lo andas buscando, no?, ¿o me equivoco? No conviene que andes solo en la noche por estas tierras, el nahual anda suelto, sus ojos lo observan todo, gobierna lo negro.

Será lo que ustedes quieran pero yo me voy, gritó Abel, enfadado e incrédulo.

Calma, hijo, le dijo el hombre, no te enojés. Haz lo que quieras, sólo lo hacemos por tu bien.

Abel salió alterado rumbo al centro del pueblo, sintió una ansiedad incontenible por beber, si no hay vodka en este maldito rancho, lo que sea, pensó. Las sombras volvieron a aparecer caminando entre las calles semioscuras, apenas alumbradas por el filo de la luna. Atrás quedaba el sonido melancólico de los violines, tan peculiar de los músicos de pueblo, aparentemente desafinado. Qué curioso, pensó, esa música me traslada tanto a mi niñez que me siento atrapado en ella, perseguido por sombras en los pasillos de la escuela.

Recordaba una cantina a dos calles de la plaza mayor, El Gallo, se llamaba. ¿Todavía existirá?, se preguntó.

Por la puerta abatible se veía poca gente, la imaginaba más grande, cuando era chico alguna vez entró a buscar a su tío que gustaba de echarse una copa antes de partir hacia Jesús María. Una habitación con paredes de piedra negra y un diminuto baño en una esquina. La barra al fondo, muy formal, y una rockola. Los parroquianos bebían sin importarles la fiesta de los indios. Un hombre de tez clara pero colorado por tanto licor se le acercó. Yo lo conozco a usted, le dijo.

No creo, le contestó secamente Abel. Sí, le insistió el borracho, usted estaba tomando fotos de los danzantes hace rato allá abajo, en la Xochipila.

Mmm, es cierto, ya lo recuerdo, musitó Abel sin saber cómo deshacerse del personaje.

El dueño de la cantina, conocido como el Gallo, muy serio, pero amable y diligente, le sirvió otra copa sin que la solicitara. No le haga caso a éste, dijo, es mi primo y ya está muy tomado. Beba usted, le indicó, es día de fiesta. ¿Le gusta Villa Juárez? ¿De dónde viene? El hombre se rascaba la cabeza, mientras se dirigía a él, tendría unos cincuenta años, piel requemada y rojiza.

Abel se animó poco a poco a platicar con el Gallo y, sin sentir el tiempo ni los tragos, salió de la cantina muy tarde y bastante tomado. Quiso caminar hacia el hotel y en lugar de eso sintió una fuerza que lo empujaba hacia el camino de la Xochipila. Muchas voces se entrelazaban al mismo tiempo en su cabeza, se confundían, no las podía entender. Le ordenaban algo. La música de los violines, que subía desde las danzas junto al río, penetraba muy fuerte en sus oídos hasta lastimarlos.

¡No me pueden obligar!, gritaba, ¡No!

De lejos, vio alejarse al borracho que insistía en conocerlo. Quiso alcanzarlo, pero sus pies parecían tropezarse entre ellos, se estorbaban, estaba a punto de llegar al zócalo.

Cuando ya estoy muy muy borracho siempre calculo por dónde caminar, se dijo con voz pastosa. Estoy hasta la madre de alcohol, ¡qué me dio ese jijo del Gallo!, alcanzó a pensar mientras caía cual largo era sobre el jardín que rodeaba la plaza mayor.

Amarrado de pies y manos, Abel sólo escuchaba gritos de una multitud. Por el traqueteo, parecía ir a bordo de una carreta. Se miró vestido de andrajos, camisa rota y pantalones a las rodillas; las muñecas le sangraban de lo apretado de la soga. Un hombre vestido de negro, parecido a un sacerdote, le hacía preguntas que no sabía responder, intentaba decir algo, pero las palabras no acudían, sólo náuseas, ganas de vomitar. Lo empujaron para bajarlo y amarrarlo a un poste, enseguida colocaron leña a su alrededor y le prendieron fuego. Abel retorció su cuerpo, tratando de zafarse, gritaba sin saber si lo escuchaban, se sentía impotente, se reconoció en el quemado de Tlahuac. Se miró a sí mismo como en un espejo: en sus ojos había dolor, vergüenza, rabia y odio. Todo al mismo tiempo. ¿Quiénes me hacen esto? ¿Por qué?

Se esforzó por despertar. Esto es un sueño, es un sueño, se repetía angustiado. Cuando pudo abrir los ojos, lo primero que vio fue la cabeza desollada de la vaca. Parado frente a él, burlándose de su desesperación, lo miraba Miguel, el ayudante del brujo. Estaba usted muy divertido abrazando a su Dalila, jajaja.

¿Qué me pasó? ¿Cómo llegué aquí?, preguntó desconcertado. Volteaba de un lado a otro, el lugar le parecía conocido.

Lo trajeron esos diablillos, le dijo risueño el joven Santiago, acentuando la “o” final de manera tan cómica que Abel no pudo evitar unirse a la risa.

Ni cuenta se dio porque usted estaba bien borracho, agregó irónico. No se preocupe, no le hicieron nada, sólo jugaron un rato y se jugaron,

yo he estado muy pendiente de usted. Batía su dedo índice frente a la nariz, haciendo bizco, al tiempo que ordenaba: venga conmigo porque ya lo están esperando, y sin más ni más jaló del brazo.

Abel caminaba tambaleante. Estaba enojado consigo mismo. Hacía tiempo que no tomaba de esa forma, hasta perderse. Se detuvo un momento para observar, todo le era familiar: el sitio estaba lleno de gente sentada y en fila esperando pasar a la Xochipila para una limpia ritual; sacaban de canastos y bolsas de mandado: huevos, hierbas, ungüentos, velas y flores. Las letanías en náhuatl, totonaco y español se fundían en un canto pagano, mezcla de palabras pronunciadas a diferentes ritmos, con diferentes tonos.

Le dolía todo el cuerpo, estaba molido y las imágenes del sueño no se apartaban de su mente, ¡eran tan vivas!

Se enfilaron hacia la casa del brujo. A la entrada, casi frente al altar de ídolos aztecas, distinguió a un anciano de piel blanca y cabellos canos: era Marcial, no cabía duda, pese a los años la imagen era inconfundible, su clásica guayabera, sus cejas pobladas, su vitalidad y, sobre todo, su sonrisa. Marcial siempre parecía estar feliz ante las peores circunstancias. Abel nunca había vuelto a ver a un hombre tan optimista.

Limpiaba a un joven con un ramo de hierbas, sus manos arrugadas y llenas de manchas movían diestramente de arriba hacia abajo el verde manojito. Abel y Miguel se acercaron.

Aquí se lo traigo maestro, dijo el joven Santiago, señalando a Abel.

Marcial estaba ensimismado en su trabajo, parecía no haber notado la presencia de los intrusos cuando volteó directo hacia Abel: tú, dijo señalándolo con el dedo, llevo tres días esperándote.

Abel enrojeció. El brujo siguió en su monólogo, sin dejar de pasar las hierbas sobre su paciente: te quedaste retozando en Puebla, ¿verdad? En lugar de seguir tu camino, ¡canijo muchacho!, igual que siempre, refunfuñaba emitiendo soniditos desde la garganta. Estoy viejo y todo mundo cree que me puede engañar, pero veo más que todos.

Al terminar su rito, con un soplo en la frente del joven, alzó las manos en busca de algo, un bastón que se apresuraron a ponerle en su arrugada palma. Por hoy ya no atiendo a nadie, indicó, porque ya llegó mi principal preocupación.

Santiago, siempre risueño, se acercó a ayudarlo, tomándolo por la espalda, y se despidió de él ceremonioso. Lo esperamos el martes, maestro. Patricio Gregorio salió de su casa para despedirse y le entregó un paquete que Marcial tomó con sumo cuidado. Los dos se abrazaron fuerte.

Vámonos, masculló, no tarda en llover otra vez. Caminaba con dificultad sobre el empedrado y, pese a su degradada vista, era notorio que conocía muy bien el camino. Se había dejado crecer la barba. Era un anciano fuerte, inquebrantable. Así imaginaba Abel a los patriarcas Moisés o Abraham cuando su madre le leía la Biblia. En el pueblo y los alrededores lo apreciaban mucho, hasta lo cuidaban. Bajaba del rancho una vez a la semana sólo para distraerse. Le gustaba comprar sus propios alimentos, escogerlos uno por uno. Así, recorría el mercado siguiendo los olores de las frutas, las verduras y las hierbas.

Al final de la subida lo esperaba don Chema, quien se encargaba de traerlo y llevarlo en su transporte: una combi viejita a la que llamaba la catrina, orgulloso de que a pesar del ajetreo de los caminos pedregosos nunca se había descompuesto. Me salió tan buena como mi mujer, decía con esa risa de los indios que se tapan la boca para esconder su mazorca de dientes.

Se prepararon a la catrina y pasaron por el hotel para recoger las cosas de Abel. Sin perder más tiempo tomaron rumbo al rancho de Jesús María.

Marcial pidió hacer alto en una cascada del camino. Déjanos aquí un rato, le indicó a Chema, regresa por nosotros en una hora, y sin decir nada se sentó sobre una piedra. Sus ojos opacos parecían concentrarse fijamente en la caída del agua. Necesitas aprender a escuchar, dijo de pronto. No hables, muchacho, el silencio es más poderoso que el habla, escucha la voz del monte.

Siéntate un momento y trata de acoplar tu respiración con el sonido del agua. Es lo primero que vamos a hacer. No puedes entrar en este mundo así nomás. Tu alma carga la agitación de la ciudad. Debes integrar tu espíritu al de estas tierras, si no, nomás nos vas a contaminar, agregó con su ronca voz.

Se quedaron largo rato en silencio, contemplando el fluir de la corriente. El rumor del agua acompasaba sus pensamientos. Era cierto que Abel ya no veía sombras, sin embargo él sabía que estaban ahí. Eso le hacía sentir un hueco en el pecho. Arrancó las hojas de un arbusto cercano y se puso a jugar con ellas.

El agua tranquiliza, dijo Marcial, purifica. Por qué crees que San Juan la usaba para bautizar. Bañarse en un río es un reencuentro con nuestro origen. Somos de agua. Respira profundo y a un mismo ritmo, indicó. Quiero escucharte. Una inspiración larga, una salida corta. Ahora respira en alientos breves. Así está bien.

El monte nos enseña a respetar los elementos de los que vivimos. Observa a las plantas, de no ser por el agua, el sol y la tierra, no vivirían. Acércate y agáchate, ordenó serio. Tomó un poco de agua entre sus manos haciendo un cuenco y lo roció sobre la frente de su sobrino.

¿Renuncias al diablo?, preguntó intempestivamente.

Abel se mareó, ¡ésa era la pregunta!, la del sacerdote de su sueño. El agua le resbalaba por las sienes, unas pequeñas gotas entraron en sus ojos confundidas con sus lágrimas. Lloró sin saber por qué pero se sintió aliviado.

Marcial sonrió, ¡traías un hermanito bien pegado!, le dijo, ya era hora de que te dejara. Es un ser de luz en busca de su camino. Estoy seguro de que tenías largas conversaciones con él, pero tú no le podías dar lo que buscaba. Tu luz lo atrajo y ahora va hacia la verdadera luz.

Era ella, aclaró Abel, sollozando. Ana, mi Ana se fue.

Entonces sintió un vacío en el estómago. Se dio cuenta de lo mucho que quería a esa niña que era su consejera, su guía. Ella le había develado muchas cosas ocultas de los hombres.

Era tiempo de dejarla ir, no podemos retener a los muertos, ellos tienen su propia misión, afirmó Marcial, al tiempo que le ofrecía un pañuelo limpio. Al escuchar el motor de la camioneta, que venía de regreso, señaló con un gesto la hora de irse. Abel se sintió débil y a pesar de eso pudo seguirlo unos pasos, antes de caer desmayado. Más tarde abrió los ojos en una habitación del rancho: techos altos y vigas de madera, olor a tierra húmeda y ocote quemado, lo que más añoraba. El chiflón de la tarde golpeaba fuerte en las ventanas y el frío se colaba por alguna hendidura, entre la madera de la puerta. Abel se acurrucó, la lluvia siempre lo ponía melancólico, le daba por escribir poemas o cantar. Cuando niño, Tita se burlaba de él. ¡Ay muchacho!, le decía con su voz tersa y cantarina, no cabe duda de que tu signo es el agua.

Recuerdas, Abel, ¿cómo te escondías debajo de la cama? De aquella cama enorme de la abuela, con grandes patas y respaldo de latón.

Porque ellos se acercaban demasiado, querían tocarte y entonces corrías hasta esconderte. Una vez, dos veces, muchas veces, y siempre Tita iba a tu rescate, con esa música que sonaba a salvación, porque cuando tu tía hablaba, ellos se iban. Sacaba un libro grande y empezaba a leer, leía cantando, de manera melodiosa y rítmica. Sabía que con eso podrías mejorar, pero apenas lo recuerdas, tendrías tres o cuatro años.

Lo que nunca podrás olvidar es el ritmo con que Tita cantaba aquellos salmos, tan reconfortantes.

“El que habita al abrigo del Altísimo... él te libraré...”

“Él te libraré de la red del cazador y de la peste perniciosa...”

Después te enseñaba un grabado de ese libro, en donde un hombre camina por el bosque hacia un castillo, un castillo en el cielo, te decía, así vas tú, decía, así vamos todos, no te pierdas, pequeño.

16

Jesús María es una finca que Marcial consiguió a muy buen precio hace ya muchos años. Asoma sus techos rojos en medio del verdoso camino. Muy modesta, rústica, con muros blancos encalados y olor a tierra húmeda, donde es posible olvidarse de la ciudad. Los mismos campesinos cuidan del maestro, procuran que tenga de comer y a cambio él les presta sus tierras para que las siembren.

Marcial entró al cuarto sin hacer ruido, tomó a Abel de la mano y se sentó a su lado: nada mejor que esta casita, suspiró. Aquí quería morir y estoy esperando la hora. Sólo me hacía falta hablar contigo. Pero hoy no, la ida al pueblo me cansó mucho. Mañana tendremos tiempo, eso es lo que sobra en estas tierras.

El anciano brujo le recordaba a su madre, tenían mucho en común. El golpe de cara, dicen, su manera de expresarse, de comunicar sus sentimientos: mamá hablaba poco y directo, siempre decía la frase precisa, igual que Marcial en ese momento. La luz de la ventana era un reflejo pálido en sus ojos casi ciegos.

Aprovecha para dormir o salir a recorrer los alrededores, le indicó el anciano, cenamos a las siete.

Abel saltó de la cama con ligereza de niño, lleno de energía. El aire del campo rejuvenece, se dijo sonriente y se preparó para mojarse.

El agua del monte le devolvió a Abel las calles lluviosas de su ciudad. El olor era el mismo, aunque más penetrante, a tierra mojada: la lluvia bajaba desde el barrio de Analco rebotando entre las piedras hacia el lecho del antiguo río y Abel niño disfrutaba las tardes anegadas de esa agua. Le gustaba su olor. Tita lo hacía poner unos trastos en su pequeño patio para recoger las gotas, después las

vaciaba en un tampo, y poco a poco las usaba para lavarse el cabello o para curar enfermos.

El agua es milagrosa le decía. En nuestro cuerpo de materia tenemos agua, fuego, aire y tierra. Todos los elementos están en nosotros, todo es lo mismo, materia que cambia para formar el mundo.

Abel no prestaba mucha atención a lo que ella decía, le interesaba más mirar por la ventana y esperar a que bajara un poco la lluvia para salir a jugar futbol al parque.

Tita, sentada frente a la mesa de la cocina, con su eterno delantal, le hablaba de los duendes y las hadas. Viven en el campo, es muy difícil verlos en la ciudad porque nos tienen miedo, susurraba. No son malos, la verdadera maldad está en nosotros, que no queremos luchar contra nuestros demonios y al contrario, los alimentamos.

Mira Abelito, siempre debes tener pensamientos positivos, lo negativo atrae lo negativo, lo oscuro.

Las hadas, los duendes, pensar positivo, ¡eso era cosa de niñas! Pero aquí estaba, sentado a la vera de los árboles, bajo la lluvia, pensando que seguramente esos seres lo estarían observando.

Volteó para todos lados, su corazón empezó a latir más rápido, una pequeña sombra pasó rápido entre los helechos, al fondo de la vereda. Escuchó risas, sintió un jalón en el tobillo, quiso correr y los pies permanecieron clavados en el lodo.

No son malos, se dijo, no son malos, se repitió, y como si hubiera pronunciado palabras mágicas, al instante pudo despegar los pies y echó a volar.

Marcial se moría de risa cuando Abel le contó lo sucedido. Vienes muy alterado de la ciudad, le dijo.

No tío, de verdad que estaban ahí, aseguró moviendo las manos de un lado a otro, queriendo quitar algo por sobre su cabeza.

¡Pero si ya los has visto!, lo regañó su tío riendo, cuando eras niño, ¿no lo recuerdas?, ¡tú mismo me lo contaste!

Abel frunció la boca, concentró la mirada en sus dedos amarillos de nicotina, juntó las yemas de los índices y los pulgares, for-

mando un triángulo y lo observó largo rato hasta que finalmente soltó: sí, los conozco, antes éramos amigos, jugábamos juntos, como tú dices, pero ahora todo está oscuro para mí, no entiendo por qué, algo, el periódico, la nota roja, los muertos, pues, algo me cambió.

A la mañana siguiente, Abel despertó muy temprano, antes del amanecer. En la oscuridad Marcial lo llamó, debemos aprovechar el tiempo porque seguro te querrás ir pronto, le dijo, mientras le ofrecía un tamal con atole, invitándolo a caminar en espera de la salida del sol.

Éste es el segundo elemento, dijo señalando la rojiza luz que empezaba a inundar el horizonte. El fuego, añadió sereno. Con su bastón dibujaba un círculo en el aire. El fuego, repitió, es parte de la vida de todos, al igual que el agua, la tierra y el aire. Ellos te ayudarán a cumplir tu misión.

Las palabras de Marcial repetían lo que mucho tiempo atrás Tita le señalara, pero ¿de qué misión hablaban?

¿Me pueden decir de una vez por todas a qué se refieren con eso de la misión?, increpó Abel.

Debo contarte muchas cosas antes de continuar por este camino, señaló el viejo brujo. Sé por qué viniste. Te has sentido muy mal y piensas que yo puedo ayudarte, ayer mismo me lo confirmaste.

Abel permaneció callado, sus ojos recorrieron el verde espacio dispuesto a tragarlo. No quería recordar, pero de inmediato, como si hubiese sucedido ayer, sintió el calor del círculo de fuego en su cuerpo, el baño de hierbas olorosas, la cruz en su frente.

Vamos a trabajar contigo unos días, prosiguió, te falta mucho por aprender. Ya tienes la experiencia necesaria, ahora debes descubrir tu fortaleza interior y canalizarla.

El anciano movía las manos al hablar como si estuviera dando un sermón, mientras su sobrino trataba de asimilar sus palabras.

¡Qué era eso de quedarse a aprender! Lo único que deseaba en ese momento era olvidar. Volver a su vida normal, sin visiones.

Como si Marcial supiera sus pensamientos, le indicó: sé que es difícil para ti. No te voy a forzar, simplemente te pido paciencia. Olvida un poco tus preocupaciones ciudadanas, ¡relájate hombre!, necesitabas unas vacaciones, ¿o no?

Aquí tienes de comer, nada te falta, y hace tiempo que no estábamos juntos, ¿o se te olvida que somos un equipo?

Era cierto. Para Abel los bienes materiales no significaban nada, vivía al día. Le gustaba, si acaso, acumular libros y reparar cosas viejas que conseguía en el mercado de pulgas, pero sólo para entretenerse. Para alimentar el espíritu, decía.

No tenía nada que perder si se quedaba un tiempo, ya Elisa estaba trabajando en su lugar y en realidad nunca le dio una fecha de regreso. Podría quedarse incluso para siempre, pensó.

Marcial prosiguió sonriendo: me da gusto que aceptes, dijo para sí, aun sin que Abel abriera la boca. Apreciaba mucho a su sobrino, no había podido tener hijos y su mujer murió a los pocos años de casados. Nunca volvió a casarse, aprendió a vivir en soledad con su oficio de hierbas y mejunjes. Abel le devolvía un poco de juventud y compañía, estaba feliz de que aceptara quedarse; además, su deber era convencerlo, y al parecer lo había logrado.

Bueno, pues entre más pronto empecemos, mejor, indicó, chasqueando la lengua en señal de regocijo. Le gustaba conversar y Abel lo dejó hablar.

Lo primero que debes hacer es nacer de nuevo, dijo riendo. Es un decir, no te creas. Me refiero a que debes dejar de analizar todo lo que ves y todo lo que oyes. Ya sé que es difícil, uno tiende a buscar razones científicas a cualquier cosa.

De verdad existen fuerzas que no vemos ni escuchamos. Concentramos nuestra atención en los cinco sentidos y despreciamos otros porque pensamos que son meras especulaciones. Pero tú has vivido muchos cambios, hace 100 años la gente ni siquiera pensaba

en comunicarse por computadoras o en ver televisión. Nos hemos centrado en lo material, despreciando el potencial de la mente. Por eso, desde ahora confía en tu intuición, en ver más allá de lo que te dicen tus ojos. Tienes que ver con todo el cuerpo. Yo te voy a enseñar cómo, porque además tienes facultades que han estado dormidas y tenemos que reactivarlas.

Para Abel era un gusto escuchar a su tío. Cuando niño lo imitaba, reconocía muy bien sus inflexiones de voz. A falta de padre, Marcial había sido un ídolo, un modelo a seguir, y tal vez por eso lo respetaba tanto, aunque nunca entendiera bien a bien cómo es que se había vuelto brujo.

Bueno, pues, acepto sólo porque de verdad me hace falta un descanso, dijo cediendo finalmente. Deseaba con todas sus fuerzas deshacerse de las pesadillas y visiones que tanto lo atormentaban, así que esos días al lado de Marcial no le vendrían mal y, por el contrario, hasta podría aprender de él.

Al segundo día, Abel decidió escribir un diario para no perder la costumbre de sus notas. Si no escribo me muero, aunque sea en un cuaderno escolar, se dijo y bajó al pueblo a conseguir uno.

Jesús María, 26 de junio

Hoy Marcial me tapó los ojos con un paliacate y me ordenó: todo el día vas a ser un ciego. Olvídate de que existe la vista, vas a usar los demás sentidos a la mayor capacidad posible. Me sentí como un niño jugando a la gallina ciega, tratando de encontrar a sus compañeros escondidos, por algún sonido, por la respiración o por olores. Se me hace que Marcial ya está chocheando, pero le seguí la corriente para no herirlo. Además, fue divertido. Tuve que interpretar la comida por su olor y sabor, reconocer los cantos de los pájaros, y lo que proporciona mucha tranquilidad, escuchar con atención el sonido de la cascada.

Abel gozaba mucho con la compañía de su tío, con él su carácter cambiaba, el respeto que le tenía al viejo lo hacía doblegarse, serenar su ímpetu, su espíritu.

Así estuvo tranquilo durante los días que su tío le hizo jugar con los cinco sentidos, pero al final del experimento el brujo lo confrontó. Bueno, ahora dime, ¿qué has aprendido de todo esto?

No sé, contestó, un poco entre burla y en serio, tal vez a pasarla bien ¿no?, a relajarme, ¿no querías eso?

Marcial sonrió. Bueno, ahora vamos a seguir de otra manera. Sacó unas fotos y se las fue enseñando una por una. Necesito que me digas qué ves. Pero debes concentrarte, acaricia la imagen, cualquier sensación por pequeña que parezca te va a indicar algo.

El joven tomó la primera foto incrédulo, cerró los ojos y pasó su mano derecha por encima, de inmediato la arrojó espantado.

Qué sentiste, le preguntó Marcial, curioso.

Mucho dolor, una gran tristeza. No lo puedo soportar, ¡en lugar de curarme me estás llevando otra vez a sentir lo que no quiero!, gritó enojado.

Cálmate, le dijo el brujo, se trata de lo contrario, debes aprender que ese dolor no es tuyo, aléjate, piensa que estás viendo una película. Debes sentirlo para comprenderlo pero no te involucres. Respira como te enseñé. Me parece que te falta algo de meditación, para que te puedas alejar de los sentimientos; del apego, dicen los budistas.

¡No quiero!, insistió Abel alterado.

Ya estás adentro, le advirtió el brujo, no puedo cerrarte la mente como cuando eras niño. Debes aprender a controlar lo que ves. ¡No dejes que las visiones te controlen a ti! No entiendes.

El que no entiende eres tú, contestó el sobrino enfurecido, se talló la cara, se jaló los cabellos queriendo deshacerse de las visiones que siempre lo habían atormentado y salió de la casa sin rumbo fijo. Se alejó un buen trecho y decidió enfilar hacia la cascada. El agua tranquiliza, se dijo, sin darse cuenta de que usaba las mismas palabras de Marcial.

Mientras caminaba, las hojas de los árboles y las cálidas gotas de junio le golpeaban la cara. Empezó a sentirse calmado: *el agua tranquiliza*, repitió. ¡Qué bruto!, ya estoy hablando igual que Marcial, si me quedo más tiempo voy a terminar como él. ¿Y cómo era Marcial? ¿De verdad lo sabía? Un hombre solo, entrado en años, dedicado a resolver males ajenos en un pueblo de la sierra. Alejado de la civilización, admirador de la naturaleza. ¿Eso le satisfacía? A su edad ya no podría pedir mucho de la vida, pero, ¿qué lo llevó ahí? Seguía siendo un enigma.

Finalmente, después de una hora de escuchar la caída de agua, ya relajado, prendió un cigarro: tengo que hablar con él, se dijo. No puede manipularme así.

Abel estuvo peleando un rato consigo mismo, ¿eso era posible?, ¿tenemos un ángel bueno y otro malo?, ¿tenemos dos personalidades, o una sola dividida? Sin embargo, decía Tita, las cosas suceden por algo, “si no pudiste irte de viaje, será porque no era tu tiempo”. Y a mí ¿qué me trajo aquí? ¿Ana?, ¿yo mismo?, ¿Elisa?, ¿el tarot?, ¿el destino?

Sólo es parte de una crisis, se aseguró. ¿Qué he hecho de mi vida? Reportero de nota roja, soledad. Debería suicidarme, ¡no!, ¿por qué?, si me gusta la vida. Esto es una señal, debo seguir pero, ¿quiero seguir?, ¿debo ser como Marcial?, ¿un brujo?, ¿ésa es realmente mi misión? Sus pensamientos iban de una idea a otra sin control; Marcial se lo había dicho, no dejes que los pensamientos

brinquen como cabras, concéntrate en una sola idea, la que quieras, después ya podrás controlarlo.

Decidió seguir los consejos de su tío, se sentó cómodo sobre el pasto para escuchar el correr del agua, hizo algunas respiraciones y empezó a concentrarse. Lo primero fue pensar nada más que en ese ruido monótono, alegre, de la naturaleza. No en su vida, ni en Marcial, ni en las visiones.

En las noches Marcial colocaba un vaso de agua en el buró de la habitación de Abel, con la indicación de que lo tomara en las mañanas, antes de desayunar. Tómatelo, le decía, es medicina. Tú sabes que ahora están muy de moda los cristales del agua, afirmaba sonriente, pero eso ya lo sabían nuestros antepasados, desde los mayas hasta los incas. El agua tiene un poder de sanación muy especial. Tú le pides y ella te da, agregaba.

También los humanos somos muy poderosos, pero no sabemos controlar ese poder, para eso estamos los brujos, porque los hombres no son capaces de creer en sí mismos, y sí de creer en nosotros. Por eso cuando les aseguras que van a sanar, ellos mismos trabajan en favor de su cuerpo.

Nuestros pensamientos son objetos concretos, no confiamos en su poder porque no los vemos. Lo que quiero decir es que generan cosas concretas. Las envidias, por ejemplo, a las que tanto temen las personas, son sentimientos negativos. No es que una persona quiera hacerle daño a otra. Si no controla esa emoción ya lo está haciendo, ya está mandando energías que se pueden concretar en situaciones negativas, concluía el viejo brujo.

Todos los días, en un paseo matinal, Marcial platicaba con Abel de diferentes temas, desde el poder del pensamiento para sanar, hasta de su vida en la sierra. Caminaban un rato rumbo a la cascada, sintiendo la brisa y el olor a humedad. Se sentaban en alguna roca, aunque Marcial tenía su favorita, una que semejava una mano, con sus cinco dedos.

El numero cinco es muy importante, aseguraba, estamos formados de cinco elementos, en sentido físico y espiritual: tenemos tierra, agua, fuego, aire y espacio. Y todos necesitan estar equilibrados para llevar una vida armoniosa.

Eso ya lo sabían nuestros antepasados y los indios de hoy, le decía Abel a su tío, ¿tú crees que les puedes enseñar algo nuevo?

Yo vine aquí para aprender, le aseguraba Marcial, lo poco que aprendí en la ciudad y lo que he podido adquirir en estas tierras confluye en una sola tradición. Las dos visiones del mundo no son tan diferentes como crees. En ambas se debe respetar a la naturaleza.

Abel se dedicaba a escuchar y más tarde, en la soledad de su cuarto, meditaba. Aunque no podía olvidarse del vodka, por lo que después de la primera semana, una tarde calurosa se escapó a Villa Juárez para echarse un trago. Pero un trago para él significaban muchos más. Marcial se dio cuenta demasiado tarde y mandó llamar a Chema para que lo buscara. ¡Este muchacho!, pensó, va a ser más difícil de lo que suponía, pero tiene posibilidades, no debo dejar que se pierda.

Chema lo fue a buscar a la cantina, con El Gallo, pero cuando llegó ya no estaba ahí. Bebió tres rondas y se fue, le dijeron, porque eran las de rigor. Aunque había encontrado comparsa, salió con unos de San Agustín, afirmó el cantinero retorciéndose el bigote, lo invitaron a seguir tomando, quién sabe adónde. Creo que se fueron al centro, pero pa qué lo busca, déjelo, ya no es un niño. Dígale al brujo que no se preocupe, qué le puede pasar, ¡si éste es un pueblo seguro!

Pos sí, pero el viejo está requete nervioso y qué le vamos a hacer, agregó Chema un poco consternado, tengo que seguir buscando.

Era pasada la media noche y ya nada estaba abierto en el pueblo, incluso El Gallo ya había cerrado, estaba lavando los vasos y barriendo cuando Chema llegó. Las pocas luces de las casas ayudaban a iluminar las calles solitarias, los pasos se reproducían en eco por las esquinas. Buscarlo será peor, pensó Chema: soledad y negrura, lo propicio para el nahual, por eso dio la media vuelta y prefirió re-

regresar; además, a él no le gustaban los de San Agustín. Una cosa era apreciar al brujo y otra quedar en ridículo por culpa del sobrino, así que decidió regresar y decirle que no lo había encontrado. Ya aparecerá, se dijo. No le va a pasar nada, el cantinero tiene razón.

El brujo caminaba de un lado para otro, inquieto, y al no saber nada de Abel despidió a Chema con indicaciones de regresar al pueblo a buscarlo al día siguiente. Empezó un rito de protección. La noche era favorable, sin luna, las estrellas se mostraban en todo su brillo. Se encerró en la habitación donde atendía a la gente, regó un círculo de sal a su alrededor, prendió tres velas blancas a manera de triángulo y se sentó en medio de ellas: Padre mío, Jesús mío, guía a mi muchacho para que no lo encuentre la oscuridad, protégelo, ilumina su camino, dale luz. Pese a su edad, el hombre sentado se veía robusto, un halo rojizo rodeaba su cara: en tus manos lo encomiendo Padre, ayúdalo, yo sé que lo vas a cuidar, agregó y permaneció un rato rezando.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando Abel entró a la cantina de El Gallo. Sentados en la barra estaban dos hombres que el día de la fiesta del pueblo le habían llamado la atención: sus rostros eran inexpresivos, parecían máscaras de carnaval, tenían facciones duras y piel muy rosada, a diferencia de las personas de los otros pueblos. Ese día bailaron vestidos de colores, con ropas de mujer. Le provocaban curiosidad y a la vez una sensación extraña, como de estar frente a seres extraterrestres. De verdad que eran unos muñecos gemelos, aunque uno un poco más avejentado que el otro. Sintió cómo lo miraban. Será porque les tomé fotos, pensó. Se sentó en la barra y pidió un vodka con agua, el vaso le temblaba en la mano. Después de dos tragos se suavizó, hasta los miró con un poco de curiosidad. ¿Ustedes de dónde son?, se atrevió a preguntar.

Los hombres le contestaron con otra pregunta: usted es el sobrino del maestro Marcial, ¿verdad?

Sí, dijo seco, mirando el vaso, no quería verlos de frente para que no notaran su curiosidad. Prendió un cigarro y pidió un cenicero.

Nosotros somos de San Agustín, muy cerquita de aquí, dijo sonriente el más viejo. ¿Y viene de visita o a quedarse?, agregó.

De visita, por unos días, para acompañar a mi tío, que está solo, dijo Abel un poco cauteloso.

¡Ah!, soltaron los muñecos al mismo tiempo, en un suspiro coordinado.

Lo invitamos al pueblo, dijo el más joven, sonriente: ahí tene-

mos un licor especial, que hacemos con café, ¡esta re güeno!, le va a gustar.

Abel lo pensó unos instantes, los miró de arriba abajo con desgarro, después de tres vodkas tenía la valentía suficiente para acompañarlos. Pese a lo extraño de los personajes no consideró ningún peligro.

Caminaron en silencio durante unos veinte minutos hasta llegar a una cueva rodeada de árboles en medio de la espesura del monte, comenzaba a anochecer, se escuchó el rumor del agua, parecía un arroyo corriendo bajo sus pies. Los hombres se sentaron por un momento enfrente de la cueva, sobre unas piedras. El periodista se quedó parado observándolos sin decir nada, el calor y la caminata le habían bajado el efecto del alcohol. Se percató de su tez rosada, demasiado rosada, pensó. Sus facciones duras semejabán una máscara. Qué extraños son, pensó. Calzan huaraches y visten como indígenas pero a la vez no parecen ser de estas tierras. ¡Extranjeros con calzón de manta!, se dijo, entre incrédulo y sonriente. Ellos hablaban entre sí y a veces como en clave, en perfecto español, sin rasgos de tono indígena.

Lo llamaron junto a ellos: no tenga temor, ya casi llegamos. No somos enemigos, antes bien queremos protegerlo, hacerle un regalo. Un obsequio, agregó el joven. Entraron en la maleza, el verde se volvía cada vez más intenso, el mayor sacó de su morral una botella oscura y se la ofreció a Abel: primero los invitados, dijo.

Se sentaron en cuclillas, como sabe hacerlo la gente del campo, muy bien equilibrados, sin caerse, afianzados sobre las plantas de los pies, con tobillos fuertes. Abel se arrodilló.

El mayor dio un trago a la botella y se la pasó a su compañero: aquí estamos reunidos otra vez, hermanos, dijo muy serio.

Estamos, respondió el joven.

Todavía no oscurecía completamente, el verano brindaba una tarde azul, muy limpia, el hombre mayor elevó las manos hacia el cielo: te pedimos Tata que nos cubras con tu manto, Juanito Techa-

chalco es nuestro profeta y nos manda proteger a este Juan que llega de fueras para cumplir su misión.

Las caras, antes inexpresivas de los hombres, se tornaron alegres, risueñas. Abel se sintió cómodo, en paz. A su alrededor el verde se hizo casi fosforescente. Las hojas de los árboles le empezaron a hablar, a susurrarle acordes conocidos. El viento sacudía las ramas. Nunca había tenido una sensación similar, era como redescubrir el mundo: una telaraña en donde todo estaba conectado. Miró hacia el cielo y dio gracias, no sabía exactamente por qué. Vinieron a su mente las oraciones que aprendió de niño para hacer la primera comunión. De alguna manera le ayudaban cuando sentía miedo, pero ahora era diferente, las recordaba con placer; las frases, antes huecas, le saltaban de la lengua sin quererlo. Hasta las que se había inventado para ayudarse a ahuyentar las sombras, sonaban como una suave música.

Los hombres lo contemplaban en silencio, con respeto, mientras él seguía con la mirada imágenes borrosas de diferentes colores, rojas, amarillas, verdes, azules: luciérnagas enormes volando a su alrededor. Salían de repente de las profundidades espesas de los árboles y regresaban bailando, moviéndose a su propio ritmo interno.

Disfrutó de este juego hasta que se quedó dormido. Al otro día amaneció tapado con un gabán de colores, la lluvia le golpeaba la cara muy quedo. En su mano aprisionaba una piedra amarilla, transparente, ámbar tal vez, engarzada en metal y con una cadena para colocarse al cuello. Al verla, las palabras de los hombres regresaron a su cabeza: este regalo es para su protección, no se lo quite.

22

Has elegido tu camino, ya no hay dudas, Abel. Viste qué fácil. Qué fácil para ti y para los otros que te esperan. Porque te esperan y saben que vendrás, que has decidido enfrentar este destino tuyo.

No te hago falta ya, vas por tu cuenta, mi niño. Por tu propia cuenta. Cada paso, cada camino, lo que hagas o dejes de hacer te pertenece. Eres tu propio guía. Encuentra y sigue las señales. No dudes más, ya no hay regreso.

Pero pronto nos veremos, muy pronto.

Abel caminaba sobre el lodo, un amasijo negro y chocolatoso le cubría los zapatos hasta los calcetines. Seguía lloviendo quedo, pero sin bruma. En algunos tramos resbalaba tratando de mantener el equilibrio a toda costa, por lo que decidió esperar a que el sol estuviese más alto y dejara de chispear. Se sentó en un recodo del camino, a la vera de un árbol ancho y frondoso. Intentó fumar pero la cajetilla de cigarros estaba empapada, sintió frío; parezco perro mojado, pensó mientras pasaba su mano por el cabello húmedo para retirarlo de su frente, a ver si no me enfermo ¡quién me manda!

Regresó a Jesús María cerca de las seis de la tarde, entró en silencio, procurando no hacer ruido, no quería molestar a Marcial y tampoco se sentía bien, el frío se pegaba a los huesos, debía descansar.

El tío salió a su encuentro con la idea de reprenderlo, pero al verlo en ese estado y lleno de lodo lo abrazó. Date un baño, le dijo, ¡mira nada más cómo vienes!, te puedes enfermar. Observó el talismán que colgaba brillante en el cuello de Abel y sonrió, parece que no te fue tan mal después de todo, agregó, y puso la mano por encima del amuleto sin tocarlo. Abel, ignorando el comentario, le dio una palmada cariñosa en la espalda a su viejo tío y se fue directo a su habitación dispuesto a escribir, le hacía falta, una noche así debe ser recordada, se dijo.

Ahora sí que estoy enloqueciendo, pensó. No sé si antes de venir estaba más loco o ahora. Anoche ni siquiera me emborraché y me siento bien crudo, cansado, me duele la cabeza y la espalda. Sacó unas tabletas efervescentes de su maleta, las echó en un vaso de agua

y las bebió de un trago. Abrió su libreta y aunque tomó la pluma con entusiasmo empezó a sentir sueño, pero alcanzó a garabatear unas cuantas palabras: *Es difícil creer...*, cuando se quedó dormido encima de la mesa.

Caminaba por un pasillo angosto, lleno de arcadas y techos altos abovedados. Entró a una habitación donde todo parecía muy limpio, con adornos brillantes, figuras de porcelana y muebles antiguos, caminó un poco, no reconocía el lugar, le recordaba la casa de su abuela en Analco. En los sueños las cosas no son lo que parecen, pero siempre les atribuimos una personalidad conocida, tal vez para sentirnos libres de peligro. Abel caminaba entre habitaciones conectadas unas con otras, semejantes a un laberinto. Salió directo a un patio pleno de macetas con flores y una fuente en medio, a su derecha, metida en un nicho, la imagen tallada en piedra de San Miguel Arcángel. No, no era la casa familiar, podría ser un convento, como los que ahora son museo en Puebla: ¿Santa Rosa, Santa Mónica, la Concepcion? No le importaba, se sentía seguro, una gran calma le llegó con olor a flores. Flores de muerto, ¡huele a flores de muerto!, pensó. Se miró a sí mismo tendido en un ataúd, cubierto de flores blancas, pero no era él, era ella: ¿una mujer!

Despertó de súbito, se incorporó rápidamente y corrió al baño. Tallándose los ojos se echó agua en la cara. Levantó la mirada y su rostro reflejado en la luna del espejo parecía despellejarse, parecía una tela vieja resquebrajada por la humedad. Al principio se asustó, cada vez que intentaba quitar un pellejo aparecían más desgajándose, se sentía leproso, miró sus manos y pies para comprobar si les pasaba lo mismo pero no, sólo era la cara. Entonces despertó de verdad. Un sueño dentro de otro sueño, se dijo. Hace mucho que no le pasaba, esa sensación de despertar y seguir dormido, ¡qué pesadilla!

En seguida corrió al baño y, tal como en el sueño, se echó agua en la cara, pero al mirarse en el espejo éste le devolvió una imagen lozana, fresca, igual al agua que acababa de salpicarle el rostro. Menos mal que la realidad es otra, pensó mientras caminaba hacia la

habitación de Marcial. Entró ansioso, sin tocar, dispuesto a contarle su sueño al brujo, cuando sintió una punzada en la cabeza.

Marcial estaba entusiasmado machacando unas hierbas en el mortero: no te ves nada bien, le dijo, mirando sus ojos con preocupación, estás sudando, agregó, mientras le tocaba la frente con el dorso de la mano y de inmediato fijó la mirada en el amuleto.

Mmmm, pensó, hay que prepararte para que puedas empezar tu misión. Pese a su vejez y baja estatura, Marcial tomó a su sobrino del brazo y casi lo empujó a acostarse. Has tenido un mal sueño, ¿verdad?, le preguntó, seguro de la respuesta. Estás delirando, agregó.

Por la mente de Abel pasaron Tita, su mamá y hasta su abuela, envolviéndolo con toallas mojadas, frías, como si fuese un tamal: una, dos, tres capas de toallas y al final una cobija; lo dejaban así horas hasta que empezaba a sudar y entonces iban sacando una a una las toallas ya secas por debajo de la cobija. Sintió calosfríos sólo de pensarlo. ¡Envolturas!, se llamaban.

Marcial lo calmó adivinándole el pensamiento, yo no soy tan salvaje como tu tía, mis métodos son más modernos, además tú ya estás preparado para sanar. Fue a la cocina por un vaso de agua al que le agregó miel con unas gotas de limón, le colocó las manos encima, pronunciando un rezo y se lo dio a beber. Cuando lo tomes, le ordenó a Abel, imagínate sano, completamente sano, alegre, vivo, sin ningún dolor. El sobrino rió, empezaba a creer, en verdad trataba de hacerlo, deseaba sentirse bien: cerró los ojos y se vio a sí mismo corriendo en un campo, después, en la ciudad, cuando de nuevo se quedó dormido.

Su tío lo tapó con una manta de lana y enseguida le colocó un trapo frío en la frente. Frotó sus manos una con otra y las pasó encima del cuerpo sin tocarlo, empezó en la coronilla, después la frente, los ojos, la garganta, y el pecho hasta los pies, con movimientos delicados. Debes prepararte para tu misión, decía en voz baja, el espíritu te obsequió el mayor don, úsalo, usa tu divinidad, usa tu poder.

Se sentó a su lado y empezó a leer en voz alta un cuaderno amarillento, repitiendo cada palabra con cuidado, lento, tratando de que Abel lo escuchara entre sus sueños.

El sobrino ya no oía, ahora caminaba en busca de Elisa, y a su paso las calles de una ciudad desconocida aparecían sembradas de muertos. Gente de rostro desfigurado, manchada de sangre, tomada una a otra de las manos, algunos más arrastrándose por el suelo pretendiendo alcanzar algo. Parecían los restos de un campo de batalla o de una peste de la Edad Media. Hombres, mujeres y hasta niños abrazados, con terror en el rostro. Cabezas despegadas de sus cuerpos, brazos y piernas en rojizos ríos. No podía avanzar, cada paso se volvía más penoso que el anterior, gritaba desesperado porque sabía que Elisa estaba cerca, muy cerca de él.

Afuera de la casa de Jesús María la lluvia no paraba, mientras, en el sueño, el agua torrencial corría lavando cuerpos.

Dentro del sueño Abel escuchó una voz lejana: eres uno y eres muchos, repetía, tienes el don, guíalos, le ordenaba, si los dejas aquí nunca podrán regresar a casa.

Pero Abel sólo quería encontrar a Elisa. Él sabía que ella estaba en algún lugar entre la muchedumbre que aterrada corría trastabillando entre los cuerpos.

Guíalos, repetía la voz, es tu deber.

¡No!, gritaba Abel, necesito encontrar a Elisa. La quieren a ella, sólo a ella, repetía sollozando.

Abel deliró toda la noche, y cada sueño era peor que el anterior. Gente matándose entre sí: acuchillados, baleados, ahogados. Balas perdidas que iban a dar en cuerpos de niños. Gente enloquecida persiguiéndose. Todos sus recuerdos de la nota roja se le repetían una y otra vez.

Sácalo todo, sácalo, debes limpiar tu alma y tu cuerpo, le decía Marcial sujetándolo firmemente de la mano, mientras Abel se convulsionaba sudoroso.

Cuando despertó, el viejo tío estaba junto a él, sonriendo. Ya ves, no fue tan duro, ¿verdad? ¡Venciste!

¿Qué me pasó?, preguntó intranquilo. Fue una pesadilla, se dijo. Todos estaban locos, muertos, sangre, ¡ríos de sangre por todos lados!

El mal existe, le dijo su tío, pero en ti ya no, ya sanaste. Ahora tu deber es sanar a los demás.

Yo sé que tú no lo pediste, pero te lo dieron. Esa piedra, dijo señalando con el dedo índice el colgijie en el cuello, te la otorgaron porque te consideran digno. Claro que es tu decisión, eres libre. Todos somos libres de decidir lo que queremos hacer. Si no quieres, no lo hagas y ya. No pasa nada. Sólo recuerda que por algo te dieron ese poder. Ahora, que si decides usarlo, puedo ayudarte en cualquier momento.

Por eso te limpiaron, te sacaron tus demonios, porque para poder sanar a los demás lo primero es estar limpio. Limpio de rencores, de malos sentimientos. ¿Cómo te sientes?, seguro ahora no lo notas.

Abel miraba al viejo sin entender lo que le decía, estaba más concentrado en las visiones que acababa de tener. Ese sueño, dijo angustiado, ¡era tan real!, y Elisa, de verdad sentí que ella estaba en peligro.

Y siguió con su monólogo: no se trata de cómo me siento yo, sino Elisa, tengo que ir a verla. No sé si está bien. Antes de que me fuera de la ciudad ya había mucha violencia, demasiada, y ¡Elisa está ahí sola, en medio de ella!

El tío sonrió, durante todos los días en que su sobrino había estado con él jamás había mencionado a esa muchacha. Algo está cambiando, se dijo a sí mismo.

Palmeó la espalda de Abel: pues ve a buscarla, le ordenó enérgico, para que estés más tranquilo, ¿qué esperas?, anda, si no vas te vas a arrepentir.

Sí, sí, necesito ir. Pero ahora no me digas nada sobre sanar, por favor, en realidad no sé qué creer, quiero creer, he visto tantas cosas

extrañas que tampoco puedo decir que no existan. Dame tiempo tío, ahora tengo que ver a Elisa, saber que está bien.

Marcial volvió a sonreír, no importaba lo que dijera su sobrino, estaba convencido de que Abel por fin estaba en el camino, sólo se trataba del último empujón.

Como quieras, nomás deja que te regale unos apuntes, por si te atreves a usar el don, porque no es un juego. Hay ciertas reglas y no te hace daño conocerlas.

El brujo se levantó de la cama y abrió las puertas de un armario empotrado en la pared. Sacó una caja con un cuaderno de notas adentro, empastado en piel.

Antes de entregarle el manuscrito agregó, mirándolo directamente a los ojos: no te atrevas a sanar a nadie hasta que no hayas leído estas notas. Cuídalas mucho, porque no deben caer en manos extrañas.

Abel no dudó, sabía que de alguna forma ya había elegido su destino: dámelas pues, dijo sonriendo, no me hace daño, y si eso te hace feliz me lo llevaré. Eres un viejo ladino ¿eh?, siempre te sales con la tuya.

Sanar, sanar, repetía sonido por sonido, esa palabra tan simple le retumbaba en la cabeza. El camino de regreso a la ciudad le parecía eterno. Su corazón estaba acelerado y sentía un gran vacío en el pecho. Angustia, como nunca la había sentido, ¡ni siquiera cuando murió mi mamá!, se dijo.

En seguida vio a su madre en el lecho de muerte, una mujer sencilla, capaz de dar la vida por los demás. Abel no quería sus consejos: no le guardes rencor a nadie, vive tu vida, hijo, no juzgues a la gente, mejor ayúdala. Él sólo deseaba que no muriera, verla feliz, sin dolor ¡si hubiera podido sanarla en esos momentos! Sanar, pensó enojado, de qué me sirve ahora.

Quería que el autobús volara, llegar lo más rápido posible y eso lo desesperaba. Contaba árboles y autos, para pasar el tiempo. Abrió el cuaderno de notas que le dio Marcial. Sanar es una responsabilidad muy grande, decía la primera página. Reconoció la voz de su tío sembrada en el papel. Para sanar debes estar bien, si estás enfermo mental, física o espiritualmente, no podrás hacerlo, continuaba. Dejó de lado el texto, no podía concentrarse.

Desde antes de llegar al DF llamó a Elisa a su celular, sin éxito. Se encaminó al periódico de inmediato, ¿dónde más podrían informarle sobre ella? Su familia vivía en Acapulco, y aunque él le dejó la llave del departamento, no, no podría estar allí, debía estar trabajando.

La lluvia lavaba las calles igual que en su sueño. La ciudad desprendía su olor a pavimento mojado, y junto con la tierra húmeda

de los parques y el smog, formaban una mezcla nostálgica. Encendió un cigarrillo para sentirse parte de ese olor.

En la redacción no le supieron informar sobre Elisa. Vino en la mañana, regresó a medio día con sus notas y no ha vuelto, le dijeron. Salió sin rumbo fijo, dispuesto a peinar la ciudad si era necesario, pero lo alcanzó el policía de la entrada: oiga, jefe, le dijo mientras chupaba una paletita de las que le gustaba regalar a Elisa, escuché que hubo una balacera en la Zona Rosa, se me hace que la señorita se fue para allá, a ella le gusta el peligro, ¿no?, agregó en un tonito burlón.

El taxi lo dejó cerca del lugar, en Insurgentes y Reforma, no quiso avanzar más. No, patrón, vaya a haber un retén, en el radio dicen que nadie se acerque, puede ser peligroso.

Qué peligroso ni qué peligroso, rezongó Abel, ¡peligrosa tu abuela! Ahí nos vemos, le gritó dando un portazo.

Corrió hasta llegar a donde le habían indicado, Niza y Hamburgo. La zona estaba acordonada, lo detuvieron. Vengo de *La Nación*, dijo enseñando su credencial apresuradamente. No hay paso a periodistas, le ordenaron. ¿Por qué?, preguntó. Porque por metiches ya balearon a una.

¿Cómo?, ¿a quién?

Creo que es de ese periódico que dijo, *La Nación*, ¿no?

En dónde está, qué le hicieron, preguntó angustiado, ¡dígame dónde está!

Ya se la llevaron a la Cruz Roja, si quiere verla vuélele, porque ya van por la esquina.

Abel salió disparado, pero la ambulancia ya había desaparecido, sólo alcanzó a escuchar un ulular nítido, alejándose. Ese sonido tan claro y agudo, clavado en sus oídos, no podía ser más aterrador.

Elisa se desangraba, le sacaron dos balas, una del hombro y otra de la pierna. En la sala de espera Abel suplicaba que lo dejaran verla. Permaneció varias horas dando vueltas entre cigarrillos y tazas de

café hasta que pudo entrar. La tenían sedada, como la bala destrozó el hueso provocó una embolia pulmonar. Es cuestión de que su cuerpo responda, pueden ser días o semanas, hasta que se limpien sus pulmones, le dijeron. Se veía tan hermosa en su palidez, pese a los tubos que entraban por su boca. Abel la tomó de la mano y sintió un choque eléctrico en su pecho. Se sonrojó, no puede ser, se dijo, ¡yo no puedo vivir sin esta chiquilla! Hacía mucho tiempo que no sentía en sus labios ese sabor amargo y salado de las lágrimas. Elisa, susurró. Elisa, no te vayas, ¡quédate conmigo!

El tiempo que Elisa pasó en el hospital, Abel no se apartó de ella y, mientras esperaba sentado en los pasillos, empezó a leer a ratos el cuaderno que su tío le había dado; quería ayudar, pero no sabía cómo. La palabra intuición le sonaba demasiado esotérica, por lo que buscaba algo más concreto, algo que pudiera aplicar de inmediato. Pero sólo encontraba ideas sueltas y, además, no podía concentrarse.

“Una vez que empieces a sanar, no podrás negar la sanación a nadie, sea quien sea, haga lo que haga. Pero eso no implica que vaya a mejorar. Si la persona tiene que pasar por ese proceso y es parte de su aprendizaje, no podrás hacer nada. Te vas a dar a cuenta desde que la veas. Sigue tu intuición para saber lo que puedes hacer.” Decía el cuaderno, y mientras leía parecía escuchar la voz grave y profunda de Marcial.

Intuición, gritó Abel enojado, ¡me lleva la chingada! Mejor le hablo a Marcial para que me diga qué puedo hacer. Pero localizar a su tío no era fácil, en el rancho no había teléfono. Decidió ojear el cuaderno una vez más para ver si encontraba algo que pudiera ayudarlo en ese momento y cuando lo abrió el mismo Marcial parecía hablarle, las páginas se dirigían directamente a él: Tranquilízate, eres un ser muy especial, el espíritu te ama y no te abandona en ningún momento. No estás solo, piensa que junto a ti hay otras entidades acompañándote. Ellos están para servirte, pero cuando estamos encarnados no lo queremos creer. Lo primero es mantener la calma, no debes preocuparte por el enfermo, ¡ocúpate de él!, ¿acaso ya murió? ¿Y cómo te puedes ocupar de él?, pues lo primero es estar

tranquilo, relajado, las bajas vibraciones no ayudan en nada. Piensa positivo, no negativo.

Abel apartó su mirada del cuaderno y se concentró en la pared blanca que tenía frente a sus ojos, recordando las instrucciones para relajarse que le diera su tío. Después de varias respiraciones profundas, su mente se transportó a la caída de agua en medio de la montaña de Xicotepec, un verde intenso inundaba el espacio, escuchó el fluir acompasado del líquido, el melodioso canto de los pájaros de diferentes tonos. Observó una sombra blanca avanzando hacia él, informe, y sintió una gran paz, una alegría sin motivo. A través del espectro escuchó a su abuela. Recordó cuando ella, sentada y con los ojos cerrados, lo tomaba de la mano y le hablaba muy quedo, de manera clara y pausada. Era su voz, pero la ternura, la forma de decirle las cosas, parecían del espíritu que hablaba por su boca. Su abuela María le apretaba la mano y su calor se expandía en todo su cuerpo. Mi niño, le decía, no temas. El temor entorpece nuestros actos, porque el temor es parte de lo oscuro. No tengas miedo, mi niño. Existe una gran fuerza que nos une aunque no la veas. Forma una gran red. Es la energía universal que hace vivir al planeta. Es la energía que permite sanar ¿no lo crees? Observa, aseguró. Y al pronunciar estas palabras el espacio se transformó en una serie de rayos luminosos que lo atravesaban todo, la hierba, los árboles, el agua. Rayos azules, amarillos, verdes, anaranjados, pasando por debajo, por encima de su cuerpo, iluminando y moviéndose de diferentes maneras, hacia un lado y hacia otro, formando una gran red de líneas curvas o paralelas, en desorden y al mismo tiempo en orden. Iguales a las que pudo ver cuando le entregaron el talismán que llevaba al cuello.

Normalmente tú no puedes ver esto, ni el aura de las personas, agregó la voz. Pero si no lo ves no quiere decir que no existe, es algo parecido a las ondas de lo que ustedes llaman radio o televisión.

Cuando vayas a sanar, conéctate a la gran red, piensa en ella, imagínala como ahora y el resto viene solo. Y sobre todo, olvídate del temor, confía en ti mismo, ésa es la primera regla.

Abel despertó con la sensación de haber viajado, tenía la mano derecha dormida, la movió varias veces hasta sentir el hormigueo, ¡qué alucine!, se dijo, ¡ni cuando fumaba mota! Esa abuela, otra vez con el cuento del amor, pensó mientras volvía a tocar su mano para ver si reaccionaba, así era la abuela, así era... Sí, con esa misma voz el espíritu hablaba con él cuando ella se dormía, tal cual, pensó. Tomó el cuaderno y lo guardó en su mochila, mientras cavilaba en cómo convencer a los doctores de que lo dejaran estar más tiempo con Elisa. Sintió una necesidad urgente de abrazarla, de besarla. Así, tal vez, a lo mejor hasta la podría sanar, sonrió para sí mismo, qué loco estoy, me cae.

Pero nada se pierde, caviló.

Sentado en la sala de espera, Abel pasaba horas recordando su niñez. El ambiente a alcohol y a desinfectante se iba haciendo más familiar. Cuando era niño esos olores parecían insoportables, lo mareaban, empezaba a escuchar un zumbido en los oídos y a ver puntos de colores hasta casi desmayarse.

No, nunca hubiera sido médico, se dijo. Entonces, esto de sanar ¿qué es? Pues ideas locas de mi tío. Y yo que le hago caso.

Cuando uno pasa días en un hospital las cosas más terribles se vuelven cotidianas, pierden su valor, pensaba. Es muy parecido a cubrir la nota roja, será porque se curte uno. El dolor y la maldad ya no tienen el mismo significado.

Abel caminaba por todo el hospital sin que le dijeran nada, ya lo conocían. Veía entrar heridos rumbo a urgencias, fracturados, baleados, atropellados, golpeados.

Las afanadoras pasaban junto a él saludándolo, los guardias lo dejaban pasar por todas las áreas y las enfermeras se sentaban un rato con él para conversar.

¡Ya me voy a volver inventario!, les decía bromeando.

No se preocupe, le aseguraban, tenga paciencia y verá cómo su pacientita se alivia pronto.

Una enfermera en especial, Raquel, le llamaba la atención. Era muy alegre y siempre le llevaba tortas y café. Trabajaba dos turnos y además era dueña de una cafetería frente al hospital: “El marcapasos”. Pronto me voy a jubilar, le decía, y ya podré atender mi “cafeta” como se debe.

Abel la comparaba con su madre, siempre queriendo ayudar a los demás sin preocuparse por ella misma. Debió haber sido muy guapa de joven, era una mujer menuda con ojos grandes y almen-drados, tipo hindú, el cabello largo, con algunas canas, siempre re-cogido en un chongo. Unas tempranas arrugas, muy marcadas por los desvelos, le recorrían el rostro. Seguro olvidó el amor por cuidar a sus hijos, se decía Abel.

Raquel sabía de brujería, y aunque era enfermera eso no im-pedía que creyera en espíritus. Así somos los mexicanos, decía riendo, cuando nos enfermamos corremos al brujo y al doctor al mismo tiempo, alguno de los dos le tiene que atinar ¿no le parece?

El día en que Abel soñó con su abuela, Raquel se acercó a sa-ludarlo y él pudo ver un halo amarillo a su alrededor, una sombra brillante atrás de su cuerpo.

Pensó que estaba alucinando y se talló los ojos, pero el brillo siguió, deslumbrante. Unas veces verdoso y otras naranja. No quiso comentar nada porque pensó que sería un efecto de la luz.

Raquel se dio cuenta de que Abel temblaba y le tomó la mano. Qué le pasa, le dijo, ¿se siente mal? Está temblando. Él se soltó rá-pido, no tengo nada, sólo necesito un poco de reposo y ver a Eli-sa. Vaya a descansar a mi changarro, ahí tengo una cama que uso cuando estoy muy cansada, porque entre turno y turno me echo un coyotito. Dígale a los muchachos que cuidan que lo mando yo, su tía Raco, así me dicen.

Qué chistoso, comentó Abel, es un nombre muy masculino ¿no?

No se ría, reclamó Raquel muy seria mientras lo miraba a los ojos. El que tiene algo extraño es usted, le dijo señalando el talismán que Abel portaba en el cuello.

Él frotó la piedra con la mano y quiso ocultarla. Es un regalo, afirmo, de unos amigos de la sierra de Puebla.

Pero unos amigos muy especiales, señaló Raco. Muy, muy espe-ciales, ¿no cree?

¿Por qué?, la desafió Abel, yo no le veo nada de especial, la traigo porque me gusta.

Obsérvela, le ordenó ella, yo no la voy a tocar. Sólo mírela, no mantiene un solo color. Cambia según su estado de ánimo.

Abel la tomó con su mano y sintió mucha tranquilidad, el temblor se detuvo. La piedra se volvió luminosa, y esa luz brincó a su brazo, saltando juguetona, desvaneciéndose en el interior de su cuerpo.

¿Lo ve?, le dijo ella. Para eso es. Es una piedra curativa, sanadora, dicen los brujos. ¿Ya se siente mejor?

¿Y usted por qué lo sabe?, le preguntó Abel.

Sólo lo sé, sonrió Raquel. Sólo lo sé. Yo también tengo mis secretos.

Los pasillos del hospital eran fríos y oscuros; las blancas paredes no parecían darles luz, sino al contrario, la cenefa de mosaicos azules no hacía más que acentuar la soledad. Las personas pasaban horas ahí antes de que las atendieran o les informaran sobre su enfermo, se veían cansados, demacrados, a tono con el lugar, esperando entrar al purgatorio o al infierno. Caras largas, afiladas, arrugadas, o redondas y deformes. Miles de rostros diferentes asediados por la enfermedad, ¿el cáncer?, ¿insuficiencia renal o respiratoria?, ¿influenza o pulmonía?, quién sabe, Abel intuía que algún rasgo de su cara o de su cuerpo reflejaba una enfermedad. Marcial siempre afirmaba que a la gente le duelen los brazos porque sienten que no pueden proteger a los suyos o no pueden alcanzar sus deseos en la vida. Y así, de cada órgano; se decía que los enfermos del riñón no saben controlar sus emociones, o no pueden perdonar. Qué complicado, suena muy esotérico, pero a lo mejor hay algo de verdad en eso, se decía el periodista.

Después de la plática con “Raco” el joven se entusiasmó, tenía ganas de conversar con la gente de alrededor, así que se acercó a un viejito que estaba sentado junto a él. El rostro del señor, aparte de arrugado, era amarilloso, nariz puntiaguda y boca ancha. La luz de la ventana se reflejaba en sus ojos saltones, acuosos, a punto de salirse por las cuencas.

Abel le ofreció la mano para saludarlo y el señor apenas le rozó los dedos. Eso bastó para que el periodista sintiera un piquete en el pulmón. Entonces inconscientemente empezó a respirar profundo, para detener el dolor.

Este dolor no es mío, no es mío, se repitió, retorciéndose. Tengo que verlo desde afuera, no es mío, es un objeto, eso es, un objeto y debe irse, ¡yo tengo el control!, gritaba en su interior mientras respiraba deteniendo el aire en sus pulmones. En ese momento observó cómo una telaraña de luces multicolores arrastraba una sombra que se desprendía del pecho del enfermo hacia arriba, hacia el techo.

El hombre lo miró con curiosidad y empezó a reír, cada vez más fuerte. Usted, dijo, usted me curó, me curó, gritaba feliz. Muchas gracias, muchas gracias, repetía mientras le besaba las manos a Abel.

Raquel, desde la esquina del pasillo observaba toda la escena y corrió a detener a Abel, que parecía caer a punto de desmayarse. Le tomó la mano apretándola lo más fuerte que pudo, mientras le soplabla en los oídos. Regresa muchacho, regresa, le pedía. Tú no estás enfermo. Tú tienes el poder, tienes el don, le repetía quedo.

Abel volvió en sí. Estaba débil, le costaba trabajo caminar, se le doblaban las piernas, por lo que Raquel tuvo que llevarlo a su cafetería con ayuda de un afanador del hospital.

Aquí vas a estar bien, le dijo. Puedo hablarte de tú ¿verdad muchacho?, sonrió ampliamente.

Y, sin esperar respuesta, prosiguió: tengo que hablar contigo, porque eso que hiciste no estuvo nada bien. Por lo menos de la forma en que sucedió. No estás preparado y puedes terminar en el manicomio o en la tumba.

Sí, ya me lo habían dicho, murmuró Abel y se recostó en la silla dirigiendo una leve mirada hacia Raquel. Parecía un borracho, con los ojos entrecerrados y a punto de dormirse.

Raquel sólo alcanzó a decirle, sin saber si la estaba escuchando, mi madre hacía lo mismo que tú y es muy peligroso. Pero yo te puedo ayudar, aprendí mucho de ella.

En la cafetería de Raquel abundaban las flores, sobre todo las rosas amarillas y los claveles rojos en cada mesa, dispuestos en coquetos floreros de cristal. Ese olor refrescaba la tarde de por sí húmeda de Abel, quien ya recuperado, miraba fijamente la taza de café, ya frío. Sin embargo, el suceso de la tarde le daba vueltas en la cabeza.

Ese hombre, se decía incrédulo, transformó su semblante al momento en que lo toqué, su rostro parecía más amable, luminoso, ¡hasta rejuvenecido!, quién lo diría, con una cara memorable, muy redonda, ojos saltones y sonrisa fresca.

Repasó el evento, mientras el enfermo se sentía mejor, Abel iba recibiendo información desarticulada, retazos, piezas de rompecabezas. Y él debía colocar cada pieza en su lugar, como si el hombre hubiese estado roto, y a él, Abel, le correspondiera acomodarlo, rehacerlo.

Raquel llegó de trabajar y se sentó junto a él. ¿Me esperabas?

No exactamente, pero necesito que me ayudes, ¿tendrás un trago?, preguntó Abel desenfadado.

Bueno, un poco de mezcal que me trajeron de Oaxaca, no sé si te guste, le advirtió.

Sí, cómo no, regálame un poco, por favor, necesito relajarme, dijo Abel sereno.

Raquel lo miró preocupada. Tengo que hablar contigo, le advirtió al tiempo que le servía un caballito de mezcal. No quiero sermonearte, tienes un gran don y necesitas prepararte más. La intuición es muy importante pero no suficiente. Te voy a contar lo que he aprendido acerca de sanar, tú sabrás si lo aplicas o no.

¿Yo? chilló Abel, ¡yo lo único que quiero es sacar a Elisa de ese maldito hospital! Que ella vuelva a ser la misma de antes, y no andar sanando a quien se me ponga enfrente; además, pa acabarla ¡me quedé todo turulato! No, ¡ni madres!, recalcó alterado.

Pues por lo que pude ver hoy, tú puedes ayudar mucho a esa muchacha. Sólo es cosa de que te decidas y sigas mis consejos. Mira, las cosas no pasan por casualidad, todo tiene una razón, tú llegaste a este hospital para que yo, sí, yo, ¡no me veas con esos ojos!, te ayude. Todos los sanadores forman parte de una gran familia, son una especie de guerreros de luz. Y tú eres un guía de los más altos; tiene sus riesgos, pero también sus recompensas, como ayudar a los que más te necesitan.

¡Eres un gran canal de energía!, afirmó emocionada, mientras sus ojos brillaban de manera diferente, hasta parecían más claros, color miel. Se sentía en su tema.

Lo que hace un sanador, agregó, es canalizar la energía positiva que está en el universo para equilibrar a los enfermos.

Las personas primero se enferman espiritualmente y después físicamente. Se enferman porque hay un desequilibrio en su espíritu. Guardan rencores, odios, ira, y hasta envidia que poco a poco van dañándolos físicamente.

¿Qué sentiste cuando tocaste al hombre enfermo?

Abel miraba a Raquel con ansiedad, queriendo interrumpir su discurso. La tomó de la mano y contestó: bueno, para empezar yo no le hice nada, sólo quería platicar con él, pero al tocarlo sentí un choque eléctrico y al instante un dolor muy intenso, entre las costillas, casi insoportable. Algo, una fuerza ajena a mí, hacía que moviera mis manos sobre él, de arriba abajo. Atrás del hombre logré distinguir una silueta, pensé que era una enfermera. Y no, era demasiado luminosa, verde, muy brillante.

Ese dolor te dañó porque lo sentiste tuyo, afirmó Raquel.

Al principio sí, señaló Abel. Pero de alguna manera recordé las palabras de mi tío y empecé a rechazarlo, a tratar de verlo desde fuera, y cuando lo hice, el dolor se fue.

Entusiasmada, Raquel prosiguió con su monólogo: la labor de los guerreros es ayudar a sanar las heridas emocionales. Heridas que no son tuyas. Por eso debes conectarlos con ellos mismos y con la parte de divinidad que tienen y no saben reconocer. ¡Un sanador se sincroniza con el enfermo, sin perder su identidad! Debe estar seguro de lo que hace para poder conectarse. La energía con la que trabaja no es suya, ni las emociones, debe tenerlo claro. Si no, puede perderse.

Tú eres muy especial. Lo traes en la sangre. Eres un guerrero nato. Dame tu mano, le ordenó.

Abel acercó su mano derecha a la que le ofreció Raquel, quien lo detuvo en seco. Colócala encima de la mía, sin tocarme, con la palma hacia abajo. ¿Sientes el calor que emana? Ten cuidado con lo que piensas, sonrió, porque puedes hacer mucho bien, o mucho daño, y en este momento, tu peor enemigo es el miedo.

Abel, curioso, sirviéndose otro trago de mezcal disimuló una sonrisa antes de preguntarle: y tú, si sabes tanto, ¿por qué no te dedicas a sanar?

¿Y no es lo que hago?, reclamó Raquel.

¿A poco aplicas esto en la enfermería?, insistió irónico Abel, mira que ¡te van a correr!

Claro que lo aplico, sólo cuando no me ven los médicos, sonrió. Ellos hacen su trabajo con la materia, y yo con el espíritu, así que cada quien hace su trabajo. Si no fuera así, los enfermos recaerían a cada rato. Desgraciadamente muchas personas ya dañaron su cuerpo a tal grado que es difícil recuperarlo. Sólo queda trabajar con su espíritu y si no sanan completamente, por lo menos tienen mejor calidad de vida. Y al revés, una persona puede sanar físicamente, pero si no cambia su forma de ser y deja de lado sus emociones negativas, volverá a enfermar.

Pues sí que es complicado, dijo Abel, jugando con una cuchara entre sus dedos. Mira, pero si la gente no quiere cambiar, para qué la ayudas. Mi tío Marcial se pasó la vida ayudando a la gente y ahora está solo y ciego. Era brujo, ya te había contado sobre él, ¿no?

Sí, el que te regaló el cuaderno, confirmó la enfermera.

Raquel cerró los ojos y tomó entre sus manos las de Abel. Ese tío tuyo es un verdadero guerrero, se quedó ciego porque cometió errores, cuando era joven se portó muy mal y, además, ayudó a la gente equivocada, por eso debes tener mucho cuidado. Lo veo muy preocupado por ti, puedo sentirlo. Pero a la vez confía bastante en tus capacidades. No pierdas ese cuaderno, en él te da instrucciones para que puedas salir adelante y no te pase lo que a él. Desde donde quiera que esté, te manda una energía muy poderosa. Úsala y sobre todo confía en ti.

Bueno, pero ya basta de charla, y vamos a comer algo. Te invito unos tacos acá a la vuelta, porque aquí tengo puras tortas y huevos, dijo Raquel sonriendo, ya mañana será otro día, ¡y otra historia!

La ciudad se había llenado de charcos. El frío y la humedad se colaban entre la ropa y se pegaban al cuerpo. Después de una tarde de enormes granizos, parecidos a pelotas de golf, la noche se mostraba nítida, el viento se había llevado la bruma y las nubes, por lo que la luna lucía entera su blanca cara. Abel caminaba empapado, regresaba de la redacción del periódico, a donde había ido para informar sobre la salud de su amiga.

El ambiente de la ciudad estaba tenso. Después de la balacera en la que hirieron a Elisa, se había desatado la violencia en las calles. Todos los días había refriegas en donde personas inocentes eran masacradas. El día anterior, cerca del hospital, en la estación del metro, un hombre disparó a diestra y siniestra, enloquecido, contra las personas que salían de los vagones. En varias escuelas, algunos niños disparaban contra sus compañeros. Las ambulancias se dejaban oír por todas partes.

Abel sudaba frío, se sentía enfermo. Raquel le había advertido sobre sus miedos, pero él se negaba a aceptarlos. No es miedo, se decía, ¿a qué le puedo temer? Preocupación por Elisa, tal vez, o bueno, preocupación porque pueda morir.

Entró a la cafetería en busca de Raquel y la encontró despachando muy risueña. Era una mujer activa, no perdía detalle de cada comensal, en su mayoría doctores a quienes conocía de años. Cómo está mi “doc”, los saludaba, ¿cómo le fue en la cirugía de la mañana? ¿Ya está mejor su pacientito de terapia intensiva?

Al verlo entrar, Raquel se dirigió directamente a él: ¡Maestro Abel!, le dijo, lo estaba esperando. A Abel le hizo gracia eso de maestro, y aunque efectivamente era profesor, sabía que la enfermera no lo decía por eso.

¿Pudiste ver a tu amiga?, le preguntó entusiasmada. Ya está mejor, ¿verdad?

En realidad salí a pasear un rato, comentó. Sólo la pude ver en la visita de la mañana.

¡Ah! entonces no sabes que en la tarde le quitaron el respirador.

¿De verdad?, no lo sabía; pero... qué más, ¿eso qué significa?, ¿ya están limpios sus pulmones?, preguntó inquieto.

Pues por lo pronto es una gran noticia y hay esperanzas de que mejore, respondió Raquel evadiendo la respuesta. Pero hay que tener cuidado porque puede recaer. Necesitamos ayudarla, agregó en voz baja, para que no la escucharan los médicos.

Pero, ¿cómo?, recaló Abel, nosotros no podemos hacer nada, al menos yo.

No te hagas maje, ¡venga!, le dijo extendiéndole la mano, vamos arriba. Te voy a explicar con calma.

Ahora vuelvo, le dijo al muchacho que la ayudaba, sigue atendiendo, le indicó señalando a la gente que entraba: ¡abusado, eh!; mientras arrastraba a Abel al piso superior de su negocio, en donde tenía su casa.

Lo llevó a una pequeña habitación. Ahí la enfermera tenía un altar con veladoras, flores y algunas figuras de santos: San Judas Tadeo y San Miguel Arcángel, entre otros. El olor a incienso y a cera derretida inundaba el espacio semioscuro. Los rayos de luna que penetraban por una pequeña ventana iluminaban las figuras del altar. Tenía poco mobiliario, unas tres sillas y un sillón.

Aquí es mi refugio, le dijo, me encierro a rezar y a pedir por los enfermos. Siéntate porque necesito decirte algunas cosas, le ordenó con tono de maestra de escuela. Yo sé que eres escéptico, ¡y eso que vienes de una familia muy especial!, por lo que me has contado. El problema son tus miedos, aseguró, y cambiando la voz, como si no

hablara ella, agregó: el miedo es un derroche de energía, impide a las personas cumplir con aquello para lo que fueron enviados. Así que lo primero que debes hacer es acabar con esos miedos.

Abel la observaba con curiosidad porque no parecía la misma persona, sus ojos brillaban cual si fuera un científico a punto de confirmar una gran hipótesis, o un terapeuta, entusiasmado por curarle sus miedos.

No importa cuánto hagas en la vida material, si no acabas con ese miedo no podrás avanzar espiritualmente, y tampoco podrás sanar a nadie, ni a ti mismo, le decía muy seria.

De repente cortó su discurso y dijo: bueno, ahora te voy a plantear el problema de tu amiga, pon mucha atención: ella tiene muchas posibilidades de despertar, pero no totalmente. A qué me refiero, la tendrás físicamente, pero no en espíritu. ¿Has oído hablar del “mal del susto”? Bueno, pues es algo parecido. Ella estará aquí pero no te va a reconocer, estará “ida”, ¿entiendes?, se pondrá triste, no va a querer probar alimentos, porque una parte de su espíritu se perdió en el lugar del accidente, no sabe que está viva y tampoco sabe cómo regresar a su cuerpo.

Sólo tú puedes recuperarla, debes acudir a ese lugar para rescatar su alma, pero no físicamente sino en tus sueños, y traerla de regreso a su cuerpo físico.

¿Y por qué no lo haces tú? Tienes más experiencia, ¿no?, dijo Abel. Además, me acabas de decir que tengo muchos miedos y que no podré sanarla, entonces ¿en qué quedamos?

Yo no soy la indicada, aseguró. A mí no me hará caso. A ti en cambio te conoce, por eso debes ir por ella. Además, la quieres ¿o no?

Pues sí, dijo quedo y pensativo.

En cuanto a los miedos no te apures, yo puedo guiarte para que los superes y te puedas desbloquear para ser un sanador, el chiste es que te decidas. Si no me crees puedes pensarlo, consulta el cuaderno de tu tío, a ver qué dice. Visita a tu amiga y pon atención a lo que te digo, obsérvala. Yo no te puedo obligar, es tu decisión.

Abel cerró los ojos, bajó la cabeza y la sacudió entre sus manos. Lo voy a pensar, afirmó. Primero debo verla, saber que está bien. Escuchar su voz.

Tienes razón, Raquel, iría al fin del mundo por recuperarla, de alguna manera hasta me siento culpable, porque yo la mandé a cubrir mi fuente.

Tú no eres culpable de nada, dijo la enfermera irritada, las cosas suceden y ya. Deja de atormentarte. Ahora necesitas mucha paciencia, porque la recuperación es lenta, a menos que te decidas a acelerarla. Y si te animas, ya sabes dónde encontrarme, finalizó Raquel.

Ahora vamos a cenar, porque no te puedes perder las tostadas que preparó doña Mary, mi ayudanta, ¡sería una ofensa!

Anda, pues, cambia esa cara. Con esa actitud nunca vas a poder ayudar a Elisa, ella debe verte alegre y optimista, ¿no crees?

Abel llegó al hospital muy temprano, hacía frío, se frotaba las manos para calentarse. El horario de visita empezaba a las nueve de la mañana, así que todavía tendría que esperar media hora en los pasillos antes de que pudiera pasar. Le preocupaba saber cómo estaría Elisa, si ya habría despertado, si lo recordaría. Daba de vueltas sobre el mismo camino, pensando, hasta que le llamó la atención una anciana sentada justo frente a él. Se parecía a su tía Tita, muy delgada, bajita y encorvada. Era ella quien lo veía fijamente y le hizo señas para que se acercara.

Él obedeció sin pensarlo, quería mirarla de cerca, cuando la anciana puso frente a él la mano en señal de alto. No, le dijo firme, no tienes derecho hasta que hayas cumplido tu misión, y enseguida, se desvaneció.

Abel cerró los ojos, se los talló y al abrirlos encontró el asiento vacío. Volteó para todos lados, pero sólo vio a las personas indiferentes, con cara de aburrimiento. Trató de reconstruir el fugaz rostro y sólo encontró fragmentos. Unos ojos parecidos a los de su madre, una voz semejante a la de su tío.

Estoy alucinando otra vez, se dijo. Será que estoy nervioso y tenso.

Miró el reloj de pared y se dio cuenta de que era tarde. Se apresuró a llegar al pabellón donde estaba Elisa.

La muchacha se encontraba dormitando, acababa de desayunar, pero casi no había comido nada, pensó Abel analizando los restos de comida que se encontraban todavía frente a su cama.

Él arrimó una silla y se sentó lo más cerca posible, le tomó la mano y ella abrió los ojos. Soy Abel, le dijo.

¿Papá?, contestó ella, ¿ya regresaste, papá?

No, insistió él, soy Abel, tu compañero del periódico.

¡Ah!, suspiró ella, y ¿adónde fue mi papá?, ¿tardará mucho?

¡Cómo me abrazaba!, ¿sabes? Un abrazo de mi padre llega al cielo, así me decía siempre, lo extrañé mucho, pero ya estamos juntos otra vez.

No, Elisa, insistió el joven, tu papá no está aquí, creo que murió hace mucho. ¿No tú misma me dijiste que se perdió en el mar?

¿En el mar?, ah sí, pero regresó, él siempre regresa. ¡Míralo!, decía señalando hacia el pasillo, ahí está y viene para acá.

¡Elisa!, exclamó el periodista tomándola por los hombros, mírame a los ojos por favor, todo fue un sueño, tu padre murió hace tiempo, justo en tu cumpleaños, ¿no lo recuerdas?, fueron a festejar a la playa y se lo llevó el mar. ¡Tú misma me lo dijiste! Que el mar te lo había robado y te costó mucho trabajo recuperarte de eso.

¡Mientes!, gritó Elisa, ¡mientes!, insistió sollozando.

Ha estado conmigo. Lo vi como te veo a ti, me abrazó, y su voz me llenó de paz y tranquilidad. Quiero estar con él. Aquí no hay nada para mí.

No digas eso Elisa, la regañó Abel. Estás muy joven y tienes una vida por delante.

Esos son clichés, le respondió. Hay cosas de mi vida que no puedes entender, yo adoraba a mi padre y me lo robó el mar, dijo la chica sollozando.

No sé qué decirte Elisa, yo también perdí a mi madre, pero a los muertos hay que dejarlos ir. Sé que duele mucho, ¡qué digo mucho, muchísimo!, es un dolor que se clava de pecho a espalda todo el tiempo, un dolor agudo y permanente, es una espina atragantada.

Pero no entiendes, él estuvo conmigo y me dijo que no me preocupara, que no fue mi culpa. Lo vi muy bien, fuerte y vigoroso,

¡pero no quiso quedarse conmigo!, me ordenó regresar. ¿Para qué? Aquí no hay nada para mí.

Perdóname, Elisa, susurró el periodista, eres muy joven para todo lo que has visto. Yo tengo la culpa. El mundo no es siempre así. Dame la oportunidad de demostrártelo. Debes estar alegre por haber vuelto. Inténtalo, échale ganas, linda. Cuando te recuperes nos vamos al campo o a la playa, a donde tú quieras.

¡No Abel, no! ¡No!, gritó fuertemente Elisa, ahí está mi papá, míralo, dijo señalando a la puerta, ¿no lo ves?, viene a verme. ¡No dejes que se vaya, por favor!

Abel la tomó por las dos manos tratando de calmarla, pero ya la enfermera en turno, viendo la escena, le pidió que se retirara. Ya había sido suficiente, le indicó molesta. No debe alterar a la paciente, si no voy a tener que reportarlo y no podrá entrar más, agregó.

Cuando Abel entró en la cafetería, sus latidos se agolpaban en las sienes y hasta en las palmas de sus manos. Raquel no estaba, así que se sentó y esperó largo rato mientras trataba de leer el periódico. Todo menos la nota roja, ésa ya no era novedad, la suma de crímenes del día anterior y del mes aparecían en la primera plana.

Tenía la intención de ir al lugar de la balacera, no quedaba tan lejos, podría llegar caminando, pero algo lo detenía, algo que le atorillaba los pies al cemento. Se trataba de uno de esos deseos perezosos que quieres cumplir y no puedes porque tienes temor y no sabes a qué.

Quiso racionalizarlo y llegó a la conclusión de que las sombras podrían regresar. Eso era, él se había alejado de la violencia buscando paz interior y la había encontrado en la sierra de Puebla, ahora debía enfrentarse de nuevo a ella. ¿Por qué? ¿Ésa sería su misión?

¿Qué tanto piensas? guapo, le dijo Raquel, sonriente, parada frente a él.

Nada, nada, musitó Abel un tanto apenado. Te esperaba.

Pues dime, para qué soy buena, aunque ya sé que para muchas cosas, agregó con una carcajada.

Tú ya sabes, maestra. Eres una bruja muy perspicaz.

La enfermera se ruborizó, era la primera vez que Abel la llamaba bruja. No le molestaba, pero prefería lo de maestra, como le decía la gente: maestra Raco.

Entonces ¡manos a la obra!, cuanto más rápido mejor, vamos, le indicó señalando la escalera.

Abel subió temblando. Cada paso que daba se sentía más débil. Raquel se dio cuenta y lo sostuvo. Vamos, vamos, ¿qué te pasa?, ¿acaso tienes miedo?

La mirada del periodista se perdió en los escalones, no podía ver, los ojos se le nublaron. Estaba pálido. No sé, le dijo, estoy mareado.

No te preocupes, le dijo Raquel, voy a tomarte la presión y la glucosa, debe ser algo pasajero, seguro es por el estrés que vienes cargando.

Llegaron a la habitación y enseguida la enfermera lo ayudó a sentarse. No has comido, muchacho, ¿verdad? Ahorita mismo pido que te suban algo. Descansa, le ordenó mientras bajaba la intensidad de la luz. En un rato platicamos.

Abel se quedó dormido por el cansancio. El sueño lo llevó a los rumbos de su infancia. El barrio de Analco, con sus calles estrechas y vecindades. El centro de la ciudad de Puebla, lleno de casonas y de iglesias. En especial una, a la que le gustaba asomarse.

Entró en penumbras, ahí estaba el santo arrodillado lleno de sangre, cargando una cruz, en su altar, frente a la entrada lateral del templo. El Señor de la Maravillas, el Cristo que le impresionaba por lo dramático de su cara y la sangre que, a grandes gotas, resbalaba desde la corona de espinas por las flacas mejillas de la figura, hasta llegar al cuello. Míralo bien, le decía su madre, ¡hace muchos milagros!, nomás fijate cuántos tiene, enfatizaba señalando las figuritas de latón prendidas de sus ropas moradas: piernas, corazones, brazos.

Cuando necesites algo, sólo cierra tus ojos y pídeselo con fe. Él nos escucha a todos.

El pequeño Abel la miraba con incredulidad. Si puede hacerlo, por qué no se ayudó él mismo, pensaba.

En su sueño el santo le extendió la mano, mientras la pesada cruz parecía flotar a sus espaldas. Estoy aquí porque lo has pedido, le dijo con una sonrisa deslavada, que parecía mueca.

Yo te voy a ayudar en lo que quieres mi niño, sólo déjate llevar sin miedo, resonaba su voz con un timbre especial, el eco de su igle-

sia, donde alguna vez las monjas enclaustradas escuchaban misa a través de una celosía, escondidas de la vista de todos.

No lo olvides, donde quiera que estés invoca mi nombre y ahí estaré. Recuerda que nada es lo que parece. Tienes muchos guardianes, pero también muchos enemigos.

Buscas a alguien que se quedó del otro lado, ¿verdad? Bueno, en realidad dejó una parte de su alma acá. A mucha gente le pasa, y si no las rescatas rápido, pueden quedarse aquí para siempre, entonces su cuerpo material se queda solo, triste y deprimido. Los doctores no saben qué les sucede, pero las personas a las que ustedes llaman brujos sí que lo saben, son médicos espirituales y por eso muchos de ellos vienen en busca de estas almas.

Yo te voy a guiar para que la encuentres. Cuando vengas, sólo invócame y estaré a tu lado. Porque si no, tú también te puedes perder.

Cuando Abel despertó, Raquel lo esperaba con un caldo de pollo caliente. ¡Ay muchacho!, le dijo tomándolo de la mano. No debes malpasarte si no quieres acabar igual que tu amiga. Ándale come, estás bien de todo, sólo te hace falta un poco de alimento.

Abel la miró y no pudo reprimir una sonrisa. Es que estaba en otra dimensión, le dijo, soñé con una imagen, un santo que se venera en Puebla, el Señor de la Maravillas, ¿has oído hablar de él?

¡Cómo no!, dicen que es muy milagroso. ¿no?

Supongo que sí, dijo Abel, aunque en realidad no lo sé. Mi madre me llevaba de visita a su templo, pero yo creo que nunca le cumplió lo que le pedía, agregó mientras mordía presuroso un bolillo.

Raquel se rió, qué bárbaro, eres un incrédulo de marca.

Oye, añadió, pero lo que me tiene intrigada es que si eres incrédulo cómo es que aceptas hacer este rito.

Bueno, respondió Abel, hay algo en mí que cree, he visto muchas cosas, sé que hay algo más allá de nuestras vidas, lo que tengo es miedo, aunque te rías.

Tú sabes más de lo que dices, Abel, le reclamó Raquel. Estoy segura de que cuando eras chico veías cosas y de ahí vienen tus miedos.

Pues sí, debo confesarte que yo crucé el portal, ese portal del que tanto hablan. Estuve a punto de morir, o tal vez estuve muerto y justo se me apareció el Señor de las Maravillas. Lo vi y me sonrió, con una sonrisa enorme y luminosa, tan grande que inundaría esta habitación, pero no quiso que me quedara, me pasó lo que a Elisa, y ahora que lo pienso, sé exactamente cómo se siente. Después de eso

empecé a ver las sombras, pensé que me perseguían por no haberme quedado del otro lado, entonces mi tío Marcial me hizo una limpieza y me cerró la mente.

Eres un ser con mucha luz, Abel. Si llegaste a ver sombras, no son malas, sólo buscan a alguien que les enseñe el verdadero camino hacia la luz, esa luz que perdieron cuando tenían la oportunidad de irse. El problema es que a veces se acostumbran tanto a andar entre nosotros que ya no se quieren ir y se quedan. Llegan a volverse amargadas o traviesas, más parecidas a cuando estaban vivas.

Ellas, todas ellas están a tu servicio. Si tuviste o tienes la capacidad de verlas, no les tengas miedo, porque también forman parte de este universo, quiere decir que al igual que tú, fueron creadas por Dios, o la mayor energía, el gran espíritu, o como quieras llamarle. Así que cuando las vuelvas a ver ¡háblales! Incluso pídeles ayuda si la necesitas, ya que su obligación es ayudarte.

Abel no dijo nada. No quiso confirmar las sospechas de Raquel y sólo la dejó hablar. La miró a los ojos, esos ojos profundos y cálidos que parecían cambiar de color. Ojos de gato, pensó.

Bueno, dijo Raquel, ya basta de charla y vamos a empezar.

Éstas son las instrucciones: te vas a dormir y en sueños vas a rescatar a tu amiga. Debes utilizar todas tu habilidades espirituales para convencerla, porque si ella vio “la luz”, sí, la famosa luz que te permite cruzar hacia otro estado de vida, no sólo está ahí porque se espantó, sino porque está embelesada con esa luminosidad. No te rías, está encandilada igual que un mosquito fascinado alrededor de un foco al cual nada más le da vueltas. No es como las otras almas que pierden su cuerpo y ya no saben cómo regresar. La luz le dio esperanza, le mostró una gran paz y tranquilidad que sólo puede sentirse en esa dimensión.

Ella, o su alma, digamos, no entiende qué pasó. Debes mostrarle las ventajas y cualidades de este mundo, el mundo de los vivos.

Pues me la pones fácil, ¿no?, sonrió Abel.

Sí, demasiado fácil para ti, aunque no lo creas.

¡Ah!, y dos cosas más que se me olvidaban, una son tus miedos, es posible que se te aparezcan en diferentes formas, entonces recuerda que nada puede hacerte daño, concéntrate, llevas un talismán muy poderoso al cuello y sabes lo que quiero decir, no te hagas guaje.

La otra es que cuentas con guardianes y guías espirituales, sólo pide su ayuda por favor, no te vayas a hacer el héroe. Uno de ellos ya se te manifestó.

Ahora, recuéstate y escucha mi voz. Vas a caer en un sueño profundo y yo voy a estar contigo. Cuando vea que estás alterado o nervioso te despertaré. Así que no temas.

Vas a ir directo al lugar donde hirieron a Elisa, cuando llegues ahí grita su nombre completo, cuantas veces sea necesario hasta que aparezca. Entonces deberás acercártele con cuidado para convencerla de regresar, cuando caminen de regreso vas a decir: “ya está de vuelta, vive entre nosotros”, para que en ese instante te despierte. ¿De acuerdo?

De acuerdo, dijo Abel, cerrando los ojos, yo creo que sí va a ser fácil.

Recostado en el sillón, Abel se sentía más relajado. Algo recordaba de lo que le decía su tío Marcial sobre recuperar el alma de las personas: gritar su nombre completo en el lugar donde se hubieran perdido, buscarlas en sueños. Sonaba descabellado, pero valía la pena intentarlo.

Raquel empezó a darle indicaciones: cierra los ojos, siente cómo una pequeña pluma te acaricia, empieza en tu cabeza, baja al corazón, se detiene en tu ombligo, se desliza por cada pierna hasta la punta de tus pies.

Estás en un jardín lleno de flores: amarillas, azules, blancas, rojas, moradas. También puedes ver árboles muy altos, voltear hacia arriba, obsérvalos. Caminas con los pies descalzos y la humedad del pasto se mete entre tus dedos acariciándolos. Cerca de ti hay una escalera, búscala, baja por ella, desciende lo más que puedas hasta encontrar otro jardín donde resuena una cascada. Escucha la caída del agua, escucha el latido de tu corazón. Es suave, con ritmo de tambor, fluye como el sonido del agua.

Busca un camino luminoso. ¿Ya lo viste?

Sí, contestó Abel.

¿Qué sientes?, volvió a preguntar la enfermera.

Mucha tranquilidad, musitó el periodista, el camino es verde, a cada paso la luz se hace más intensa, pero no lastima, es hermosa.

Sigue con la intención de que te lleve con Elisa. Pide estar con ella, encontrarla.

Sí, voy en camino, replicó Abel, ya puedo ver el lugar, la esquina en donde sucedió, donde la hirieron. ¡Ahí está!, la veo muy bien, con su sonrisa, radiante. Camina alejándose de mí.

¡Llámalala, grítale!, exclamó entusiasmada Raquel.

Espera, espera, hay alguien más, indicó Abel. Una sombra... no, son dos sombras, la tienen tomada de los brazos. No puedo hacer nada, nada, se la llevan lejos, lejos, chilló irritado.

Calma, tranquilo, no pasa nada. No tengas miedo. Ella está a salvo, pídele a tus guías que te indiquen el camino.

No puedo, no puedo hablar, no puedo gritar.

Usa la mente, habla con tu mente.

Es que no soy yo. No entiendes. Yo, no soy yo. Soy un niño, un niño que siente mucha tristeza porque ha perdido a su padre. Un niño que... que se quiere suicidar...

No te preocupes, estás bien, ese niño no eres tú, aléjate. Obsérvalo desde afuera. Ese dolor no es tuyo. Lloro por él, primero, después, aléjate. Ese niño no eres tú.

¿En dónde estás?, agregó Raquel, pensando que Abel se desviaba de su objetivo. Observa a tu alrededor, ¿reconoces algo?

No, hay soldados por todas partes. Mataron a mi padre. ¡Lo mataron delante de mí!

Entonces trata de regresar en el tiempo, antes de que lo mataran. Recuerda alguna escena con él.

Sí, ya está, respondió Abel. Vamos de campamento y me enseña a pescar, junto a un río muy ancho, debo tener unos... unos diez años. Hay muchos peces de colores. Él coloca la carnada en el anzuelo y me lo entrega para que yo pueda lanzarlo.

Observa a tu padre, míralo a los ojos. ¿lo reconoces?, le preguntó Raquel inquieta.

¡Sí!, es ella.

¿Quién?

Pues Elisa, ¡mi amiga Elisa!

Mmmm, ahora entiendo. Sal de ahí, mejor regresa. No podemos seguir porque estás muy alterado. Voy a contar para atrás, del diez al uno, y cuando llegue al uno despiertas. Diez, nueve, ocho...

Abel no lo podía creer. ¿Elisa mi padre?, qué tontería. Pero ahí estaba la imagen, tan real, tan intensa, vibrando en su cabeza desde hacía unos minutos. Permaneció acostado, tratando de recordar esa mirada, esos ojos profundos que le hablaban del espíritu de Elisa.

Raquel le acarició el cabello y le dijo: has vivido muchas vidas muchacho, y en cada una debes aprender algo. Es como una escalera espiritual. Tienes una familia que te acompaña, y estas almas representan distintos papeles en cada vida. Representamos diferentes obras de teatro con los mismos actores. Por eso no debe extrañarte que esta muchachita haya sido tu padre. Hay una conexión muy fuerte entre los dos. En esta vida ella perdió a su padre y debes ayudarla a superarlo. Pero tú no podías mientras no recordaras ese sentimiento de abandono. Era uno de tus fantasmas, ahora sabes que el alma del que fue tu padre es inmortal. Y si murió fue para que aprendieras algo, tal vez a perdonar a quienes lo mataron. No lo sé. Sólo tú lo sabes, busca dentro de ti.

Abel suspiró, cada palabra de Raquel sonaba en su cabeza. Parecía la voz de su abuela hablando de reencarnación, sí, en eso creía su familia. Pero él siempre se había negado a creer. Ahora estaba ahí, lo había vivido, con una luminosidad que lo cegaba. Si es cierto, se dijo, entonces mi madre también vive, y debe estar en algún lado, alma o humano, pues el alma no muere, ¡no se esfuma en la nada!

Raquel se levantó de la silla, caminó alrededor del cuarto y se asomó a la ventana mientras se dirigía a él: ¿entonces qué piensas?

¿Quieres continuar con el rescate de tu amiga?, si es que podemos llamarlo así.

¡Claro!, pensó Abel, eso era lo importante. Cada segundo contaba, no podía malgastar el tiempo en cavilaciones. Él podía seguir, estaba decidido a recuperarla, pero ¿qué estaba fallando?

Se incorporó en el sillón donde estaba acostado, hacía frío, se frotó las manos para calentarse, sus ojos se clavaron en la luz de la luna que reflejaba la ventana. ¿Por qué no pude llamarla?, le preguntó a Raquel, ¿por qué me vio y huyó?, ¿quiénes están con ella que no la dejan regresar?

La enfermera se le acercó. Te dije, le advirtió, que no iba a ser tan fácil y, además, que tus miedos en algún momento podrían aparecer. Ésa es la forma como se presentan, recuerdos infantiles o de otras vidas, que entorpecen tu actuación en ésta. Son astillas en el viaje, y una vez que sabes dónde están puedes quitarlas.

De cualquier manera a mí también me preocupan esas sombras. Normalmente los espíritus perdidos están solos, yo misma he sanado a muchas personas de espanto y no he tenido problemas. La mayoría de las veces los encuentras asustados, tristes, llorosos, parecen niños extraviados sin saber hacia dónde ir. Y de repente les ofreces una luz; para ellos es un caramelo que toman sin vacilar.

Si me permites, voy a pedir ayuda a mis guías espirituales para que me indiquen qué más podemos hacer, necesito que me orienten, señaló, si cambio la voz no te asustes, ellos hablarán por mi boca: pon mucha atención a lo que digan, le advirtió.

Raquel se sentó, cerró los ojos y empezó a respirar muy rápido, después más lento y colocando las manos encima de sus muslos cambió la expresión de su rostro: se volvió risueño.

“Mi niño, dijo en un tono lento, no te asustes, tu misión va más allá de rescatar a tu amiga. Debes llevarla contigo al lugar más sagrado que conozcas, y tú sabes a qué sitio me refiero. Ahí los están esperando, ahí te será dicho todo. Por ahora sólo esto debes saber. Sólo esto puedo decir. Hasta otro instante.”

Raquel despertó de inmediato, estiró los brazos y bostezando le preguntó a Abel: qué dijeron, dime ¿que dijeron?

El periodista no recordaba bien las palabras, no esperaba que el espíritu se dirigiera directamente a él, lo tomó por sorpresa. Que debo irme, dijo, perdón, que debemos irnos.

¿Quienes? ¿Tú y yo? Sonrió Raquel.

No, no, titubeó, Elisa y yo. A un lugar que yo conozco, a un lugar sagrado, sí, eso dijo, un lugar sagrado. ¿Será una iglesia? ¿Pero cuál?, ¡hay miles!

Los guías no siempre dan indicaciones muy claras, recuerda. No sólo las iglesias son sagradas. Para los indígenas eran las caídas de agua, las cuevas, las pirámides, en fin, tantos lugares. ¿Cuál de ellos te dice algo?

¡La Xochipila!, gritó Abel, eso es. La Xochipila, allá vive mi tío, y tu guía me dijo que me estaban esperando. Yo siempre recuerdo a Marcial esperándome.

Yo creo que sólo él puede sanarla, ¿verdad? Ahora que ella despertó ya puede viajar y con la ayuda del gran brujo podrá recuperarse pronto. Él sabe mucho de estas cosas.

Puede ser, respondió la enfermera. Pero se me hace que hay algo más. Bueno, de todas maneras yo creo que sí puede viajar, sólo que no en autobús. Yo tengo un carrito que les puedo prestar, es más, si me lo permites puedo ir con ustedes para cuidarla y sirve que conozco a tu famoso tío.

¡Claro!, exclamó Abel entusiasmado, vamos por ella.

Espera, que ya es tarde, primero debemos hablar con su doctor para que la dé de alta. ¡No querrás raptarla del hospital!, ¿verdad? Y también es necesario convencerla, decirle que se trata de un viaje para que respire aire fresco y se restablezca pronto.

Además, debo avisar que tomaré mis vacaciones, que me deben desde hace dos años.

Gracias Raquel, ¡qué buena idea tuviste! Así ya no tendré que pelearme con esos fantasmas que me ponen tan nervioso.

Raquel lo miró directamente: ¡Ay Abel, y lo que falta!
El periodista no escuchó más, entusiasmado le dio un beso a la enfermera y salió a la calle con gran ánimo.

¿Ir a la sierra de Puebla?, gritó Elisa, ¿cómo dices?, le preguntó a Abel abriendo sus pequeños ojos, ¿quieres que vaya a la sierra?, ¡pero si la última vez no quisiste que te acompañara!

Es para que te recuperes pronto, linda, allá el aire es más puro, no hay contaminación y podrás caminar por el río, además de escuchar a las aves que tanto te gustan. Eso te puede ayudar mucho, ¿no crees?

Mmm, bueno, dijo lacónica. A lo mejor allá podré encontrar a mi padre, ¿verdad? Porque ya no ha venido a visitarme. Además, tengo muchas, muchas pesadillas, sueño que me persiguen, que me tienen encadenada, escucho gritos por todas partes, parece un infierno. ¡No lo soporto!

Raquel y Abel se miraron cómplices cuando la escucharon mencionar a su padre y las pesadillas.

Raquel habló con el médico de Elisa, quien de inmediato la dio de alta, las heridas ya habían cicatrizado y la enfermera se haría responsable de sus cuidados. La muchacha estaba débil, muy delgada, con la piel amarilla y le costaba trabajo caminar, pero finalmente se entusiasmó y quiso ir.

Puestos así tomaron rumbo a la sierra, donde seguramente el tío Marcial ya los estaría esperando.

Sentado a la orilla de la serpenteante carretera que sube a Xicotepēc, escondido entre la neblina, como un fantasma, en la parada de autobús cercana al rancho estaba Chema, el chofer de sonrisa perfecta.

Abel lo reconoció pese a la bruma y detuvo el auto, bajó a saludarlo y él le extendió la tímida mano; ceremonioso susurró: bienvenido patroncito, ya lo espera el maestro.

Acostumbrado a la calidez de los indios, Abel sonrió y le palmeó la espalda: sí Chema, te seguimos, ¿está en su casa?

No, respondió el joven, está con los otros, en ca Gregorio.

Bueno, pues ¡vamos!

Cuando entraron al patio de la casa del brujo lo primero que vieron fueron siete ancianos sentados en pequeñas sillas, formando un círculo. Casi todos vestían calzón de manta y huaraches de cuero. Al centro habían hecho una pequeña fogata a la que miraban fijamente.

Marcial se paró a recibir a los recién llegados: hola, les dijo, pasen, pasen, acá estamos. Y les indicó a dónde sentarse, fuera del círculo. ¿Quieren agua, o un refresco? Deben estar cansados del viaje. Perdón por traerlos hasta aquí pero esto urge.

Llamó a Abel aparte y le dijo muy quedo, su voz parecía un pequeño tambor, nítida y gruesa: no te preocupes, sabemos por qué vinieron. Primero vamos a ver qué trae esta muchachita, pues la veo espantada, pero creo que hay más, está perdida, completamente perdida, y no podremos rescatarla si tú no ayudas, explicó señalando con el dedo el pecho de Abel. Más tarde lo hablaremos, finalizó.

Abel no tuvo oportunidad de contestar, porque enseguida Marcial llamó a unas señoras que parecían a la espera, en el fondo del patio, junto a las demás que preparaban la comida y echaban tortilla en un fogón. Llegaron rápido, tenían el rebozo amarrado en la cabeza, sus caras morenas escurrían un sudor brillante y aperlado. Estas señoras van a ayudar a tu amiga, le dijo al joven señalando a las mujeres, van a bañarla con hierbas para que se relaje y se sienta más tranquila, después aquí los hermanitos hablarán con ella, para ver qué se puede hacer.

Abel afirmó con la cabeza y volteó a ver a Raquel, quien sonrió cómplice. ¡Ah, tío!, lo olvidaba, dijo apenado, mira, ella es Raquel, una amiga enfermera que viene cuidando a Elisa.

Mucho gusto, dijo el anciano extendiendo la mano.

El gusto es mío, me han hablado bastante de usted, respondió la enfermera, tenía ganas de conocerlo.

El viejo brujo hizo una mueca y volteó a ver Abel, ¿bien o mal?, porque con este sobrino nunca se sabe.

Raquel amplió la sonrisa, por supuesto que bien, yo sé que usted lo cuida aunque esté lejos. Por cierto, ¿puedo acompañar a la muchacha?

Claro, ¡cómo no!, está usted en su casa, aunque no sea mía, agregó irónico.

Mientras bañaban a Elisa, Marcial jaló a su sobrino al círculo de ancianos y fue presentándolo con cada uno, provenían de diferentes pueblos cercanos. Todos a su tiempo tomaban al periodista por la cabeza con sus dos manos a la vez que le soplaban en la frente, bienvenido hermano, le decían y se inclinaban ante él. Al terminar de saludar, en la puerta de la casa, apareció Elisa vestida de blanco, su cara pálida reflejaba una luz azulosa de la cabeza a los pies, su andar era ligero, sin peso, apenas rozaba el piso con la punta de los pies. No era la misma de hace un rato, enferma y demacrada. Todos voltearon a verla.

El tío Marcial se acercó a ella y le ofreció una silla en medio del círculo. No tengas temor, le dijo, necesitamos hablar contigo.

Está bien, para eso estoy aquí, asintió segura, ante las sorprendidas miradas de Raquel y Abel.

Los brujos la saludaron con una reverencia mientras uno de ellos, Patricio Gregorio, que acariciaba entre sus manos un bastón adornado con listones de colores, tallado con figuras de animales, le dijo:

Sabemos que atravesaste al otro lado y te regresaron, ¿cierto? Pero tu “tonali” se quedó allá, y debemos traerlo de nuevo a este mundo.

Elisa sonrió, hacía unos días no quería vivir, se sentía cansada, perdida en un lugar oscuro y extrañaba profundamente a su padre.

Pero al llegar a la sierra empezó a respirar de nuevo. Su cuerpo se sentía agitado, cosquilleante.

Miraba a cada anciano deteniéndose en las arrugas de sus caras, queriendo descifrarlas. Hasta que finalmente preguntó: ¿qué debo hacer? No parecía enferma, se veía fuerte, pero delgada y a la vez serena y radiante.

Nosotros desde acá, en el monte, lo vemos todo, lo sabemos todo, indicó el brujo. Cada día, cada hora, cada segundo suceden muchos asesinatos, en las ciudades, en el campo, en todos lados. Muchos mueren a manos de sus propios hermanos, les cortan sus partes, los decapitan, los entierran en el monte para que se los coman los animales, y esas almas no descansan, no pueden descansar, no encuentran el camino, se pudren por dentro, se amargan y piden venganza.

¿Tú las has visto, verdad?, ¿sabes qué pasa con ellas?, le preguntó directamente a Elisa y, sin dejarla contestar, de inmediato afirmó: esas almas no van a ningún lado, ni al cielo, ni debajo de la tierra. Se quedan aquí, con nosotros, y están haciendo mucho daño. Tú lo sabes, ¿verdad?, insistía el brujo: se convierten en demonios, pertenecen a la oscuridad, susurran en las noches, piden más crímenes, se meten en las familias para crear discordias. Siempre han existido esta clase de almas, pero ahora, en nuestro pobre país, se han vuelto demasiadas. Más de lo que nuestra tierra puede soportar, son tantas, sabes, que deberían estar en su lugar, disfrutando o pagando por lo que hicieron. Por eso nuestra madre se queja y manda grandes lluvias y movimientos de tierra, y hasta huracanes. Aquí y allá, por todas partes. En todo el mundo. No hay distingo.

Por eso los hombres y mujeres se vuelven malos. Esas almas los llaman y los invitan a matar. Se alimentan de sangre. No pueden encontrar el camino a casa, y se odian entre sí, se maltratan. Ellas crean el camino para que gobierne el mal.

Tú, mi niña, tú tienes el poder, tú debes llamarlas y enseñarles el camino, tú debes guiar a este muchacho para que las encuentre

y les enseñe el camino que no conocen, han perdido la luz que tú conoces. Ésta es tu misión, mi niña, ¿la aceptas?

¡Pero yo tampoco conozco el camino, por eso estoy perdida!, respondió Elisa rápidamente, un tanto agitada, recordando las pesadillas que recientemente la acosaban, de ella misma en una cueva oscura, tratando de encontrar una salida, encadenada.

No lo recuerdas, pero sí que conoces ese camino. Tú lo encontraste y no era tu tiempo. Esa luz grande y hermosa que viste no era para ti, por eso regresaste. Y cuando venías en camino ellos retuvieron a tu tonali.

Por eso debemos recuperarlo y, a la vez, debes darles luz a las almas perdidas; la Tierra, nuestra madre, no va a poder aguantar mucho más. Te lo suplicamos, nos ponemos a tus pies. Nosotros les diremos cómo hacerlo. No deben tener miedo, nada puede sucederles. Ustedes tienen una gran fuerza, porque son almas antiguas que han estado juntas desde siempre y se tienen gran amor, un amor que va más allá de todo, de la materia, de lo conocido.

El viejo brujo hizo una señal para llamar a Abel, quien se le aproximó, desconcertado.

Lo miró a los ojos, lo tomó de la mano y le habló muy quedo al oído: te lo pedimos hermano, en nombre de Dios Padre, en nombre de Juanito Techachalco, en nombre de las almas vivas que desean seguir en este mundo.

Abel miró a Elisa, la observaba distinta, luminosa, no podía creer que estaba perdida, esperaba que ella le hiciera una señal que lo guiara en su decisión, pero no, se mantenía serena, sin parpadear, mientras el viejo colocaba las manos en los hombros de Abel, para después hacerle la señal de la cruz en la frente.

Tu amiga no volverá a ser la misma si no hacen nada, le aseguró. Además, lo oscuro está ganando terreno, lo oscuro vive entre nosotros y se hace más fuerte cada día. Hasta que el terror se apodere de todos.

Tú y ella tienen una misión que cumplir aquí, después de eso pueden hacer lo que quieran.

Después de la entrevista con los brujos nadie abrió la boca, el silencio daba por hecho que Elisa y Abel harían lo convenido. Esa noche, Elisa y Raquel decidieron dormir en la misma cama para darse calor, porque el frío de la sierra se colaba por la rendijas de la puerta de madera... la pequeña habitación daba hacia un patio donde la neblina se apoltronaba como animal asustado, para acomodarse sigiloso en cualquier rincón.

Elisa sólo pensaba en su padre, no podía dormir, si regresaba a ese mundo a buscar a su tonalí, ¿lo volvería a ver?, ¿podría quedarse con él?, o debía regresar.

El olor a café recién hecho y a leña quemada invadió el amanecer en casa de Marcial, los tlacoyos rellenos de haba se apilaban en un tanate, listos para los invitados. Marcial le indicó a la pareja que debía prepararse, ya que a las siete de la noche iniciaría la ceremonia.

Pero prepararnos cómo, preguntó Abel, ¿qué debemos hacer?

Tómenlo con calma, les dijo el brujo, sonriendo, busquen en su corazón, ahí están todas las respuestas. Sólo les puedo dar algunas indicaciones, lo demás es asunto suyo. ¿Recuerdas, Abel, cuando de pequeño te contaba que cada alma que baja al mundo trae consigo un paquete muy especial, un tesoro de información que debe usar según lo vaya necesitando?

Pues de eso se trata, en la vida hay señales que ayudan a disparar ese conocimiento dormido. A veces miras cruzar un ave o una mariposa y no significa nada, pero si eso sucede cuando estás preparado,

te va a dar una señal para recordar algo, ese algo que necesitas saber en el momento indicado para mejorar el camino de tu vida.

Bueno, sí hay algunas indicaciones: nunca se separen, no caigan en provocaciones, las almas perdidas necesitan saber que se les ama, que ya no pueden estar ahí estancadas, y la forma de hacerlo es a través de la energía que irradian los dos juntos. Pero primero debes encontrar el alma de Elisa, para que te acompañe, y ya unidos, ustedes, más bien sus espíritus, van a acompañar a esas almas descarriadas hasta que aparezca la luz o el túnel, aunque cuidado, ahí sólo van a entrar ellos, ustedes no, por ningún motivo.

Raquel, que hasta el momento sólo observaba, intervino: don Marcial, no asuste a los muchachos.

No se preocupe, le respondió el anciano, ellos son lo suficientemente fuertes como para soportar cualquier cosa. Ya lo han vivido, en otras vidas, y siempre han salido bien en todo lo que se proponen. Pero si usted ya lo sabe, ¿por qué me regaña?

Sí don Marcial, continuó la enfermera un tanto apenada, discúlpeme. Si puedo ayudar en algo..., balbuceó.

Claro que puede, nomás faltaba, si a eso vino ¿no?, dijo Marcial. Usted va a estar a mi lado en todo momento, y desde donde estamos vamos a ayudar a estos chamacos, ¿cómo ve?

Sí, sí, claro, pero qué necesito, ¿un rosario?, ¿una veladora?, preguntó la mujer.

Las personas del pueblo llevarán flores, velas, huevos y todo lo que haga falta, usted no se preocupe por eso.

A las seis de la tarde una comitiva de siete jóvenes se presentó en la casa de Marcial por Elisa y Abel. Todos vestían de blanco. El anciano les ofreció agua mientras esperaban. Los jóvenes se miraron entre ellos y asintieron. Recibieron el agua fresca y se sentaron en cuclillas.

En la entrada de la casa se sentía un poco de viento, sin señales de lluvia, en octubre las gotas escasean, pero la luna crece enorme, llena de vida, y no tardaría en aparecer.

Mientras, el anciano preparaba dos bolsitas de manta, llenándolas con un limón, una cabeza de ajo macho, un rosario bendito y unos dulces en forma de corazón, que les entregó a su sobrino y a Elisa. Aquí están sus armas, les dijo sonriendo. Bueno, agregó, también tienen su propio corazón.

Les dio, además, unas figuras con formas de animales hechas de maíz: lo primero que van a hacer es colocar estas figuras y los dulces alrededor de la Xochipila, antes de subir las escalinatas, porque éstos y el sonido del teponaztle, atraerán a las almas muertas. Las otras cosas son para protegerse.

También présteme su mano derecha, les indicó mientras sacaba de una bolsa de nylon dos cascabeles no muy grandes ni muy pequeños, amarrados con listones rojos y dorados. De inmediato, con habilidad digna de joven, se los amarró a cada uno en la muñeca. Estos cascabeles son para que no se pierdan, sonrió, si se llegan a separar lo hacen sonar para que el otro sepa en dónde está.

Los abrazó fuerte y agregó una suave palmada en sus espaldas, a manera de caricia o bendición. Vamos, pues, ordenó, y salieron junto con los siete guardianes.

Al llegar a la gran roca, el anciano Patricio Gregorio, quien había hablado con Elisa, se acercó dirigiéndose directamente a ellos: todo está preparado, mis niños, el futuro de nuestra Tierra y de nuestras almas depende de ustedes. No nos fallen.

Abel lo miró con ternura, no era curiosidad de periodista, se sentía tocado realmente por la melodía de sus palabras, las pronunciaba tan claro, con tanta seguridad y armonía, que su tronco, su cabeza y todo él semejaba un haz de luz.

Y luz es lo que no faltaría, ya que a las siete en punto, justo cuando el sol estaba desapareciendo, todas las ventanas del pueblo se iluminaron. En cada casa se prendió una veladora.

En ese momento Elisa y Abel colocaron, alrededor de la Xochipila, las figuras de animales y los dulces que el tío les había dado; entonces subieron por la escalinata de piedra vestidos de blanco; parecían dos novios a punto de casarse. Llegaron hasta la cima, se sentaron, se tomaron de las manos y cerraron los ojos, justo cuando el teponaztle empezó a sonar.

Abel cayó en trance casi de inmediato, mientras Elisa, con su voz, instintivamente lo guiaba hacia donde debía ir. Camina sobre tu derecha, le dijo, a la izquierda verás una barranca, por eso mantente a tu derecha. Abel se encontró con un paisaje de montaña, parecido al de la propia sierra de Puebla. Olor a pino y a oyamel.

Hasta aquí llego, dijo Elisa determinante, no puedo entrar porque una parte de mí ya está del otro lado. Si avanzo más me perderé por completo, pero debes encontrarme, bueno, a mi tonali, le ordenó a su amigo, para eso tienes que gritar siete veces mi nombre.

El sendero se oscureció, una espesa niebla lo rodeó por todos lados, por un momento Abel dejó de ver el camino. ¡Elisa!, gritó.

¡Siete veces!, le recordó ella.

¡Elisa!, volvió a gritar, no veo nada, no puedo avanzar.

Sigue gritando, lo guiaba ella.

¡Elisa!, ¿qué diablos pasa?, no me escucho, no escucho mi voz, ¡nada sale de mi boca!

Es un truco, le decía ella, tú no te escuchas pero no importa, sigue gritando, le ordenaba.

¡Elisa!, gritó sin escuchar su propia voz. En ese momento Abel pudo ver una silueta, parecía la sombra de un títere indonesio de los que se proyectan atrás de una sábana. Intentó gritar de nuevo y no podía. Escuchó la voz de Marcial: “el portal está cerrado, pero tú puedes abrirlo”. El suelo se volvía cada vez más resbaloso, fangoso, y sus pies se hundían a cada paso.

En ese instante oyó la voz de Elisa. ¡No digas no puedo!, ocúpate en poder, tienes el poder de tu mente. No estás en el mundo material, aquí se puede lo que tú quieras. Basta desearlo. ¡Grita!

Entonces ¿por qué no regresas?, le preguntó Abel un tanto molesto, ¿es que no quieres?

Elisa evadió la pregunta, sólo se limitó a contestar: ah, ahora ya puedes hablar ¿ves?

Y así era, Abel ya podía articular palabra, pero no podía gritar el nombre de Elisa, ¿por que? Volvió a intentarlo y fue en vano.

El títere sombra se acercaba más a él, casi podía sentirlo encima de su cuerpo.

Instintivamente Abel tomó el ajo y el limón que había guardado en la bolsa de la camisa y los frotó uno contra otro, como si fuesen piedras de las que se utilizan para encender un fogón.

¡Elisa!, gritó una vez más, preguntándose al mismo tiempo: ¿ya van cuatro, o cinco veces?

No tengas miedo, escuchó decir a la muchacha, es mi alma perdida la que viene hacia ti. Te faltan tres veces, pero por ahora es suficiente.

El alma-sombra lo tomó de la mano y lo miró a los ojos, hablando sin palabras: soy yo, le dijo muy quedo, no tengas miedo, no me puedo ir porque no he cumplido la misión que me dieron, debes acompañarme, vamos. Sólo entonces podrás completar el ciclo y gritar mi nombre.

Junto con Elisa-sombra aparecieron más siluetas difusas, mujeres y niños desarrapados, bañados en sangre, algunos sin cabeza o sin miembros, todos lloraban, o más bien gemían, con un gemido tímido, agudo, parecido al lamento del viento.

Estás en el limbo, donde viven los que no se pueden ir, dijo Elisa, con palabras que parecían fluir en la mente del joven, pero que no salían de la boca de la sombra.

Elisa, la de materia, ya no podía hacer nada. Sólo observar desde su sueño, sentada físicamente junto a Abel; su cara, iluminada por una veladora, tenía rastros de fatiga y de haber hecho un gran esfuerzo. La enfermera se le acercó y le tomó el pulso, está bajo, dijo, volteando a ver al tío brujo.

Estará bien, sólo tápela, porque tendrá mucho frío, indicó él.

El anciano tomó la palabra y le habló a Abel: yo sé que me escuchas, niño, recuerda que tienes muchos recursos, no tengas miedo, no debes tener miedo. Los instrumentos que te di son reales aquí y allá, úsalos. Suena tres veces tu cascabel para avisarnos que estás bien, le ordenó, ese sonido es especial, transparente en los dos mundos, así te puedes comunicar con nosotros y sabremos que vas por buen camino.

Cuando llegues a la senda de la luz, avísame con tres sacudidas, entonces prenderemos las velas y tendrás siete minutos para que todos crucen el portal. Cada minuto que pase tocaremos el teponaztle y tú nos responderás con el cascabel.

Así sea, finalizó, “y así será”, dijeron los que lo rodeaban.

Las personas que se encontraban alrededor de la Xochipila también prendieron una veladora entre sus manos y comenzaron a orar. Sabían que se enfrentaban a la única oportunidad de darle luz a esas almas y también a la Tierra.

Mientras, Abel seguía caminando guiado por Elisa-sombra, y a su paso la ruta se hacía cada vez más tortuosa, ella lo conducía por calles oscuras y estrechas, con edificios antiguos parecidos a los de una ciudad de la época colonial.

A lo lejos pudo ver la silueta de un hombre escondida entre los pórticos de las casas y de los edificios; vestía de manera extraña, con pantalones abombados, capa y sombrero de ala ancha, semejaba un mosquetero, y se asomaba riendo.

Estas casas, pensaba, se parecen a... ¡pues claro, reconoció, si es Puebla!, pero ¿por qué?, no hay autos, ni personas. ¿Qué hago aquí?

Detrás de ellos caminaban los desarraigados, los heridos de guerra, arrastrando sus pedazos de vida por la acera ensangrentada. Al llegar a una puerta Elisa tocó tres veces y le abrieron, los acompañantes se quedaron afuera.

Tomados de la mano Elisa-sombra intentaba reconfortarlo. Parecía una iglesia, la del convento de Santa Mónica, pensó Abel, con sus paredes blancas y sus techos muy altos, a donde tanta veces fue con su madre para visitar al Señor de las Maravillas. Pero en lugar del ataúd de cristal donde se encontraba el santo que tanto lo impactara en su niñez, no había ninguna imagen. Ofrendas de latón: brazos, piernas y corazones, atados con listones de colores, cubrían

las paredes del piso al techo. No había nichos ni santos, y la luz que resplandecía a sus espaldas brillaba reflejada en las paredes hasta lastimarle los ojos.

Avanzó y, adelante, sentado en una banca, vio al hombre, Abel se fue acercando por detrás, y al mirar su ondulado cabello castaño cayendo sobre los hombros, lo reconoció: ¡era Miguel!, el Miguel de la leyenda urbana, el que vaga por las calles de Puebla en busca de una respuesta o de ayuda.

Miguel volteó a verlo con sus ojos verdes y brillantes. Por fin llegaste, le dijo, te estábamos esperando, extendiendo los brazos en señal de recibimiento.

Aquí el tiempo es muy lento, agregó, nos aburrimos y ya no me dejan bajar a la Tierra hasta que cumplamos “tu misión”, que también es la mía.

Abel sonrió, ya había oído eso antes, y ¡tantas veces! La diferencia era que ahora Miguel se apropiaba de su misión.

Miguel soltó una carcajada. ¡No te preocupes, niño!, estamos unidos porque llevas un poco de mi luz en ti. Yo soy la voz que has escuchado siempre, para recordarte quién eres y cuál es tu misión. Pero ésa es otra historia. Ahora debemos hacer lo que nos está encomendado.

La voz de Miguel retumbaba en el eco de las paredes, transportando al periodista a su niñez, a esa voz grave pero reconfortante y melodiosa que le advertía sobre peligros, y que otras veces lo aturdía.

El arcángel siguió hablando, medía casi dos metros, era corpulento y hablaba muy pausado, sin prisa, pronunciando muy claramente cada palabra, cuidando su dicción. Su rostro a veces parecía indefinido, a momentos se le formaban muchas arrugas, y otras veces semejaba un muchacho de quince años.

Esta ciudad fue construida para mí y sólo en este sitio puedo refugiarme sin que me encuentren. Por eso no te extrañe que estemos aquí, ni que cuando niño me encontraras muchas veces, yo te seguía para cuidarte. Al final de cuentas debía llegar este momento.

No entiendo, dijo Abel y se quedó pensativo. ¿Pero no estabas en Puebla porque nunca pudiste matar al diablo? ¿A la espera de alguna oportunidad?

Mira niño, le dijo el arcángel sonriente, éstos son mitos que se inventa la gente. De cuando en cuando hay que acabar con el mal y ésta es una forma de hacerlo, ¿no te parece? Pero no vamos a discutir, entre más pronto hagamos las cosas, mejor, agregó sin más preámbulos. Ahí les va, pongan atención niños.

¿Vamos?, preguntó Abel.

Sí, vamos, porque somos un equipo, señaló Miguel. En ese instante, el arcángel dio una vuelta sobre sí mismo y dejó de vestir a la antigua, se atavió con un luciente traje de lino color crema, sin corbata, por supuesto, pero con camisa de algodón en tono azul pastel. Muy a la moda, como si cuidara hasta el último detalle de su vestimenta. Un aura de color amarillo rodeaba todo su cuerpo alto y esbelto, y de su espalda se asomaban dos pequeñas luces moradas, una de cada lado, cual si fuesen alas.

Al notar cómo Abel lo observaba, le dijo: no te sorprendas, pequeño, éste es mi traje de fiesta, confieso que la ropa es mi debilidad. Los ángeles también tenemos gusto ¿no?

Pues te ves demasiado desenfadado para ser un arcángel, contestó el periodista.

No me gusta ser muy formal, ya ni siquiera uso mi espada, está pasada de moda, lo que no quiere decir que no debemos usar armas, sino que ahora se usan otros medios, así que tira ese cuchillito que llevas contigo. ¿No ves que estamos en otros tiempos? La espada se necesitó hace mucho porque era un símbolo para defender nuestra religión y para que los fieles se acercaran.

Abel tocó la daga que llevaba escondida en el pantalón, pero no quiso sacarla, la apretujo contra su pierna.

Ahora, vayamos a lo importante, continuó Miguel. Tenemos muy poco tiempo y todavía hay más instrucciones, dijo sonriendo, mientras consultaba un pequeño reloj de arena, que sacaba de su bolsillo.

Tenemos dos clases de almas, las que están muertas y no han trascendido por alguna circunstancia, y las perdidas, que deben regresar a la Tierra. Lo importante es que las almas muertas sean las que crucen el portal, y ¡no las almas perdidas!

Y ¿cómo las vamos a reconocer?, interrumpió Abel.

A eso voy, dijo sonriendo el arcángel, las dos vibran con diferente intensidad, lo que las dota de un color diferente. Las muertas deben tener un aura muy clara, amarilla o azul claro, en cambio las perdidas muestran colores terrenales, naranja o verde.

Pero hay que tener cuidado con las que brillan en rojo, porque son almas muertas enojadas, y éstas son las más peligrosas, todavía guardan sentimientos y apegos terrenales. Van a querer molestarnos, pero debes ignorarlas, no las mires de frente, para eso voy contigo. Esas almas las dejaré hasta el final porque no se querrán ir tan fácil.

¿Y si no se quieren ir?

Ésta es precisamente mi responsabilidad, no me preguntes cómo, pero debo hacerlo, tu papel es no alterarlas, el mío, hacerlas trascender. Reestablecer el equilibrio entre el bien y el mal, ¿no ves que por eso me representan con una balanza?

Continuemos pues, señaló Miguel, éste es el plan, esta niña a mi lado es un alma perdida, por lo que al vibrar en sintonía con las almas perdidas podrá atraerlas, por eso la he mantenido aquí hasta que tú llegaras.

Y dirigiéndose a Elisa le dijo: tienes que llevar a las almas hacia la iglesia de los dominicos, en donde está la capilla del Rosario, ¿la recuerdas?

Sí, por supuesto, si ahí te conocí. Pero ¿que hay de mi padre?, preguntó Elisa confundida, ¿irá conmigo?

No pequeña, por ahora olvídate de tu padre, concéntrate en esto por favor: una vez adentro de la iglesia te encierras con las almas y no importa si escuchas ruidos fuertes, ni siquiera si la tierra tiembla, no deberán salir para nada, ¿entiendes?

Una vez que Abel y yo hayamos terminado con las almas muertas, continuó, las que están perdidas encontrarán su camino por sí solas. Hasta entonces podrás abrirles las puertas.

Y ¿cómo voy a saberlo?, preguntó Elisa.

Brillarán con más intensidad, porque empiezan a buscar su propio color terrenal.

Mientras tanto tú, Abel, deberás guiar a las almas muertas con ese talismán que llevas al cuello.

Al decir esto Miguel llevó la mano hacia la piedra del periodista sin tocarla: ¿ves cómo empieza a vibrar?, ¿lo sientes? En este instante se ha activado, este talismán nos debe guiar al portal, entre más nos acerquemos más se encenderá, y nos indicará el sitio exacto.

¿A poco tú no sabes dónde es?

No, pues no, como te dije antes, somos un equipo, no me permiten saber ciertas cosas, porque lo que debe suceder sucederá a su tiempo, no antes ni después, contestó muy serio.

¿Y nadie acompañará a Elisa?

A ella le tengo una sorpresa, pero no corre peligro, siempre y cuando nosotros empecemos primero y alejemos a las almas muertas.

¿Y si nos sigue un alma perdida?, insistió Abel.

Tenemos una ventaja, las almas perdidas todavía tienen ese cordón que las une con la Tierra y sus parientes cercanos. Si llegas a ver a una de estas almas muy de cerca, debes recordarle sus conexiones terrestres. Primero su nombre, porque si la miras de frente sabrás su nombre de inmediato, repítelo tres veces y con eso empezará el viaje de regreso. Elisa se encargará de las demás.

Pero tú no puedes detenerte, debes seguir siempre, la luz del talismán nos llevará al lugar elegido. No importa qué tan lejos esté, el tiempo y la distancia no son iguales que en la Tierra, no cuentes los minutos, dijo, mientras sacaba nuevamente su reloj de arena, se los enseñó y empezó a darle de vueltas entre los dedos; es mi un amuleto, agregó mascullando.

Abel dejó de preguntar y concentró su mirada en Elisa, le retiró el cabello que caía sobre sus hombros y le dijo: Marcial insistió en que no nos separáramos, pero este “ángel” dice que debemos hacerlo, ¿crees que puedas tú sola? Yo sé que no será fácil para ti, linda, pero conozco tu fortaleza y confío en tus habilidades, sólo falta que tú también confíes, te repito, ¿crees que puedas hacerlo?

Elisa lo miró enojada, ¡seguro que puedo!, dijo secamente, pues qué piensas de mí, no soy una niña. Ustedes hagan lo que tienen que hacer y déjenme a mí con las susodichas almas, que ya sabré yo tratarlas.

Y tú, querido ángel, ¿por qué insistes en tratarnos como niños?

Es sólo una forma de referirnos a ustedes, no te enojés, mi niña, perdón pero así es, todos los espíritus ayudantes de Dios conside-

ramos que los humanos son seres de luz en aprendizaje, y como es nuestro deber ayudarlos, pues nos volvemos muy paternos. Es un defectito, pero no lo tomes tan a pecho, pues. Continuemos.

El arcángel retomó la palabra dirigiéndose a los dos, bueno, pongan atención: al salir, las almas perdidas empezarán a seguirnos, no se asusten si se acercan demasiado. Algunas son un poco molestas porque así eran en la tierra de por sí. No les hagan caso, ignórenlas, si necesitan hablar con ellas háblenles muy quedo, no se les ocurra alzar la voz porque todavía tienen sentimientos terrenales y pueden llegar a ser violentas. Acompañaremos a Elisa hasta la entrada de la iglesia, esperando hasta que se junten más almas y entren con ella. Cuando hayan entrado seguiremos nuestro camino hacia donde nos lleve el talismán, ¿de acuerdo?

Los tres personajes salieron a la calle entusiasmados, en donde ya los esperaba una turba de almas de diferentes colores, por lo que de inmediato Miguel se colocó detrás de los muchachos y extendió sus relucientes alas para protegerlos.

No muy lejos llegaron al destino de las almas perdidas, esperaron un poco a que se juntaran más y a que Elisa las llevara adentro del recinto.

Las almas muertas observaban de lejos, ninguna se atrevió a acercarse. Era buena señal.

La entrada de la iglesia era sobria, lucía sus dos canes protectores en el dintel y Elisa la reconoció de inmediato. Al pie de esa puerta estaba su padre esperándola.

¿No te dije que te tendría una sorpresa, mi niña?, indicó alegre Miguel. Elisa abrazó a su padre y los dos entraron al recinto junto con las almas perdidas.

Te lo presto por un rato, alcanzó a decir el arcángel sonriendo, no me lo maltrates mucho.

Abel y Miguel siguieron su ruta hacia el centro de la ciudad, pensando que desde ahí el talismán podría señalarles el camino. Al llegar a la plaza mayor ya llevaban tras ellos cerca de diez mil almas muertas.

Se acercaron a la fuente de San Miguel y el arcángel sonrió, aquí esta mi doble, dijo irónico. Las almas los rodeaban silenciosas. Ahora, le dijo a Abel señalando un lugar frente a la fuente, párate aquí, y vas a dar una vuelta sobre ti mismo, de derecha a izquierda, muy lentamente, enfatizó, y cuando se encienda el talismán te detienes.

¿Y por qué ahí?, repeló Abel, ¿qué no puede ser en donde estoy parado?

Ah que la canción, dijo Miguel riendo, ¡eres incorregible!

El periodista se encogió de hombros y acató la orden. De inmediato empezó a girar sobre su eje, y casi para terminar, el talismán se tiñó de un dorado muy intenso. Al principio sólo iluminaba la figura de Abel pero poco a poco fue creciendo.

A estas alturas ya los seguían cerca de veinte mil almas y la luz que emanaba de la piedra empezó a rodearlas a todas, con un brillo parpadeante que poco a poco aumentaba de intensidad, hasta que se concentró en una sola dirección hacia el frente de Abel, proyectando una luz en forma de cono.

¡Vamos!, indicó Miguel, vamos, que se están confirmando mis sospechas, estoy seguro de que nos indica la montaña sagrada, ¡la pirámide de Cholula! Debemos partir de inmediato, agregó, es la ruta hacia los volcanes.

En ese momento se escucharon unos cánticos, primero muy quedo, pero fueron subiendo de tono, hasta que Abel pudo entender lo que decían: “El señor es mi pastor...”

¿Qué están cantando?, preguntó Abel.

Nos hemos vuelto pastores de almas, guiando a un rebaño descarriado, son las voces de los humanos que quieren animarnos y protegernos, escucha bien Abel.

¿Esa oración!, ya la había escuchado antes, es un salmo, el salmo que usaba mi tía Tita para alejar a los espíritus. Recordó cómo su anciana tía, al verlo escondido debajo de la cama, sacaba su Biblia y se ponía a leer en voz alta.

“El que habita al abrigo del Altísimo... él te librará...”

Debes acostumbrarte, le dijo Miguel, porque lo escucharemos todo el camino.

Hacia el poniente, el sol irradiaba sus últimos rayos iluminando el contorno de los volcanes de un color cobrizo, parecía indicar la ruta más favorable.

Las dos siluetas, una pequeña y otra muy alta, salieron seguidas de una infinidad de almas que con su luz iluminaban la senda, cual enorme faro. Una gran lámpara que atraía más y más seguidores.

Abel recordaba las peregrinaciones de su infancia hacia la basílica de Guadalupe. Cánticos y rezos durante todo el viaje a pie, fantasmas perdidos en busca de un guía.

“Él te librerá de la red del cazador y de la peste perniciososa...”

Algunas almas se acercaron demasiado a Abel, se trataba de todos los que en sus andanzas de la nota roja encontrara, baleados, acuchillados o simplemente tendidos en la morgue, esperando su turno para ser reconocidos por alguien. Pensándolo bien, se dijo, también me perseguían mientras estaba trabajando porque sólo querían que los guiara, como ahora, al portal.

Al salir de la ciudad las tinieblas se apoderaron de la ruta. A pesar de que ya iban cuarenta mil almas, la luz que emanaban no era suficiente para penetrar la oscuridad, a los lados del camino se escuchaban gemidos mezclados con las oraciones.

“No temerás los terrores de la noche, ni la flecha que vuela de día, ni la peste que acecha en las tinieblas, ni la plaga que devasta a pleno sol...”

Miguel empezó a platicar muy despreocupado: debo decirte, muchacho, que esto ya lo hemos hecho antes, otras veces, después de muertes violentas, guerras y batallas, que es cuando muchas, muchísimas almas quedan flotando porque no entienden que deben irse. Tú has sido mi compañero siempre. Eso de vencer al demonio es un mito de tantos, ya te lo dije, al demonio o la maldad no se le puede derrotar totalmente, porque fue creada para equilibrar al bien. Pero sí hay que controlarla, porque a los humanos a veces se les va la mano, ¡con eso de que tienen libre albedrío!

No lo sé, contestó Abel temblando, los gemidos le traían recuerdos: el quemado de Tláhuac, él mismo quemado en sus sueños, el exorcismo que Marcial le hiciera para ahuyentar las sombras que lo perseguían.

“No te alcanzará ningún mal, ninguna plaga se acercará a tu carpa, porque Él te encomendó a sus ángeles para que te cuiden en todos tus caminos...”

A medida que avanzaban, el talismán se iba encendiendo más, con una intensa luz amarilla; para cuando llegaron a la entrada de Cholula, ya llevaban cerca de 50 mil seguidores.

“Aunque caigan mil a tu izquierda y diez mil a tu derecha, tú no serás alcanzado: su brazo es escudo y coraza...”

Abel seguía ensimismado en sus recuerdos, y cuando el arcángel se dio cuenta lo regañó: no, Abel, pon atención, olvídate de las visiones, no son reales ni en este mundo ni en el tuyo. Concéntrate porque viene lo bueno, ¿no lo ves? Ahí está, el ejército que no quiere que entremos al portal.

¿Qué?, reaccionó el periodista.

Una multitud de hombres y mujeres se acercaban rápidamente a ellos, mirándolos de manera torva y amenazándolos con la mano en alto.

Recuerda que justo en este lugar hubo una gran matanza. Estoy seguro de que esas almas no se han ido y son las que ahora nos estorban el paso. Llevan demasiado tiempo por aquí, están confundidas.

Pero... ¿no lo sabías?, preguntó Abel incrédulo.

¿Claro que no!, si no soy Dios, sonrió Miguel.

Ellos están confundidos, creen que somos quienes los mataron, así que tú ocúpate de que nuestros compañeros pasen mientras yo los distraigo. Préstame tu daguita esa, la de los sacrificios, que vi que no tiraste.

¿Mi daga?, ¿no dijiste que no servía?

Sólo por si las dudas, exclamó Miguel, por-si-las-dudas.

Entonces, ¿qué debo hacer?, no me salgas con que ya lo sé o que siga mi intuición ¡por favor!, porque de plano de todo lo que me dices que hicimos juntos no tengo ni idea.

El talismán te servirá de escudo, es posible que estas almas intenten distraer a nuestros seguidores, pero no te detengas que yo

me encargo. Lo importante es que llegues a la pirámide, y cuando estés ahí subes los escalones hasta la iglesia de Los Remedios en la cima del cerro. Al llegar arriba toca el cascabel para que se abra el portal y las almas entren. Pero tú no entres, hazte a un lado y déjalas pasar, busca algo para detenerte, porque a veces el paso puede ser muy brusco.

Miguel se colocó delante de Abel y con la daga en la mano señaló hacia el camino, entonces salió disparada una gran luz en forma de rayo, lo que hizo que las almas guerreras se apartaran del camino.

Avanza rápido, le ordenó, porque no aguantaré mucho en esta posición.

La pirámide, coronada por la iglesia de Los Remedios, apareció frente a él: mitad cerro y mitad escaleras, el “cerro echo a mano”, le decían los antepasados, porque así fue construida, una pirámide sobre otra y luego otra más, hasta que los españoles le colocaron su iglesia encima.

El joven empezó a caminar un tanto temeroso, pero más animado al ver que los enemigos lo dejaban pasar. Aceleró la marcha, por lo que sin darse cuenta no tardó en llegar a la base de la pirámide, y no había subido más que unos cuantos escalones cuando el talismán se encendió nuevamente, señalando hacia el túnel que atraviesa por debajo del cerro.

¡El túnel!, se dijo, ¡el portal está en el túnel!, cómo no lo pensé antes, ¡Miguel está equivocado!, por lo que de inmediato cambió de rumbo hacia la dirección del rayo, y entre más se acercaba, la luz crecía irradiando el umbral flanqueado por dos enormes pirules, haciendo que esa boca dormida empezara a cobrar vida.

Abel llegó al pasadizo que conduce al otro lado de la pirámide, un paso oscuro al que siempre había temido, porque de niño se había topado con muchos fantasmas al recorrer su ruta bajo el cerro: hombres sudorosos y llenos de tierra, mujeres indígenas tratando de

encontrar a sus hijos, niños perdidos en busca de sus padres. Todos lo miraban de manera extraña, no como desconocido sino al contrario, familiarmente, por eso prefería rodear el cerro. Y ahora tenía que estar ahí, observando el paso de las almas. Sintió un jalón y rápidamente se abrazó a uno de los pirules para evitar ser arrastrado.

Tocó tres veces el cascabel, sus manos temblaron y empezó la danza: al ritmo pausado del teponaztle las almas iniciaron su último recorrido antes de llegar a su destino. Pero ¿cuál era?, Abel no lo quería averiguar, una tras otra entraban a un ritmo preciso imantadas por esa gran luz que parecía llamarlas.

Esferas brillantes, las almas iban dejando halos de diferentes colores, parecían algodón de azúcar, suaves y a la vez transparentes. Un olor a flores de nardo y cempaxúchitl emanaba de su recorrido, como en un velorio o en el cementerio.

Ya casi se terminaban los siete minutos durante los cuales podía permanecer abierto el portal, cuando los cholultecas, perseguidos por las bolas de fuego que Miguel les lanzaba, se fueron acercando, seducidos también por el brillante imán. Hasta que les llegó su turno, y comenzaron a ser absorbidos por la enorme espiral que los tragaba sin parar.

El tiempo transcurre muy lentamente, pensó Abel, no se siente igual que en la Tierra. Miraba la escena hipnotizado, abrazado al gran pirul, pero queriendo entrar, se sentía fuertemente atraído por las pequeñas esferas luminosas que se agrupaban semejando un arco iris en movimiento, variable, lento y a la vez rápido. La tierra se movía lentamente, emitiendo leves sonidos guturales, aunque él ya no los escuchaba, sólo sentía ganas de perderse, de dejarse ir.

En el pueblo de Xicotepec el teponaztle seguía tocando a un ritmo pausado y sordo, empezaba a oscurecer y el cielo pintaba un color rojizo entre las nubes. Centelleaba, como si fuese a llover. Un fuerte viento sacudía las ramas de los árboles, mientras el piso temblaba levemente.

Desde su refugio, Elisa y su padre podían escucharlo todo, tanto los sonidos primigenios del cascabel, como la música, grave y sonora del teponaztle. Las almas que esperaban la hora de regresar a sus cuerpos empezaron a hacerse más luminosas. Finalmente, un pequeño zumbido, como de abeja rondando, les indicó que todo había terminado, se trataba del cascabel del periodista. Entonces decidieron subir al campanario para revisar que todo estuviese despejado: es hora, dijo Elisa y abrió las puertas de la iglesia.

Al salir, las almas perdidas formaron grupos multicolores que se echaron a volar y, al igual que las almas muertas, se convirtieron en un arco iris que poco a poco se perdió en el firmamento.

Elisa miró a su padre, no me quiero ir, chilló abrazándolo con fuerza, mientras él iba desapareciendo entre sus brazos, ¡no papá!, no me quiero ir. Ya cumpliste tu misión, le dijo el hombre, ¿no sientes alivio en tu corazón?, estás regresando, ¿no lo sientes? Escucha, ya preguntan por ti, el mundo es todo tuyo. Yo me quedo, hermosa niña, mi niña por siempre...

Elisa miró sus manos, sus piernas y, como su padre, también empezó a desaparecer.

Cuando Elisa despertó, la enfermera corrió junto a ella.

¿Estás bien?, le dijo mientras la tomaba por la muñeca para sentir su pulso, que aunque lento se iba recobrando rápido.

Sí, estoy bien, respondió ella sacudiendo la cabeza de arriba abajo, pero ¿qué me pasó, por qué me siento diferente?

No es nada, le contestó Raquel, estabas perdida en sueños, agregó con una sonrisa, tratando de calmarla, y has regresado.

Junto a ella Abel respiraba con dificultad. ¿Qué le pasa?, ¿por qué está así?

Raquel buscó los ojos de Marcial, pero él ya estaba a un lado de Abel frotándole alcohol en la nuca y la frente.

La enfermera se acercó a sentirle el pulso en el cuello: ¡se nos va!, dijo, mientras Abel languidecía.

Colóquenlo en el suelo, pidió desesperada, y cuando estuvo acostado empezó a darle masaje en el corazón.

Elisa corrió para abrazar a Abel. ¡No te vayas!, gritaba, ¡no me dejes sola!

Te separaste de él ¿verdad?, ¡lo dejaste!, le increpó Marcial desesperado, pero si les advertimos que no se separaran, que debían estar siempre juntos.

Miguel, el arcángel, nos dijo que cada quien debía ir por su lado y nos separó, replicó sollozando la muchacha. A mí me dejó a cargo de las almas perdidas y ellos se fueron con las almas muertas quien sabe a dónde.

Marcial movió la cabeza de un lado a otro, lanzando una mirada a Patricio Gregorio para ver qué se podía hacer.

Todos los presentes observaban en silencio con su veladora encendida entre las manos, hasta que el viejo brujo Patricio Gregorio comenzó a rezar: Madre amantísima, dijo quedo, no lo abandones, Madre de la misericordia, guíalo... y los demás lo siguieron:

Madre de los hombres...

Madre de los creyentes...

hija predilecta del Padre...

Abel se había soltado del pirul y comenzaba a volar sin prisa hacia el portal que lo llamaba. Cada palabra repetida por el coro sonaba a sus oídos como un susurro cálido.

Si no estoy muerto, se dijo, ¿por qué rezan?, entonces recordó en su bolsillo el rosario que le diera Marcial y lo sacó, para apretarlo fuertemente contra su pecho. El olor a copal se filtraba entre los dos mundos y Abel podía olerlo. Lo terrenal lo llamaba, pero ya estaba seducido por el túnel.

En ese momento el joven sintió cómo su cuerpo se inundaba de la enorme luz que fluía lenta desde el portal que él mismo había abierto. Se llenó de tranquilidad, alegría, paz, y el mundo terrenal dejó de preocuparle, la imagen de la misma Elisa se disipaba. Pudo recordar cómo, junto a Miguel, en algún momento había compartido grandes batallas y lo reconoció como su par. Se sintió infinito en cada parte de su ser y se dejó ir, iniciando el recorrido que le ofrecía la puerta de entrada a ese mundo de hermosos parajes, en donde nada y todo a la vez parecía real, en un viaje de regreso a casa, a un lugar donde, finalmente, sintió que pertenecía.

Miguel se acercó a detenerlo, cuando dos siluetas muy brillantes se le interpusieron, eran la abuela y la madre de Abel, y atrás de ellas, como protegiéndolas, una enorme figura muy familiar, el Señor de las Maravillas, el mismo que había prometido guiar al joven, con sus ropas moradas y su rostro sereno.

El arcángel estaba nervioso, pero debía esperar, no era oportuno entrometerse entre las almas que se reencuentran, los lazos que las unen son muy poderosos.

No debí separarlos, se reprochaba, si ya sé que este muchacho es muy necio. Sólo ella puede rescatarlo, se dijo, sólo ella.

Las almas detuvieron a Abel y empezaron a hablarle serenas, él escuchaba calmado aunque negándose a regresar a la materia; ellas le aconsejaban, le recomendaban, tienes que regresar a sanar, le decían, todavía no apareces en el libro de los muertos, sólo has cumplido parte de tu misión.

Pero el periodista se mostraba empeinado en quedarse, no lo habían dejado la primera vez, cuando niño, y ahora reclamaba su derecho. Por lo que las almas, desesperadas, voltearon a ver a Miguel para autorizarle intervenir.

Él sabía que debía actuar rápido, porque el tiempo de Abel en el limbo estaba contado, si no se apuraba podría quedarse ahí para siempre.

El tiempo, dijo quedo Miguel, el tiempo no existe, repitió impaciente, y consultando su reloj de arena, tomó a Abel por la espalda y lo elevó junto con él hasta alejarlo del túnel. Así, mientras subían, el joven recordó las enseñanzas de su tío y pudo ver la maravillosa red de colores brillantes conectando a todos los seres, la red de la que le habían hablado en sueños. Hombres y mujeres, niños y ancianos, muertos y vivos, planetas y estrellas, todos unidos a través de hilos gigantes invisibles y deslumbrantes a la vez.

También se encontró de frente con sus vidas anteriores una a una y, finalmente, la actual. Se miró a sí mismo jugando fútbol en las calles empapadas de lluvia, cantando canciones con Tita mientras su madre llegaba de trabajar; recorriendo las vecindades de su ciudad y jugando con amigos improvisados entre la verdura de la sierra. Miró a Marcial arropándolo para dormir, como el padre que no tuvo. Respiró el olor a jacaranda mojada y a río lodoso.

En ese instante comprendió que su madre no tenía la culpa de sus demonios, que su abuela tampoco, ni su padre, y ni siquiera el accidente que no lo dejó caminar por algún tiempo. Todo era parte de una compleja trama, todo estaba minuciosamente planeado. Incluso Elisa, la eterna Elisa, Elisa padre, Elisa amigo, Elisa amante. ¿Qué soy yo? se preguntó, sino una parte de ti, mujer, qué soy sino tu voz, tu piel, tu ruido cotidiano, tu respiración. Unos versos que leyera de niño le llegaron de improviso: “Renaceré yo piedra, /y aún te amaré mujer a ti./Renaceré yo viento,/y aún te amaré mujer a ti./ Renaceré yo ola,/y aún te amaré mujer a ti...”*

¡Elisa!, gritó, y el mar, el monte, el bosque y sus olores, todo se le empezó a revelar como Elisa: las mañanas y el atardecer, la oscuridad y el frío, los guiños silenciosos de la guerra y el amor, cada camino: los días, las calles, los rostros de las madres a punto de parir, la gota lenta que penetra cansina entre las piedras; los ojos de los ciegos y la voz, la voz ansiada, unida al infinito de su corta vida.

¿Elisa, Elisa!, gritó dos veces más, y entonces pudo escuchar la voz de la muchacha.

¡Regresa Abel, por favor!, sollozó ella, haciendo sonar el cascabel que colgaba todavía de su muñeca.

Miguel sacó su preciado reloj de arena, lo miró por última vez y se lo puso al periodista en su mano, apretándola. Toma, le dijo, es un regalo de despedida y, mientras le hacía la señal de la cruz sobre la cabeza, le dio un empujón hacia abajo.

Cuando el joven despertó, Elisa estaba junto a él, se miraron a los ojos y Abel comprendió que de verdad debía quedarse en este mundo al que tanto había odiado, y que ahora se le mostraba diferente, sin sombras que entorpecieran su mirada, sin fantasmas ni demonios. Una tierra a la que, como a él, también se le había concedido una nueva oportunidad.

*Juan Ramón Jiménez.

Más allá de las sombras, de Miraceti Jiménez, se terminó de imprimir en el mes de abril de 2015 en los talleres de El Errante editor SA de CV, ubicado en Priv. Emiliano Zapata 5947, col. San Baltazar Campeche, Puebla, Pue.

El tiraje consta de 500 ejemplares

